ANN J.
BENNET
CÓMO COMPENSAR
A UNA DAMA
ENGAÑADA
DAMAS IMPERFECTAS 2

ANN J.
BENNET

CÓMO COMPENSAR A UNA DAMA ENGAÑADA

DAMAS IMPERFECTAS 2

©ANN J BENNET

Como compensar a una dama engañada

Serie Damas Imperfectas,2

Primera edición diciembre 2022

Publicaciones Liberty

Todos los derechos reservados.

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, así como su alquiler o préstamo público.

Gracias por comprar este ebook.

Dedicado a mis amigas Ana, Pilar, Ana Isabel, Carmen, Raquel y por supuesto a las dos Marías.

Habéis sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida y siempre agradeceré el haberos conocido.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo

Siguiente libro de la serie

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Notas

Prólogo

De la nieve caída en el lago nacen los cisnes.

Ramón Gómez De La Serna

Bagshot, condado de Surrey

22 de diciembre de 1805

Protegida de los ojos curiosos, gracias a la oscuridad y a la nieve que caía, Anne salió a escondidas por la puerta trasera de la residencia familiar de los condes de Lodwood.

Estos tres últimos días había resultado más complicado escabullirse sin ser vista, al estar la mansión llena de invitados. Como cada año, sus padres reunían allí a amigos y familiares para pasar juntos las festividades de Navidad, convirtiendo a Collinger Manor en el centro de toda la actividad social de los alrededores.

Excepto por el servicio religioso de la iglesia, donde los feligreses hacían una interpretación especial de los salmos acompañando al párroco, a cargo del órgano. Fue la posibilidad de cantar en un coro lo que animó a Anne a asistir ese año, al ser uno de sus sueños.

Le encantaba la música y deseaba más que cualquier otra cosa poder compartir su talento y aprender cosas nuevas, por lo que fue imposible no sucumbir a la tentación de participar.

Estaba de más decir que sus padres jamás le permitirían

involucrarse de una forma tan personal con los habitantes del pueblo, ya que Anne pertenecía a una familia aristócrata, con un lugar especial y destacado en la primera fila del templo. Por ese motivo, a Anne no le quedó más remedio que engañarles para ir a los ensayos a escondidas. Y era precisamente a uno de esos ensayos a donde se dirigía.

Por desgracia, como hija menor de los condes, tenía obligaciones para con sus invitados, por lo que ya llegaba diez minutos tarde a la iglesia. Aunque lo que más la retrasó fue tener que esperar a que la cocinera estuviera ocupada y así poder marcharse sin que se notara su ausencia.

Pero sus problemas no se reducían solo a no ser descubierta por la señora Smith. Nadie del personal debía enterarse de sus intenciones, o jamás podría realizar su deseo. Y menos aún, su ilustre familia debía saber bajo ningún concepto que llevaba dos semanas escapándose a última hora de la tarde para asistir a los ensayos de un coro navideño.

No importaba que estos se desarrollaran en la iglesia, y que tanto el párroco como su esposa siempre estuvieran presentes. Sabía que sus padres nunca aprobarían semejante conducta, pero, a sus once años, Anne buscaba emociones, y todo aquello se le antojaba un reto.

«Ya falta menos», se dijo a sí misma con una sonrisa cuando divisó el edificio a lo lejos.

Lo tenía todo pensado para cuando llegase el momento. Entraría junto a su familia para asistir a la misa y ocuparía su asiento con ellos, pero enseguida se levantaría con la excusa de saludar a una amiga en los bancos de atrás y luego se filtraría entre el barullo para ocultarse en la última hilera del coro. La rolliza señora Philips, la verdulera, sería una buena barrera tras la que esconderse. Así evitaría que sus padres la divisaran y la llamaran de inmediato para volver a su lado. Lo que ocurriera después de los cánticos le traía sin cuidado. Habría una tremenda riña, castigos y otras consecuencias, pero Anne habría logrado su objetivo, y nada de lo que los condes hicieran después la haría sentir infeliz o arrepentida.

Al escuchar que el coro había comenzado sin ella, Anne se apresuró a atajar por el cementerio, sin advertir que dos sombras la acechaban.

—Maldita nieve —dijo enfadada, ya que esta le impedía caminar a un ritmo más acelerado.

Hacía tanto frío que apenas había gente en el exterior, y las pocas luces que alumbraban el camino se reducían a la parte delantera de la iglesia. Algo lógico, pues nadie esperaría que con la escasa luz del ocaso, ya extinguida, y por consiguiente con las sombras ocupando cada hueco, alguien fuera tan osado de adentrarse en el camposanto.

Pero Anne no pensó que estaba entrando a solas en un lugar solitario y oscuro, pues solo le preocupaba su retraso.

Un gran error que solo reconoció cuando, de repente, alguien la agarró por detrás y la levantó en volandas, arrastrándola por la nieve. Durante unos segundos, Anne no supo reaccionar. Jamás nadie se había atrevido a faltarle el debido respeto a la hija de un conde y mucho menos a sujetarla.

Pero ahora, era diferente.

La fuerza con que la aferraban le hacía daño, y la mano que tapaba su boca le impedía respirar con normalidad. Aunque lo peor de todo fue darse cuenta de que las intenciones del hombre eran adentrarla más entre las sombras.

Anne trató de gritar, pero él se limitó a presionarle con más intensidad sobre su boca. Desesperada, comenzó a patalear y a intentar apartar la mano que la asfixiaba. Una tarea inútil, ya que el intruso era demasiado fuerte.

—¿Qué estás haciendo?

Anne se tensó al escuchar la voz de otro hombre tras ellos.

—¿A ti que te parece?

—Solo quería asustarla, y me aseguraste que no sufriría daño alguno.

El hombre que la sostenía se rio y siguió aprisionándola con

brusquedad.

—Ahora es nuestra y podemos hacer con ella lo que queramos.

—Pero dijiste… —Algo en el tono de la voz le resultó familiar a Anne. No sabía qué era, pero podría jurar que había escuchado antes esas voces. Sobre todo, la del hombre que quería que su compinche la dejara ir.

—Cállate —dijo el hombre que la sostenía—. ¿Acaso quieres que todos sepan lo que estamos haciendo?

Anne aprovechó su distracción y extendió los bazos hacia atrás, tratando de arañarle la cara a su captor o darle un codazo en el estómago. Pero ninguno de sus esfuerzos pareció desconcertarlo lo más mínimo. Aun así, intentó hacerlo en repetidas ocasiones, hasta que este lanzó una maldición.

Y entonces Anne lo supo. No eran un par de hombres, sino unos muchachos. Lo supo por su tono de voz, aunque estos susurraran.

—¿Quieres ayudarme a sujetarla?

Anne rezó para que el segundo muchacho no lo hiciera y decidiera ayudarla. Pero en lugar de eso, él se quedó parado, indeciso.

—Eres un cobarde —le soltó enfadado quien la sostenía, mientras tiraba de ella para colocarla entre dos lápidas.

El lugar era perfecto para no ser interrumpidos, al estar a oscuras y entre los árboles detrás de la vicaría. Si el otro muchacho no hacía nada por ayudarla, Anne estaba segura de que su atacante podría hacer con ella lo que quisiera sin que nadie se lo impidiese.

Ann quería suplicarle al otro chico que la ayudara, que no se merecía que le hicieran daño. A pesar de su corta edad, había escuchado suficientes conversaciones de las criadas como para saber que un hombre a solas con una mujer le robaría su virtud y la despojaría de su futuro.

Lloró y pataleó con fuerza, ya que no estaba dispuesta a convertirse en la deshonra de su familia. La idea de que ellos podían matarla se le pasó por la cabeza, y comenzó a sentir verdadero pánico.

En su mente, Anne comenzó a llamar a su padre, Thomas, y a su hermano mayor, Jeremy, a pesar de saber que estarían en casa, creyéndola a salvo.

Aterrorizada, luchó y se retorció como una anguila mientras trataba de soltarse. Un segundo después, el desconocido la tiró sobre una fría tumba de mármol. El impacto hizo que el mundo se volviera gris mientras su visión se nublaba.

—Sujétala por los brazos mientras le subo las faldas.

Anne podía escuchar su voz y sentir cómo tocaban su cuerpo.

Trató de levantarse, pero una mano le agarró la cabeza y la volvió a lanzar contra el mármol.

—¡He dicho que la sujetes! —dijo enfadado su atacante, aunque Anne apenas podía distinguir sus palabras.

Todo comenzó a ser confuso para ella y solo escuchaba sonidos inconexos. Aun así, siguió tratando de liberarse. El problema era que sentía el cuerpo entumecido y un peso entre sus piernas que se lo impedía.

Sin querer rendirse, alargó la mano, hurgando y buscando algo para usar como arma. Sus dedos se cerraron alrededor de una piedra y la cogió para golpear a su agresor.

Cuando Anne oyó a continuación el grito de dolor y sorpresa, se dio cuenta de que tenía una oportunidad.

Ella no sabía cuál de los dos muchachos había gritado, ignoraba si el segundo estaba todavía presente o se habría marchado, pero tenía que intentar escapar a toda costa.

Sintió el viento frío filtrarse entre sus piernas y supo que él se había levantado o retirado. Debía aprovechar la oportunidad, debía escapar.

Escuchó voces y supo que ambos seguían allí. Pero tenía que huir.

Temblando, y con las escasas fuerzas que aún le quedaban, se levantó de la lápida y se bajó las faldas.

Escapar, tenía que escapar.

Oyó un gruñido y cómo alguien se le acercaba. Intentó correr, pero las piernas no le respondían, mientras un pensamiento se repetía una y otra vez en su cabeza.

«Tengo que salir de aquí. Tengo que escapar».

Pero todo fue inútil cuando una mano la agarró por el pelo y tiró de ella. Notó el aliento del atacante en su rostro y miró su cara. Estaba enmarcada por las sombras, por lo que no pudo distinguir sus rasgos.

—Suéltame —le pidió Anne, a lo que él contestó agarrándola con más fuerza.

La voz del segundo muchacho sonó cerca de ellos y acto seguido el otro la soltó. Por desgracia, lo hizo con tanta violencia que ella fue a parar al suelo, golpeándose en la cabeza con la esquina de una lápida.

Fue entonces cuando las sombras y el frío se apoderaron de ella y solo pudo sentir que algo pegajoso y húmedo caía por su sien. Intentó levantarse, pero le fue imposible.

—Mamá, mamá… —comenzó a sollozar, sintiéndose sola y desamparada y lamentándose de sus actos—. Lo siento, mamá...

Tras sus palabras se dejó caer, al no poder seguir sosteniéndose en pie.

En el suelo, con la sangre fluyendo por su mejilla, sin fuerzas y aterrorizada, Anne se acordó de su familia y de la vida que podía haber tenido.

Quería llorar, retroceder en el tiempo, pero en su lugar se quedó allí quieta, dejando que el frío y la oscuridad se apoderaran de ella. Hasta que un par de manos acunaron su rostro.

No podía ver a través de la oscuridad, pero la voz del muchacho que quería que su agresor la soltara hizo que se calmase.

—Ya estás a salvo. No va a pasarte nada.

Anne no sabía el motivo, pero la voz la tranquilizó, a pesar de

pertenecer al otro atacante. Quizá porque desde el principio no se sintió intimidada por él al escuchar cómo pedía que el otro la soltara, o tal vez era por la dulzura de su voz.

Por todo ello, Anne se relajó e intentó ver su cara. Se sentía aturdida y no lograba centrar su visión, pues solo veía sombras oscuras.

Notó que él la cogía en brazos y comenzaba a caminar con ella.

—¿A dónde me llevas? —preguntó Anne con voz débil.

—A tu casa.

Su respuesta la relajó aún más, sin pensar que el muchacho le había dado una importante pista, pues eso indicaba que la conocía. Anne apoyó la cabeza en el pecho del chico y comenzó a caminar a su lado, hasta que se acordó del principal atacante.

—¿Dónde está el otro?

—Se ha marchado. —Le aseguró el muchacho, pero esta vez no se sintió protegida solo por el hecho de escucharle. Esta vez necesitaba más.

—Tienes que ayudarme. Tienes que protegerme de él. —Tosió y jadeó, todavía atontada por el golpe.

—Tranquila. No permitiré que te haga daño.

A lo lejos, Anne comenzó a oír voces que la llamaban, pero el dolor de cabeza se hizo tan grande que solo deseó permanecer en la oscuridad y el silencio.

Sentía que su cuerpo dejaba de responderle y que pronto se desmayaría, pero antes tenía que saber algo.

—¿Quién eres?

Durante unos segundos solo hubo silencio, hasta que el muchacho le respondió.

—Solo alguien que te encontró entre las lápidas.

Ya sin fuerzas, Anne se dejó caer en la inconsciencia, que le traía el sosiego del descanso y la negación del dolor. Por desgracia, no sabía

que cuando despertara ya nada volvería a ser igual, pues la oscuridad de esa noche siempre la acompañaría.

Como lo haría el recuerdo del muchacho que la salvó de su atacante al encontrarla entre las lápidas.

Capítulo 1

Londres

Primavera, 1817

El sonido de las notas del piano sonaba por toda la estancia de la mansión de los Lodwood. Como si de una brisa se tratara, la música recorría la sala dándole vida, para después salir a través de las ventanas abiertas a los jardines.

—Querida, ¿por qué no dejas de tocar y te acercas a tomar el té? —La voz de *lady* Lodwood detuvo el aleteo de las manos de Anne sobre las teclas del piano.

Adoraba la música, las sensaciones que esta le producían y la seguridad que notaba al tocar. Pero sobre todo la amaba, al ser algo que podía hacer sin el don de la vista y que podía compartir con su familia. Por supuesto, que tuviera un talento especial para la interpretación de las notas era toda una ventaja, al hacerla brillar con luz propia en su mundo lleno de oscuridad.

Como hija obediente, Anne se levantó del taburete, aunque negó con su mano derecha cuando escuchó que su doncella se le aproximaba.

—Gracias, Doris, pero no hace falta que me acompañes hasta mi sitio.

Con la habitación en silencio, Anne comenzó a caminar,

contando los pasos que separaban el piano del sofá donde había escuchado hablar a su madre.

Mentalmente, recordó cada ubicación de los muebles y se aseguró de no tropezar con la mesita frente al sofá donde estaría dispuesto el té.

Tras doce años de ceguera, estaba acostumbrada a contar sus pasos y visualizar cada habitación donde entraba. Así mismo, tanto su familia como los sirvientes, solían permanecer en silencio cada vez que ella caminaba, para, según ellos, facilitarle su concentración.

Estaba acostumbrada a que todos la consideraran bastante indefensa, aunque estuviera en su propia casa y esta formara parte, casi en exclusiva, de su pequeño mundo. Aun así, prefería callar y sonreír, antes que decirles que era capaz de dar dos pasos sin que todos la observaran temerosos por si tropezaba.

Su mundo había sido así desde aquel nefasto veintidós de diciembre, cuando sufrió la agresión y el fatídico golpe en la cabeza que la dejó ciega. Desde ese día había tratado de olvidar lo sucedido, aunque nunca podría olvidar al muchacho que la socorrió cogiéndola en brazos y llevándola a casa.

De ninguno de los dos atacantes se supo nada. Y respecto a su salvador, todos opinaban que fue un transeúnte que vio la agresión y, sabiendo que estaban obrando mal, la apartó de los desalmados y la puso a salvo. Solo así se podía explicar que por fin alguien interviniera y la ayudara, dejándola además en el umbral de su casa.

Lo más seguro era que fuese alguien que estaba de paso y creyera que caerían sobre él todas las culpas si se quedaba con Anne.

Ella apenas recordaba nada, por lo que no pudo aclarar qué había sucedido. Lo único de lo que estaba segura era que estaba profundamente agradecida a su salvador y, por ello, jamás hubiera podido culparlo cuando se había preocupado de ponerla a salvo.

Por desgracia, nunca podría agradecerle que su atacante no hubiese podido llegar a más o que incluso provocara su muerte, ya fuera por el frío o por más heridas que le causara.

Pero eso pertenecía al pasado y ahora tenía otras cosas más importantes de las que preocuparse.

Una vez sentada junto a su madre, escuchó los pasos de su hermano mayor que se acercaba.

—Compruebo que el olfato de Jeremy es tan bueno como su apetito —dijo sonriendo.

—Más aun tratándose de las famosas tartaletas de manzana de la señora Smith.

Ambas sonrieron y miraron hacia la puerta donde en unos segundos apareció Jeremy.

—¡Qué bien! Llego justo a tiempo.

—Ojalá llegaras a tiempo también para tus obligaciones —repuso su madre, a lo que Jeremy bufó en desacuerdo.

A sus veinticinco años, era uno de los solteros más cotizados y de los que menos ganas tenía de contraer matrimonio. Por el contrario, su madre ardía en deseos de tenerlo casado, del mismo modo que su otra hija, Phoebe, había hecho hacía dos años.

Los tres hermanos Lodwood se llevaban pocos años de edad, pues si bien el mayor estaba a punto de cumplir los veintiséis, la segunda hija, Phoenix, solo contaba con un año más que Anne, es decir, tenía veinticuatro. La diferencia era que Phoenix desde hacía tres años había contraído matrimonio con un barón, y ahora era *lady* Munford.

Otro dato a destacar de los tres hermanos era que todos ellos eran rubios y atractivos, poseyendo además un carácter sereno. Los tres tenían los ojos de un azul intenso y una sonrisa que llamaba la atención por sus labios carnosos y bien formados. Aunque era Anne la más bella de los tres hermanos y la que portaba un aire delicado y etéreo, que la hacía parecer un ángel.

Fue esta belleza la que hizo pensar a su madre que algún hombre podría desposarse con ella, sin importarle su falta de vista, pero tras tres Temporadas sin haber tenido éxito, y una cuarta recién empezada,

ya no estaba tan segura de que fuera posible casar a su hija pequeña.

Aun así, solía decirle que tal vez algún día encontraría a un joven al que le agradara. Pero Anne no se hacía ilusiones, no solo porque no creyera que un desconocido se fijara en ella siendo ciega, sino porque le gustaba su vida.

—Sírveme un poco de té, por favor, madre —dijo Jeremy, que ya se había comido una tartaleta de manzana y miraba otra con ojos hambrientos.

—¿Quieres un poco más de té, Anne? —Por supuesto, todos asumían que a ella le sería imposible hacerlo, y daban por sentado que debían ayudarla.

Anne asintió sonriendo y escuchó el tintineo de la taza y de la tetera, así como el sonido del líquido al verterlo. En realidad, su mundo estaba lleno de sonidos y de imágenes propias de todo lo que la rodeaba.

Había logrado saber cómo era todo a su alrededor a través del tacto, y por ello le entusiasmaba descubrir cosas nuevas que poder tocar, oler, degustar o escuchar. Para ella, algo tan normal como una flor era todo un acontecimiento, al tener que imaginarse su aspecto uniendo sus recuerdos a su nueva percepción.

—Toma, querida. —La voz de su madre hizo que Anne alargara la mano para coger la taza que aquella le ofrecía.

—Muchas gracias —dijo ella, volviéndose para mirar con una sonrisa hacia donde creía que estaba su madre.

La oyó cómo atosigaba a Jeremy, pero más le interesó oír que Doris se sentaba a su lado, en una silla, dispuesta a asistirla en caso de que la necesitara. Desde su ceguera, era Doris quien la despertaba cada mañana, ayudándola a vestirse y a bañarse. Pero además también la ayudaba con la correspondencia, le leía y la acompañaba a donde Anne quisiera ir.

Había sido ella quien la guiaba por la casa cuando la oscuridad todavía era su enemiga, siendo sus ojos desde entonces. Por ello, Doris no era considerada solo una doncella o dama de compañía cuando se

requería, sino como una parte de ella, a la que toda la familia y el servicio trataban con respeto.

—Un poco a la derecha. —Anne escuchó la voz suave de Doris guiando su mano, cuando se dispuso a coger una tartaleta de manzana.

Era tan frecuente oírla dándole alguna indicación, que ya nadie detenía su conversación o se giraba mientras tanto. Parecía como si todos tuvieran asimilado que la mujer, de unos treinta años, era una extensión de Anne y de su vista.

—Y tú, Anne, vas a acompañarnos al baile de los Pearson, ¿verdad? —Al ver que esta la miraba extrañada, su madre continuó hablando—. Espero que no lo hayas olvidado. Es esta noche y llevo hablándote del baile desde hace tres días.

Anne no lo había olvidado, pero no le apetecía asistir.

—No creo que vaya a asistir —respondió ella, y su madre lanzó un suspiro de tristeza.

—El baile de los Pearson es uno de los momentos más importantes de la Temporada, y la anfitriona se ha portado muy bien contigo.

—Lo sé, mamá, y también sé que te hacía mucha ilusión que asistiera, pero no encuentro sentido ir a esas veladas cuando ya estoy en mi cuarta Temporada —respondió Anne antes de darle un sorbo a su té.

El hecho de que sus amigas y compañeras debutantes hacía ya tiempo que habían conseguido sus partidos, no le importaba a Anne, lo tenía asumido, pero estaba cansada de que unos pocos caballeros, sobre todo, amigos de su familia, la sacaran a bailar por lástima o caridad. En su lugar, prefería ser ignorada y permanecer sentada escuchando la música junto a su madre o su hermana.

—¡Oh!, pero prometí a *lady* Pearson que tocarías su pianoforte para sus invitados.

Anne suspiró, sabiendo que no podría negarse a esa petición, no

solo porque para ella era un placer tocar el piano, sino porque, gracias a su talento, había conseguido que muchos dejaran de verla como a una simple invidente.

Le gustaba imaginárselos observándola con la boca abierta mientras ella ejecutaba con maestría cada pieza de música.

Sabía que tanto su belleza como su talento al piano y el apoyo de su familia habían impedido que la trataran con desdén o antipatía. Un hecho que agradecía, al haber escuchado lo ruin que podían ser con quienes eran diferentes. Como le ocurrió un año atrás a *lady* Evaline, ahora marquesa de Ashton.

—No he pensado en ninguna pieza para el evento. Y además, no he recibido nada nuevo esta semana.

—Tal vez *lady* Pearson tenga algo que te interese y que pueda prestarte para otra ocasión.

Su madre la conocía muy bien y sabía que, ante la perspectiva de una composición nueva, Anne haría cualquier cosa para conseguirla.

—Esta noche acudirá un buen amigo —comenzó a decir su hermano—. Le dije que tocabas como los ángeles, y se mostró deseoso por conocerte.

—¿Tú también, Jeremy? Te quejas de que mamá quiera buscarte una prometida, y tú haces lo mismo conmigo.

—Solo te lo comentaba —dijo él para quitarle importancia.

—Además, ya le confirmé a Phoebe que iríamos —indicó su madre, zanjando la discusión.

—Tú ganas, mamá —declaró Anne—. Iré al baile y procuraré pasar un rato agradable.

Lady Lodwood se inclinó y besó su mejilla para después darle las gracias.

—Eres una hija maravillosa.

—Lo que soy es una boba que es incapaz de deciros que no.

Cuando escuchó levantarse a su hermano, Anne se apresuró a poner las manos frente a ella para impedir que este se acercara.

—Ni se te ocurra besarme en la mejilla. Siempre que hay tartaletas acabas con los labios manchados de miel.

Anne escuchó la carcajada de Jeremy y cómo este le cogía las manos.

—Eres una delicia, hermana. —Y como si fuera un chiquillo con edad de hacer travesuras, tiró de ella y le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Eres incorregible —soltó Anne tratando de parecer indignada, aunque disfrutaba del espíritu amable y guasón de su hermano.

Todos los reunidos no pudieron evitar reírse, y menos aún cuando este se despidió de ellas.

—Os dejo a solas para que hagáis cosas de damas.

—No nos engañas, hijo —dijo en tono afectivo *lady* Lodwood—. Te marchas porque se han acabado las tartaletas de manzana.

Anne escuchó las risas de Jeremy alejándose y dejó su taza de té vacía sobre la mesita. Había aceptado ir a la velada de los Pearson esa noche, y ahora tendría que sacrificar parte de su tiempo libre para prepararse.

El problema era que ese día estaba triste y no le apetecía salir de casa.

—No te preocupes, ya verás cómo esta noche te lo pasarás bien.

—Sí, mamá, lo veré —dijo Anne en un susurro para que nadie la escuchara, tragándose las ganas de decirle: «No, mamá, nunca lo veré».

Capítulo 2

Christian salió de su carruaje, ansioso por entrar en su mansión de Mayfair. Llevaba un mes en Londres, y desde entonces no había dejado de recibir invitaciones. Que hubiera heredado recientemente el título de vizconde era sin duda el detonante de tanta admiración, pero que además fuera joven y soltero, le hacía ser el perfecto candidato para cualquier madre con una hija casadera.

—Creía que nunca podríamos salir de ese lugar —comentó Christian una vez sus pies pisaron la calzada frente a su mansión.

—Para que luego digan que jugar al cricket no es peligroso —contestó su amigo Collins, que en esta ocasión le acompañaba en su viaje a Londres.

—La próxima vez jugaremos a las cartas —repuso Christian encaminándose hacia la puerta abierta, donde le esperaba el mayordomo.

—Mientras no haya mujeres cerca o adictos a las apuestas, estaremos a salvo. —Como respuesta, Collins consiguió un gemido de su amigo.

Sin vacilar, Christian entró en su mansión ofreciendo los guantes, el bastón y el sombrero, del mismo modo que lo hizo su amigo.

—¿Es que nadie tiene en cuenta que solo quiero disfrutar de unos días en la ciudad, sin que tengan que meterme a una prometida por los ojos?

Collins se rio y le siguió a la biblioteca, donde estaba convencido

que se sentarían a tomarse un brandy.

—Se te olvida que acabas de heredar el título de vizconde, y eso, amigo, es igual de atrayente para una dama como la miel para las abejas.

Otro gemido de Christian hizo que Collins se sintiera feliz, al gustarle en demasía meterse con él.

—Tienes suerte de ser el hijo mayor del vicario. Yo, en cambio, desde que soy vizconde, no he parado de recibir mensajes de mis abogados y administradores para informarme del estado de mis propiedades y sus responsabilidades.

—Bueno, para eso me tienes a mí.

Christian miró a su amigo Collins y dio las gracias al Cielo por tenerle.

Desde hacía cinco meses, su vida había cambiado al ser el nuevo vizconde Hastings, tras fallecer el anterior en un accidente hípico. Christian tenía una madre y una hermana menor de siete años que habían decidido quedarse en el campo, pues no se sentían preparadas para presentarse ante la sociedad.

Él las comprendía, ya que solo habían pasado dos años desde la muerte de su padre, y su madre aún no se había repuesto. Solo la alegría de Beth, la pequeña de la casa, le daba las fuerzas necesarias para seguir adelante. Pero su caso era distinto, al tener que ir a Londres a arreglar todos los asuntos relacionados con la herencia y sus funciones.

Pero Collins había resultado ser de gran ayuda, puesto que este era su mano derecha no solo en los asuntos legales, sino también con las damas.

Collins, o señor Lawson, era alto, atractivo y con el color del pelo pajizo, mientras que él era más robusto y tenía el cabello castaño. El color de los ojos de ambos era verde, aunque el de Collins era más intenso y brillante. Tal vez debido a que este no arrastraba tantos secretos que le atormentaban, como era el caso de Christian.

Otra diferencia entre ellos era que Collins era más sociable y dicharachero, mientras que el carácter de Christian era más taciturno y selecto. Solo contaba con un par de buenos amigos, a los que apenas veía porque prefería permanecer en su residencia campestre.

—Recuérdame por qué tenemos que aceptar todas esas invitaciones —le pidió Christian a Collins mientras el primero se sentaba en un cómodo sillón y después tomaba un buen trago de brandy.

—Como nuevo vizconde Hastings, debes aparecer en público para presentarte y ocupar tu lugar.

—Un lugar que debería ser para mi padre.

El silencio se apoderó de la estancia dejando a ambos pensativos.

—Debes quitarte de la cabeza que estás usurpando el puesto de tu padre. Él falleció de esas fiebres antes que tu tío muriera. Tú nada tienes que ver con ambas muertes y con que seas el nuevo vizconde.

Christian suspiró y miró la copa de brandy vacía, como si en el fondo estuvieran las respuestas.

—Lo sé, pero desde niño arrastro mucha culpa y me es difícil sentirme bien con todo este asunto.

Collins notó el tono melancólico de su amigo y se levantó de su asiento.

—En ese caso, tendremos que pensar en un entretenimiento para que dejes de lloriquear en tu lujosa biblioteca. —Sin dejar de hablar, Collins se acercó a la estantería más cercana y cogió un libro—. Sería una lástima que estropearas estos libros con tu llanto.

Christian sonrió y estuvo a punto de tirarle la copa de brandy que sostenía en sus manos.

—Recuérdame que esta noche te dé una paliza a las cartas en White's[1]

—Me temo que esta noche no va poder ser. Por si lo has olvidado, quedaste con tu amigo Jeremy en veros en el baile de *lady* Pearson.

Christian gimió al escucharlo. En realidad no lo había olvidado, ya que había estado dándole vueltas a ese encuentro desde primera hora de la mañana.

Conocía a Jeremy desde que ambos eran niños, al ser su familia buena amiga de los condes de Lodwood. De hecho, aún recordaba cómo pasaban juntos las Navidades en la propiedad campestre de los Lodwood, hasta el día del incidente.

Después de ese fatídico día, ambas familias se habían visto en contadas ocasiones, aunque su amistad con Jeremy no había cambiado.

—No lo he olvidado, es solo que…

Collins calló, reconociendo que estaba tratando un tema muy delicado para Christian, que no tardó en recordar ese día de diciembre en la residencia de los Lodwood.

Como en pasadas ocasiones, ese año su familia había sido invitada a pasar las Navidades en compañía de los Lodwood. A su vez, él había invitado a un buen amigo suyo, que había conocido en Eton durante ese curso.

El muchacho se llamaba Oliver Lane y era el hijo menor del conde de Kendrick. Se conocieron por ser compañeros de cuarto y, aunque era de espíritu rebelde, había congeniado bien con Christian, quizá porque por aquel entonces este era un muchacho muy manejable.

Había pensado que Jeremy, Oliver y él formarían un buen equipo, pero a Jeremy no terminó de gustarle Oliver y solía mantenerse a parte.

En aquel entonces Christian no le dio importancia, pero ahora se reprochaba no haber sido tan bueno juzgando el carácter de Oliver. De haber sido así, tal vez *lady* Anne no hubiera perdido la vista y él no se sentiría tan culpable por todo lo que ocurrió.

—Debes enfrentarte a aquello. No puedes seguir culpándote por lo pasado y escondiéndote de esa familia.

—Tú no lo entiendes. Yo estaba allí esa noche, lo vi todo, pero…

Collins se acercó a él y apoyó su mano en el hombro de su amigo.

—Hace doce años de eso. Creo que va siendo hora de que cuentes la verdad o de que calles para siempre. Pero, por tu propio bien, debes tomar una decisión de una vez.

Christian asintió, con la imagen de la joven *lady* Anne en su mente.

Recordaba que la primera vez que la vio le pareció la niña más bonita que había visto, y eso que ella contaba con apenas ocho años. Desde entonces, la había seguido viendo con frecuencia, mientras contemplaba cómo a cada año iba cambiando y se iba haciendo más encantadora.

Sin embargo, ella nunca pareció fijarse en él, y eso le molestaba. Por eso, cuando fue vista escapándose a hurtadillas de la mansión, le pareció una buena idea seguirla, del mismo modo que le pareció bien darle un buen susto.

Pero nunca pensó que Oliver se comportara de forma tan atroz. Era como si se hubiera transformado en un individuo completamente diferente, que solo buscaba conseguir sus propósitos, sin importarle el daño que causase.

Christian se estremeció al recordar la cara de terror de la joven *lady* Anne, y cómo esta pedía ayuda sin que él pudiera reaccionar.

—Tienes razón. Pero no logro mirar a mi amigo a la cara y contarle lo sucedido.

—No me refería a contárselo solo a tu amigo. —Christian lo miró extrañado—. Debes contárselo también a ella.

Nada más escucharle, Christian se levantó de su asiento y se alejó de él como si se hubiera quemado.

—No puedo hacer eso. Sabes que llevo años evitándola porque soy incapaz de verla y comprobar… —Se sentía reacio a poner en palabras la amargura que sentía al verla tan desvalida—. Además,

¿qué pasa si me reconoce?

—Te recuerdo que es ciega. No creo que lo haga.

Christian se giró para mirarle.

—Puede recordar mi voz.

—La voz que ella escuchó fue la de un niño. Y si no la ha reconocido antes, no lo hará ahora.

—Antes no la reconoció porque apenas nos hemos hablado.

Cansado de las excusas, Collins se dirigió a la puerta.

—Puedes repetirte una y mil veces las tonterías que quieras, pero sabes perfectamente que ella no va a reconocerte. Además, eres tú el que se siente culpable y quiere purgar su pena, así que, ¿qué piensas hacer al respecto?

Sin más, Collins se marchó, dejando a Christian a solas con sus pensamientos.

Era cierto que quería hacer algo para dejar de sentirse culpable, del mismo modo que tenía miedo de las consecuencias si contaba su implicación en el incidente. ¿Pero cómo podía borrar su culpa, si dejaba pasar los años sin hacer nada?

—¿Por qué tuve que hacer caso a Oliver? —se repitió a sí mismo, como era habitual cada vez que pensaba en la joven *lady* Anne.

Había creído que cortando su amistad con Oliver, al que apenas veía desde entonces, y dejando de visitar a los Lodwood su culpabilidad disminuiría con los años, pero lo cierto era que cada vez se hacía más insoportable.

Quizá había llegado el momento de enfrentarse de una vez a sus miedos y compartir todo lo que sabía, con la esperanza de dar algo de paz a su alma arrepentida.

Además, ¿qué podía perder si lo contaba todo y salía a la luz su implicación?

Ahora era el vizconde Hastings frente a una solterona ciega.

¿Qué podría hacer ella o su familia para dañarle?

Capítulo 3

Con los ojos cerrados, Anne sentía cómo Doris le pasaba el cepillo por su largo cabello. Le encantaba que la mimara, confiaba en ella y sabía que siempre buscaba la manera de hacerle sentir bien.

—Con esta cepillada serán cien, y podré hacerle el recogido del que le hablé.

Anne asintió encantada, sin querer abrir los ojos. Aunque en realidad fuera una tontería, ya que para ella no había diferencia.

—Mi hermana Phoebe me comentó que está de moda en Francia.

—Así es —dijo Doris—. Lo vi la semana pasada en una revista de modas en el salón de té, y no dudé en arrancar la página para llevármelo.

Anne se rio y abrió los ojos como si pudiera ver a Doris.

—¿No crees que habría sido más seguro que te hubieras quedado con el nombre de la revista y luego haberla comprado?

—¡Ah, no! ¿Y si la revista está agotada o es de varias semanas atrás y es imposible encontrarla? Era más seguro robar la página.

—Tienes razón. El robo es siempre la mejor opción.

Ambas mujeres se rieron mientras Doris comenzaba a elaborar el recogido.

Como bien es sabido, arreglarse para un baile es una tarea considerable para cualquier mujer, pero, para Anne, el proceso presentaba sus propios desafíos. Al no poder ver, dependía de Doris para casi todo, y no podía evitar sentirse como una niña al tener que

permitir que otra persona tomara decisiones sobre su apariencia.

Debía dejar a su criterio qué color le sentaba mejor, de qué tono era su piel, su cabello, su ropa, sus zapatos, hasta debía creerla cuando le decía que no tenía ninguna mancha en su cutis solo para no disgustarla.

Pero esta era su vida, y por suerte tenía a Doris y a su familia. Cada vez que Anne pensaba en lo que habría sido de ella si no los tuviera, se estremecía y se recordaba lo afortunada que era al tener todo lo que tenía.

«Debo recordar que otros en mi lugar solo son mendigos», se repetía y luego se esforzaba en sonreír y ver el lado positivo de la vida.

Por desgracia, ser ciego representaba la marginación y la mendicidad, en una sociedad donde estos no servían para nada y se les consideraba seres contagiosos y dignos de lástima.

—¿Ha pensado qué vestido va a ponerse? —La voz de Doris la sacó de sus pensamientos.

—La verdad es que no se me ocurre cuál.

—Entonces le aconsejo el azul. Resalta sus ojos y le da un porte muy elegante.

Anne sonrió ante el entusiasmo de Doris.

—Si me lo recomiendas, entonces es el que me pondré.

—Perfecto. —Doris se mantuvo callada unos segundos—. Menos mal que es el que tenía planchado y preparado.

—¿Y qué hubiera pasado si te digo otro vestido?

Doris se encogió de hombros, a pesar que su señora no podía verla, y sonrió.

—Pues que tendría que haberla convencido de que se pusiera el azul.

Sin poder remediarlo, Anne se rio, imitándola una contenta Doris.

—Bueno, *milady*, ahora solo queda vestirla y ponerle algo de perfume.

—¿Es que nunca vas a llamarme Anne? —le preguntó esta, indignada, pues siempre discutían por la formalidad con que Doris la trataba.

—Puede estar segura de que nunca lo haré. Aún recuerdo cómo me miró su madre cuando lo hice una vez, y no quiero volver a ver esa mirada.

—Seguro que exageras. Además, ahora estamos solas.

—¡Ah!, no. Nunca se sabe. El señor Potters tiene ojos en todas partes y su mirada es mil veces peor que la de su madre.

Anne negó con la cabeza al escuchar que el mayordomo pudiera ser tan déspota, cuando ella lo consideraba una persona dulce y generosa.

—Como siempre, discrepo contigo en cómo ves a la gente que me rodea.

—Bueno, es que yo soy la doncella, y usted una *lady*. Comprenderá que no nos traten igual. ¿O acaso se imagina al señor Potters llamándome *milady*?

—No, no puedo imaginarlo —dijo Anne sonriendo.

—Y ahora, póngase el vestido y dígame qué perfume quiere.

Anne se levantó, obediente, y dejó que Doris le colocara el vestido de seda azul con encaje.

—Me gusta el de olor a rosas. Me recuerda a cuando salgo a pasear por los jardines.

Aunque la ceguera de Anne llevaba con ella doce años, aún recordaba lo que era ver. Sabía cómo eran los colores, los árboles, el sol, o las cosas fijas que la rodeaban como muebles, relojes o espejos, pero no le pasaba lo mismo con los rostros de la gente.

Estos cambiaban y se modificaban cada poco tiempo, y solo tocándolos sabía cómo eran. Había llegado a acostumbrarse a

imaginarlos a través del tacto, y a perder la vergüenza para pedirles a los extraños que le permitieran tocarlos.

En su mundo de oscuridad absoluta, esta era la única forma de poder ver a los demás. De conectar con ellos, además de la música.

—Le pondré un poco de perfume de rosas. Del que le regaló su hermano por su cumpleaños.

Anne asintió y oyó que llamaban a la puerta.

—Soy yo, querida. He venido a llevarte abajo. El carruaje nos está esperando —dijo su padre, una vez que Doris abrió la puerta.

—No te quedes despierta esperándonos —le ordenó Anne a su doncella.

—No se preocupe por mí. Esta noche los mozos de cuadra y los lacayos tienen pensado jugar a las cartas, y me he propuesto dejarles sin blanca.

—En ese caso, estaré deseando venir para que me lo cuentes todo.

Anne no vio la sonrisa de su padre, lord Lodwood, y que este negaba con la cabeza ante la osadía de la mujer. Pero lo cierto era que la alegría de Doris mantenía a su hija feliz, y por ello le consentían sus extravagancias.

—Bajemos antes de que Doris te convenza de que te quedes a jugar a las cartas en lugar de asistir a la velada de los Pearson —intervino lord Lodwood mientras cogía a su hija de la mano y se la colocaba en su brazo para guiarla.

—No dude, lord Lodwood, que con lo guapa que está hoy su hija, desplumaría al mejor jugador de cartas. —La respuesta de Doris hizo que Anne sonriera y se sonrojara.

—Estoy de acuerdo con usted en que ella está preciosa.

Ante el azoramiento de su hija, lord Lodwood sonrió y le besó su mejilla. Resultaba más que evidente que adoraba a Anne, sobre todo desde que esta se quedó ciega y supo que siempre dependería de ellos, no solo en el aspecto económico, sino también en el emocional.

Él estaba al corriente de que su hija vivía aislada en su pequeño mundo perfecto, siendo la familia, la música y Doris, su única compañía.

Pero no podía negarle a su hija ese escudo que la protegía de las lenguas maliciosas, que no calculaban el daño que podían hacer con sus comentarios. Como padre, solo deseaba su bien, y estaba dispuesto a todo con tal de que su vida fuera lo más feliz posible.

—Será mejor que bajemos, tu madre y tu hermano nos están esperando.

Anne asintió, agradecida por las muestras de cariño de su padre, y caminó por el pasillo cogida de su brazo. Una vez en lo alto de las escaleras, él la guio con cuidado hasta el vestíbulo, desde donde Anne podía oír el sonido de las voces de su madre y su hermano.

—Phoebe ya habrá llegado, madre; llevamos media hora de retraso. —Oyó que decía Jeremy.

—Hijo, no está de moda ser puntual. Seguro que tu hermana tampoco respetará la hora acordada.

En ese instante, Anne y su padre los alcanzaron, y fue evidente la aprobación en la voz de su madre.

—Anne, cariño, estás preciosa.

—Gracias, mamá.

—Después de lo que has tardado en arreglarte, qué menos que aparecer decentemente vestida —dijo su hermano, malhumorado por la espera.

—¿Eso ha sido un cumplido, Jeremy? —preguntó tensa su madre.

—Tranquila, mamá. Lo que sucede es que Jeremy teme que, al llegar tarde, todas las damas guapas tendrán ocupados sus bailes y no le quedará más remedio que bailar con las feas.

Su padre trató de contener la risa, aunque no lo consiguió.

—Te crees muy graciosa, hermanita —le dijo acercándose a ella

—. Pues, como castigo, tendrás que bailar conmigo un vals.

Anne puso cara de asco y le tocó a su hermano sonreír.

—Está bien, marchémonos, antes de que lleguemos tarde de veras —dijo su madre cogiéndose del brazo de su hijo, pues su esposo llevaba a Anne.

Los cuatro se encaminaron sonrientes hacia la puerta principal, donde el señor Potters les aguardaba. Esa noche, la familia Lodwood solo quería divertirse y olvidar que llegaría un día en que, tras la muerte de sus padres y el matrimonio de Jeremy, la vida de Anne cambiaría para siempre.

A menos que el destino tuviera otros planes para ella.

Capítulo 4

Ante la puerta principal de la mansión de los Pearson, Christian suspiró mientras escuchaba las risas, las voces y la música que salían de la residencia.

Había prometido a su amigo Jeremy que se verían en el baile, pero ahora que estaba frente a las puertas, se preguntaba si sería una buena idea.

—Espero que esto no acabe mal… —murmuró al saber que estaba a punto de encontrarse con Anne, ya que su amigo Jeremy ya estaría allí con ella y sus padres.

Hacía unos años que Christian no la veía, pero se la imaginaba como una dama joven y bonita, aunque con expresión sombría y mirada apagada. De solo pensar en ello se tensaba, ya que él era en gran medida el causante de dicha aflicción.

«Solo espero que no me reconozca y monte un espectáculo en medio del salón», se dijo a sí mismo mientras entraba en el gran vestíbulo y esperaba a ser recibido por la anfitriona. Asintió con la cabeza al invitado que tenía delante y que le miraba extrañado al haberlo oído hablar solo.

—¡Ha venido! —exclamó *lady* Pearson encantada, extendiéndole la mano.

La dama iba vestida con un voluptuoso vestido de color verde a juego con sus ojos. Los pliegues de la tela disimulaban y a la vez realzaban su figura, y sus joyas tintineaban en su muñeca.

Por su parte, lord Pearson simplemente lo saludó con la cabeza,

visiblemente cansado de recibir a sus invitados. Quizá porque su barriga le impedía estar mucho tiempo de pie, o porque a sus años solo buscaba una vida tranquila.

Por desgracia, su joven esposa no compartía sus gustos sosegados y siempre lo metía en compromisos que él hubiera preferido rehuir.

—*Lady* Pearson, lord Pearson, es un placer volver a verlos y en ser recibido en su encantadora residencia —dijo con los dientes apretados, compartiendo en secreto el deseo de lord Pearson de estar en ese momento en cualquier otro lugar.

—Hace tiempo que no lo veíamos en Londres. Nos alegramos de tenerle con nosotros esta noche —le aseguró *lady* Pearson con sonrisa coqueta.

Christian estuvo a punto de poner los ojos en blanco o de darle sus condolencias a lord Pearson por tener una esposa tan… atrevida, pues esta parecía no tener en cuenta que una dama no debía coquetear con otro hombre mientras su marido estaba presente.

Al no querer meterse en más problemas simplemente asintió, sin querer profundizar en por qué acudía tan poco a Londres o por qué no correspondía al coqueteo de la dama frente a su esposo.

Al percibir la falta de interés en el vizconde, *lady* Pearson calló, quedando los tres en un silencio incómodo hasta que la anfitriona lo rompió.

—Ah… sí, bueno, sírvase usted mismo el ponche. Me alegro mucho de que haya venido… —concluyó *lady* Pearson, antes de dirigirse a otro de los asistentes—. ¡Oh! Lord Bristol, qué bien que haya venido.

Así, Christian se libró de la necesidad de entablar una pequeña charla y miró a su alrededor. Reconoció a muchos de los invitados, pues se había codeado con ellos en anteriores visitas a la capital. También reconoció a amigos de Eton, a lores con los que coincidía en las veladas de la Temporada y a amistades de sus padres.

Pero no podría considerarlos verdaderos amigos, no como lo era

Collins, al resultarle difícil relacionarse con los demás. Sobre todo, porque la culpabilidad lo atormentaba y lo mantenía alejado de Londres y de los círculos sociales.

Adentrándose en el salón, contempló la belleza de las damas, que se acicalaban como si fueran aves exóticas en exhibición. Porque eso era todo, un espectáculo de plumas, y Christian no pudo evitar sonreír al echar un vistazo a la sala.

Grupos de mujeres se regocijaban detrás de los abanicos, y las señoras mayores escoltaban a sus jóvenes pupilas para ser vistas por todos. En especial, por los solteros más agraciados, no solo por su físico, sino por su posición o fortuna.

Pero nada de lo que Christian contempló le interesó, y no tardó en dirigirse a la sala donde lo aguardaban los refrigerios. Y en concreto, una bebida que fuera más fuerte que el mencionado ponche.

Esa noche necesitaba un buen trago antes de buscar a su amigo Jeremy y ver de nuevo a la familia Lodwood.

Solo llevaba media hora en el baile y Anne ya se arrepentía de haber ido.

Desde que habían llegado, su madre parecía dispuesta a que esa noche Anne bailara con cualquier joven que pasara a menos de un metro de distancia de ellas y, teniendo en cuenta que el salón de baile estaba abarrotado, resultaba imposible que no encontrara una víctima.

—Podría sugerirle a *sir* Wembley que baile contigo, él conoce bien tu situación y cuidará de que no te sea difícil seguir el baile —dijo *lady* Lodwood, colocando su mano en el brazo de Anne.

—Ya te he comentado que no me apetece bailar.

—Pero no tienes que quedarte aquí sentada a mi lado o junto a tu hermana.

—No te preocupes por mí, mamá. Estoy bien aquí, escuchando la música.

—¿Estás segura, cariño? ¿No preferirías bailar con un caballero?

Anne estuvo a punto de decir que sí, que claro que lo prefería, pero que se negaba a que bailaran con ella por compasión.

—Tranquila, mamá. Hoy solo me apetece escuchar música. —Al percibir que su madre no se quedaba muy conforme, Anne sonrió y le dio un apretón en la mano—. Estaré bien, en serio. Tú disfruta de la conversación con tus amigas y no dudes en bailar si alguien te lo pide.

—Está bien. Cuando Phoebe regrese de bailar con lord Cook, podrías ir a dar un paseo por la sala o tomar un refrigerio.

Anne asintió y giró su cabeza hacia la pista, como si le fuera posible ver a las parejas de baile.

Lady Lodwood no estaba muy convencida de que Anne estuviera a gusto, pero no podía insistir más sin que esta se sintiera agobiada. En su lugar, miró a su hija Phoebe, que bailaba con un amigo de su marido y reía complacida ante su charla.

Lady Lodwood sabía que Phoebe adoraba a su hermana y que haría cualquier cosa por ella, pero era una mujer joven que disfrutaba bailando y conversando con gente de su edad. Por eso, no podía reprocharle que aceptara bailar con algún caballero cuando se lo pedían, y menos aún con su esposo.

Contempló a su hija Anne y trató de no sentir lástima por ella. Sabía que ella lo notaría y que eso no le gustaba, pero no podía evitar preguntarse qué diferente habría sido su vida si no se hubiera quedado ciega.

—Está bien, hija. No insistiré más, pero si necesitas algo, dímelo.

—Lo haré, mamá. —Anne se calló que se estaba aburriendo y que se marcharía gustosa a casa si pudiera. Pero su madre estaba junto a sus amistades, y Anne sabía que toda la familia disfrutaba de estos encuentros, aunque ella no lo hiciera.

Anne estaba sentada en silencio junto a su madre y tres de las

amigas de esta, mientras todas ellas conversaban sobre los vestidos, los últimos escándalos y un sinfín de cosas más que apenas le interesaban.

Por ese motivo, dejó de prestar atención a la charla para escuchar la música e imaginar a las parejas girando abrazadas. Podía recordar esas ocasiones de su infancia, cuando sus padres ofrecían bailes y le permitían quedarse hasta tarde para ver los vestidos y oír fragmentos de alguna pieza desde el rellano, observando la escena que se desarrollaba abajo junto a su niñera.

El recuerdo le trajo no solo la nostalgia de la niñez, cuando fue plenamente feliz, sino el conocimiento de lo que ya nunca tendría.

No sabría lo que sería ver el brillo de las lámparas sobre ella mientras bailaba, o cómo un caballero la miraría con devoción mientras la sostenía entre sus brazos al girar por la pista.

Por no mencionar que dudaba de que un hombre pudiera verla como una mujer y considerarla adecuada para ser su prometida. Algo impensable, pues nadie quería a una esposa ciega. ¿Cómo podría llevar su casa o cuidar de sus hijos, si ella misma necesitaba que la cuidaran?

Pensar en ello la entristecía y odiaba sentirse así. Ella prefería sonreír y mirar el lado bueno de las cosas. Sobre todo, el de las cosas sencillas que ofrecía la vida y que parecía que solo ella advertía. Como el color de un rayo de sol, la fragancia de una flor o el sonido de una risa.

Escuchó que su madre se alejaba unos pasos para saludar a alguien y aprovechó ese instante para levantarse de su asiento y alejarse.

No sabía qué le había impulsado a hacer algo tan atrevido, pero necesitaba apartarse de la protección de su familia, de la lástima de los presentes y de la sensación de pesar que se estaba instalando en su corazón.

Apoyó una mano en la pared y empezó a palparla despacio para seguir su recorrido, sin estar segura de a dónde le conduciría o cuánto

tardaría su familia en percatarse de que se había marchado.

Sin querer reconocer lo imprudente que era alejarse sin poder ver y sin conocer la mansión, Anne continuó caminando, teniendo que empujar en un par de ocasiones a alguna dama que estaba demasiado cerca de la pared.

Cuando percibió una leve ráfaga de aire fresco, sonrió, ya que eso significaba que estaba cerca de las ventanas francesas que daban a los jardines, las cuales le había descrito su padre cuando entraron en la sala.

«Perfecto. Unos metros más y podré refugiarme en la oscuridad de la noche», pensó Anne.

Sonrió al saber que en ese lugar ella tendría ventaja, si buscaba un rincón apartado donde nadie pudiera verla.

«Un poco más», se dijo cuando tocó una de las puertas francesas. «Ahora gira a la izquierda y aléjate todo lo que puedas».

Se condujo a sí misma, hasta que notó que esa esquina acababa con la balaustrada de un balcón y que la brisa era más intensa.

«Espero estar a oscuras, o me encontrarán enseguida».

Como no tenía forma de saberlo, Anne se encogió de hombros y decidió que se centraría en disfrutar del tiempo que consiguiera a solas. Ya fueran minutos o segundos.

Con una sonrisa en los labios, sonrió y alzó la cabeza para que el aire nocturno le acariciara el rostro. Suspiró y cerró los ojos, aunque no necesitara hacerlo para sentir la oscuridad. Luego se agarró con fuerza a la balaustrada y echó para atrás el cuerpo.

Capítulo 5

Estaba cansado de deambular por las estancias dispuestas para los invitados. Cada vez que daba dos pasos, alguien le paraba para felicitarlo por su reciente título, como si hubiera sido una suerte que su tío o su padre hubieran muerto.

Odiaba toda esa falsedad y la manera en que lo miraban, como si estuvieran juzgando si sería o no un buen vizconde.

Si ellos supieran la cantidad de veces que él mismo se lo había preguntado, se quedarían espantados.

Por el rabillo de su ojo derecho, Christian vio algo que le llamó la atención. Se trataba de la mujer más hermosa que había visto en su vida. Con su cabello rubio y su porte elegante, parecía una reina rodeada de bufones.

Pero había algo que no encajaba con el hecho de ser la dama más hermosa de toda la velada. Por algún motivo, parecía que nadie se fijaba en ella y, al mismo tiempo, ella parecía ajena a cuanto le rodeaba.

¿Acaso estaban todos sumidos en un encantamiento para no percatarse de la belleza de la dama? ¿O sería un hada que se había colado en la fiesta desde los jardines?

Cuando la vio escabullirse por las puertas francesas que daban acceso al exterior, Christian sonrió, pues al parecer había acertado con su suposición de que era un hada.

Curioso, él siguió los pasos de la criatura mítica y se dirigió hacia las puertas, tratando de pasar desapercibido como lo había

hecho ella.

En cambio, parecía que los invitados sí se percataban de su presencia, pues lo saludaban cuando veían que se les acercaba o fruncían el ceño cuando lo veían alejarse después de ignorarlos.

Solo cuando consiguió su objetivo de hallarse fuera del salón de baile, Christian pudo respirar con tranquilidad, sonriendo ante su injustificada falta de respeto.

«Que piensen lo que quieran», se dijo a sí mismo, ya que tenía desde pequeño la manía de hablar en voz alta, aunque estuviera a solas.

Tras respirar hondo, Christian miró a su alrededor, pero no vio a ninguna mujer o hada cerca de donde él estaba. ¿Se habría adentrado sola en los jardines?

Desde su posición, podía ver que gran parte de estos estaban iluminados para que los invitados pudieran pasear, aunque la gran mayoría de ellos estaban a oscuras.

«¿Dónde se habrá metido?».

Christian observó más detenidamente el camino principal bordeado por setos diminutos y perfectamente podados que se alejaban hasta una glorieta.

«¿Adónde iría si fuera un hada?». La pregunta le hizo sonreír, pues por mucho que lo intentara, jamás podría verse como un hada del bosque. Sobre todo, con su cuerpo musculoso y robusto, más propio de un montañés que de un ser diminuto y volátil.

Un suspiro femenino le hizo girar la cabeza hacia su izquierda, encontrando ante él al hada que buscaba.

Durante unos segundos solo pudo observarla, aunque ella estuviera protegida de las miradas curiosas por las sombras. A decir verdad, si la mujer o hada no hubiera suspirado, no creería haberla visto, al estar perfectamente camuflada.

Durante tres segundos exactos dudó en acercarse. Parecía que ella se estaba ocultando a propósito y no quería importunarla, pero,

¿quién busca privacidad cuando viene a una fiesta?

«Yo», contestó su mente en el acto, pero no quiso hacerle caso.

Decidido a saber quién era, se le acercó despacio para no asustarla. Parecía absorta contemplando las estrellas, aunque no podía saber si tenía los ojos abiertos.

—Disculpe —dijo Christian, llamando su atención.

La mujer dio un envite, sobresaltada por su presencia.

—No pretendía asustarla. Es solo que me preguntaba… ¿es usted un hada?

La mujer se quedó muy quieta mirándolo, como si estuviera pensando su respuesta. Algo que hizo gracia a Christian.

Pero lo que él no sabía era que Anne permanecía quieta y en silencio, al haber pedido a las estrellas, hacía escasos segundos, que le permitieran conocer a un hombre que fuera distinto a todos los demás.

—Sé que mi pregunta puede parecerle extraña —continuó hablando Christian para calmarla—, pero al verla he pensado que era usted un hada.

Anne sonrió al escucharle y la tensión entre ambos desapareció como por arte de magia.

—Por lo poco que sé de las hadas, caballero, estas son seres muy diminutos y que tienen alas.

—¿Entonces no lo es? ¡Qué desilusión! Habría apostado mi fortuna a que lo era.

Ambos rieron y Christian se le acercó.

—Le prometo que si veo alguna vez un hada, le avisaré en el acto —agregó Anne, encantada con el juego.

—Mientras tanto, ¿podría decirme su nombre? —le preguntó él, pero ella se tensó y giró su cabeza para mirar a la lejanía.

—Prefiero no decir mi nombre por el momento y que siga considerándome un hada.

Lo cierto era que Anne no quería que él supiera su nombre por si la conocía o había oído hablar de ella. Por su parte, no había reconocido la voz del caballero, pero a lo largo de sus temporadas le habían presentado demasiadas personas como para memorizar sus nombres o sus voces.

Le gustaba el juego que él había empezado al preguntarle si era un hada, pues eso indicaba que no se había percatado de su ceguera. Quizá el hecho de que estuvieran entre las sombras a él también lo volvía ciego, impidiéndole ver que los ojos de ella no tenían vida.

Así, Anne decidió permanecer quieta y seguirle la corriente durante el tiempo que durara el engaño. Sabía que después de que él se diera cuenta de su falta de visión desaparecería, como lo habían hecho los demás hombres que con los años se le habían acercado llevados por su belleza.

Pero mientras eso sucedía, podía fingir que era una mujer normal. Con ojos normales y uno futuro corriente, como el resto de las damas de su edad.

—En tal caso, permítame que yo también posponga mi presentación. Así ninguno de los dos contará con ventaja.

Anne se volvió para mirarle y asintió, para después dedicarle una genuina sonrisa al gustarle la idea.

Aunque lo que en realidad pretendía Christian era que lo tratara como un caballero más y no como al nuevo vizconde Hastings. Quería ser el hombre, y no solo un título al que todos aspiraban a controlar de alguna manera.

—Y dígame. ¿Es frecuente en usted escabullirse de las fiestas para esconderse en las sombras? Se lo pregunto para estar preparado en la próxima velada a la que asista y dirigirme directamente a la parte más oscura de los jardines.

—No creo que esta sea la parte más oscura de los jardines.

Christian estuvo a punto de replicar, pero Anne lo acalló.

—Pero quiero que sepa que tengo otras aficiones.

—Por favor, no me diga que le gusta ir de compras y tomar el té con otras damas. —La voz apesadumbrada del hombre hizo reír a Anne.

—En realidad, odio hacer cualquiera de esas dos cosas —confesó ella, sonriendo.

—Entonces, creo que acabo de encontrar a la única mujer de Inglaterra que odia hacer esas tareas.

La sonrisa de Anne se ensanchó al percibir en la voz del hombre un tono cómico y una risa camuflada.

—Seguro que hay mujeres que comparten mi aversión.

—No se lo niego, pero debe reconocer que son tan escasas como las verdaderas hadas.

Durante unos segundos, ambos permanecieron en silencio, y Anne pudo notar que sus ojos estaban firmemente clavados en ella. Tuvo la seguridad de que así era, cuando un escalofrío de expectación le recorrió todo el cuerpo y no supo si dirigir la cabeza hacia él o apartarla.

—Y dígame, ¿cuáles son sus gustos? —preguntó Anne—. ¿Leer el periódico todas las mañanas e ir a algún club de caballeros?

Escuchó cómo él se reía.

—No negaré que me gusta estar informado de lo que sucede en el mundo, y para ello es necesario leer el periódico, pero le garantizo que no soy muy afín a los clubs de caballeros.

—¿Qué prefiere hacer en su lugar?

Christian se le acercó más, queriendo aprovechar la oportunidad que se le presentaba.

—Me gusta conversar con una hermosa dama en la oscuridad y bailar con ella.

Anne sintió el deseo de tocar su rostro para saber cómo eran sus facciones, pero sería una petición que delataría su ceguera. En vez de eso, trató de imaginarlo en su cabeza.

Se notaba que era un hombre seguro frente a una mujer, por lo que debía de ser bien parecido. Además era alto, de eso estaba segura al tenerlo cerca y escucharlo hablar.

Su ropa debía de ser elegante, era bien educado, tal vez un noble, al ser un invitado, pero ella no podía saber nada más.

Nada sobre su nariz, su color de pelo o de ojos, la suavidad o aspereza de su piel y cómo llevaba el pelo de largo o si poseía un bigote.

Anne lamentó su ceguera, al tener que conformarse con las sombras.

—¿La he ofendido? —preguntó Christian cuando notó que ella bajaba los hombros.

—No, todo lo contrario —repuso Anne enseguida—. Usted me ha hecho olvidar que hoy estaba teniendo un mal día.

—En tal caso, ¿me permite si lo mejoramos sacándola a bailar?

Ella negó con la cabeza y se agarró con ambas manos a la balaustrada por si él le había ofrecido una mano.

—Si no le importa, preferiría permanecer un momento más aquí fuera.

—Por supuesto. Estoy a su merced.

Christian se la quedó mirando y por primera vez percibió que había algo diferente en ella.

No había pensado antes en lo extraño que resultaba que una joven dama se escondiera a solas entre las sombras, o que esta no se presentara o le mirara a los ojos.

Tampoco se percató de que fuera extraño que no se tensara ante su presencia o que no quisiera saber quién era él. Pero ahora, al verla tan dispuesta a permanecer apartada del resto de la gente, se preguntaba qué ocultaba su desconocida hada.

—¿Es usted de Londres? —preguntó él para tratar de saber más de ella.

—Por favor, no nos hagamos más preguntas.

Ante su petición, Christian no tuvo ninguna duda de que se ocultaba. ¿Pero de quién? ¿De unos familiares abusivos? ¿De un prometido celoso? ¿De un marido?

Esta última idea le hizo sentir el deseo de cogerla en brazos y llevársela con él a su finca campestre.

—¿Alguna vez ha cerrado los ojos y se ha dejado llevar por sus sentidos? —le preguntó ella.

—La verdad es que no.

—¿Querría hacerlo por mí?

—¿Cerrar los ojos? —Quiso saber Christian, extrañado.

—Sí. Me gustaría bailar en la oscuridad y con los ojos cerrados.

Él la miró sin comprender nada. Ante el silencio de ambos, Christian escuchó por primera vez la música que se filtraba por los ventanales. Sabía que había estado sonando todo el rato desde que salió, pero hasta entonces, había estado más centrado en la mujer que en la música.

¿Qué más cosas se habría perdido? ¿Por qué no hacer lo que ella sugería, dejarse llevar?

El tacto al tocarla, su aroma al tenerla cerca y poder olerla, escuchar el acompasado ritmo de sus respiraciones al bailar y quizá, con suerte, el placer de saborear sus labios cuando el baile acabara.

Visto así, ¿qué podría perder?

Capítulo 6

Ante la idea de tenerla entre sus brazos, aunque solo fuera mientras durase un vals, Christian aceptó con la cabeza su ofrecimiento, hasta que se dio cuenta de que ella no podría ver su respuesta. Luego, carraspeó y le respondió con voz ronca, a causa de su deseo de acercarse a ella.

—Estaría encantado de complacerla.

Protegido por las sombras y con las estrellas como único testigo, Christian fue a su encuentro y esperó a que las primeras notas del siguiente baile comenzaran.

Se quedaron a la espera uno frente al otro, sin que Anne se atreviera a alzar la cabeza. Para ella no tenía sentido, ya que, aunque quisiera, no podría mirarle a los ojos mientras bailaban, como había escuchado que era corriente entre las parejas de baile. En su lugar, se quedó quieta y expectante, notando cómo todo su cuerpo se tensaba con anticipación.

Por suerte, el destino estaba esa noche de su lado, y las primeras notas de un vals comenzaron a sonar.

Sin poder aguardar un segundo más, Christian cogió su mano, a la vez que pasaba su brazo por su cintura, acercándola a él.

Comenzaron a mecerse en silencio al compás de las notas, hasta que el vals empezó a coger fuerza y ellos lo siguieron girando por la terraza.

Christian tuvo cuidado de no salir de las sombras, al temer que el halo de misterio que los rodeaba se rompiera y todo terminase. Se

Había dado cuenta de que su hada se sentía cómoda en la oscuridad, y por nada del mundo quería que eso cambiara.

Se dejaron llevar solo por las notas que sonaban a su alrededor, sabiendo que estaban viviendo algo especial que recordarían para siempre.

Cuando Christian notó que ella se relajaba en sus brazos, comenzó a disfrutar de cada sensación que le despertaba.

Con la mano que tenía apoyada en su cadera, él notó la suavidad de la seda de su vestido. Además podía sentir la delicadeza de su mano posada en la suya y cómo ambas encajaban perfectamente.

Quería acercarse más a ella, sentirla más próxima, pero temía que al hacerlo ella se asustaría, por lo que decidió no pegarla a su cuerpo. En su lugar aspiró el aroma a rosas que emanaba de ella y se embriagó de ese perfume para recordarlo siempre.

A pesar de las sombras la miró a la cara y se dio cuenta de que su hada giraba con los ojos cerrados, confiando plenamente en que él la guiara.

Saber que ella confiaba en él le hizo hinchar su pecho y no pudo dejar de observar cada minúscula porción de su rostro. Podía ver sus labios carnosos y su piel de porcelana pero quería poder verla con más claridad.

Durante unos segundos se debatió si debía sacarla de las sombras, pero se contuvo y siguió girando en su pequeño mundo. Hasta que su hada sonrió y ya no pudo resistirse.

Era la mujer más dulce y preciosa que había visto en su vida y cada parte de ella le embriagaba hasta hacerle perder los sentidos. Sabía que solo eran un par de desconocidos y no estaría bien que se propasara con ella, pero anhelaba tanto probar esos labios que lo llamaban a gritos que se inclinó despacio a la espera de que ella lo detuviera.

Pero esto no sucedió y, en el siguiente giro, Christian bajó sus labios hasta rozar los de ella.

La reacción de su hada no se hizo esperar, al tensarse. Al notarlo Christian se maldijo y comenzó a apartarse, hasta que ella cedió a su avance y le permitió continuar su beso. Agradecido, se deleitó con el sabor de su boca, saboreando la ambrosía que ella le ofrecía.

Estaban tan absortos en el beso, que ninguno de los dos se percató de que habían dejado de moverse y que el vals había acabado. Para ellos solo existía el ansia de saborear lo prohibido en los labios de un extraño.

Hasta que Christian tuvo que apartarse, por miedo a perder el control y llevar más lejos el beso.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, Christian se separó y, al abrir los ojos, se dio cuenta de que habían salido de las sombras. Ahora estaban más expuestos a las miradas de los curiosos, pero, por suerte, seguían lo bastante apartados para no ser advertidos a simple vista.

Sin poder moverse, la observó sumisa en sus brazos, con los labios rojos e hinchados y los ojos aún cerrados.

—Mi hada… —susurró él, y ella abrió sus ojos.

Christian se alegró de que a la desconocida no le importara que las sombras ya no la cubrieran y le sonrió mientras se perdía en el azul de sus ojos, hasta que notó algo extraño en ellos.

Sus pupilas estaban dilatadas y había algo que no parecía normal. Era como si lo mirasen sin vida, sin brillo. Era como si lo observara sin verlo, como si no pudiera encontrarlo entre un cielo cargado de estrellas que no se veían reflejadas en sus ojos.

De pronto, un escalofrío se apoderó de él y retrocedió.

No podía ser, no podría ser ella.

—¿Qué ocurre? —dijo Anne al notar su cambio.

—¿Cuál es tu nombre? —Christian necesitaba saberlo.

Anne se puso rígida y se alejó unos pasos.

—¿Eso qué importa?

Pero Christian había dejado de jugar a seducirla. Ahora solo quería respuestas.

—Dime tu nombre. —Esta vez se lo exigió, y fue evidente que ella se tensó al escucharlo.

—Si tanto quieres saberlo, soy *lady* Anne Lodwood.

Al escuchar el nombre que más temía oír, Christian maldijo en voz baja. Sabía que era imposible que el destino se apiadara de él, pero jamás pensó que sería tan cruel. La mujer que en ese instante le había hecho sentir como nadie nunca lo había hecho, era la misma que doce años atrás había perdido la vista por su culpa.

Christian negó con la cabeza. Precisamente, era la única mujer de la que quería estar apartado y, por el contrario, la había besado.

La miró y comprobó que la había asustado, aunque ella luchaba por permanecer derecha y orgullosa. Se dio cuenta de que debía estar muy incómoda y atemorizada, al encontrarse con un extraño a solas y siendo incapaz de escapar debido a su ceguera.

—Lamento si la he asustado. —Él buscó una excusa para calmarla y para que no comenzara a sospechar de él—. Es solo que tras besarla, he sentido la necesidad de saber su nombre.

Ella se relajó y pareció aceptar su explicación, pero no por completo.

—Mi nombre es Christian, es decir, lord Hastings.

Anne debió de haber recordado su nombre, al relajarse un poco más.

—Usted es amigo de mi hermano.

—Así es. Quedé en verlo esta noche en el baile.

Ella le sonrió y Christian supo que el peligro había pasado.

—Me lo comentó, pero, por desgracia, no puedo ayudarlo a buscarlo.

Christian se maravilló al ver que a Anne no le importaba sacar a colación su ceguera, y se sintió orgulloso de ella.

—Si me permite, será un placer ayudarla a buscar a su hermano.

—No hace falta, lord Lodwood. Sé dónde encontrarlo —le aseguró Anne, pues no quería parecer ante sus ojos como una mujer indefensa.

—Pero…

—Si va decirme que una ciega no puede…

—No. No la conozco muy bien. —Christian observó que ella se sonrojaba—. Pero estoy seguro de que es capaz de esa hazaña y de cualquier otra que se presente.

A Anne pareció gustarle su respuesta y le sonrió.

Christian supo que había llegado el momento de dejarla marchar, pero no podía. Antes de conocerla, había creído que lo más correcto era apartarse de su vida, sobre todo, por miedo a que lo reconociera. Pero ahora…, ahora se sentía incapaz de hacerlo.

Necesitaba verla otra vez, hablar con ella, saber que era feliz, a pesar de su ceguera. Lo necesitaba tanto como respirar, pues no soportaba la idea de haber creado la infelicidad en una persona tan maravillosa como ella.

Por eso, cuando Anne se despidió de él y comenzó a alejarse, Christian no pudo evitar cogerla de la mano para detenerla.

—Me gustaría verla de nuevo.

Ella sonrió y él sintió que su corazón se expandía.

—¿Qué le parece si nos encontramos mañana en la orilla norte del Serpentine[2]?

Anne oyó la propuesta mientras deseaba decirle que nunca había quedado a solas con un caballero y que apenas salía de su hogar, al no sentirse segura fuera de su entorno.

Algo en su interior la animaba a romper con todo y arriesgarse, a perder la cabeza y hacer locuras, como citarse con un hombre. Parecía descabellado, pero en ese momento lo único que pensó fue que quería ser como cualquier otra mujer de su edad y pasear junto a un

caballero.

Quizá esta sería su última oportunidad de hacer algo más allá de lo común, y sabía en su interior que, si no lo hacía, siempre lamentaría no haber aprovechado esta oportunidad.

—Mañana por la mañana en el Serpentine —aceptó ella. Y por extraño que pareciera no sintió miedo al decirlo, sino una liberación que nunca antes había experimentado.

Christian sonrió sin soltarle aún la mano.

—Llevaré un picnic —dijo para asegurarse que su encuentro no fuera fugaz.

—No sé si podré… —comenzó a dudar Anne hasta que se irguió y asintió con la cabeza. Si iba a vivir una aventura, que fuera plena y auténtica, no cinco minutos efímeros—. Allí estaré.

Durante unos segundos ambos se quedaron en silencio unidos por sus manos.

—Hasta mañana entonces —se despidió Christian, todavía reacio a soltar su mano.

—Hasta mañana —respondió Anne, dejando que sus dedos se deslizaran por la mano de Christian.

Sin querer perderla de vista, este la observó alejarse, maravillado por la seguridad con que ella llegó hasta las ventanas francesas y, una vez localizadas, se adentró en el salón de baile bordeando las paredes.

Sin lugar a dudas, su hada poseía poderes mágicos, pues solo entonces se podría explicar el embrujo que sintió al conocerla y que todavía le provocaba.

«Dijiste que no te acercarías a ella, y sin embargo le has pedido una cita», pensó él. Negó para sí mientras ella llegaba a una columna donde estaba su familia. «Debo de estar loco. Solo así se explica que pierda la cabeza por la única mujer de toda Inglaterra de la que debería alejarme.

Capítulo 7

Aquella noche, de regreso a su mansión, Christian tuvo mucho sobre lo que reflexionar. Se había arriesgado a hablar con *lady* Anne, no porque ella pudiera reconocerlo, lo que era improbable, sino porque podría haber dicho o hecho algo que lo pusiera en un compromiso.

Aunque no podía olvidar que, cuando se acercó a ella, no sabía que era la mujer que se había quedado ciega por su culpa, y eso lo había salvado de cometer una temeridad.

Sin embargo, no tenía excusa ante su petición de volver a verla, menos aún estando a solas, al ponerse en peligro de forma innecesaria.

Si fuera listo buscaría a su amigo Jeremy entre los clubes de caballeros para saludarlo, como era su intención desde el principio, y dejaría de jugar con *lady* Anne, por si su implicación en el incidente de aquella nefasta noche salía a la luz.

El problema era que cada vez que pensaba en no volver a verla su anhelo por estar con ella de nuevo aumentaba.

Sin lugar a dudas, se debía a que él no había encontrado a un ser indefenso y abatido. En vez de ello, había descubierto a una mujer a la que solo podía admirar por su actitud estoica y su resuelta determinación, además de por su espíritu vivaz y decidido y una belleza que le había impactado e impresionado.

Cuando su carruaje se detuvo frente a la puerta de su residencia, Christian se apeó y entró decidido.

—Gracias, señor Ottis —dijo mientras el mayordomo tomaba su

sombrero y su abrigo—. ¿Está el señor Lawson en casa? —preguntó, ya que su amigo Collins no había querido acompañarlo al baile.

—Está en la biblioteca tomando una copa de brandy, milord.

Cuando el señor Ottis se disponía a marcharse, Christian le detuvo con una pregunta.

—¿Sabe algo sobre la familia Lodwood?

—¿Algo como qué, milord? —preguntó el mayordomo, extrañado.

—Cualquier cosa que haya oído comentar en el piso de abajo.

Sobraba decir que las criadas siempre hablaban sobre los asuntos de la aristocracia y, junto con algunas publicaciones de cotilleos, eran las encargadas de esparcir por la ciudad toda clase de secretos inconfesables de sus señores.

Todo ello, con suma discreción para no ser echadas a la calle.

—Ahora que recuerdo… —empezó a decir el señor Ottis, aunque algo incómodo por compartir un chisme en medio del vestíbulo con el vizconde—. Sé que llevan muchos años viviendo en la ciudad. En concreto desde el incidente que dejó ciega a su hija mediana. Pero en todo este tiempo, no se ha conocido ningún rumor sobre ellos, por lo menos que yo sepa.

—¿Sabes algo sobre cómo se quedó ciega *lady* Anne?

—Solo que sucedió en el campo, en su propiedad de Bagshot. Creo que su finca se llamaba Collinger Manor. Por aquel entonces yo solo era el segundo lacayo y no tenía acceso a la parte superior de la mansión, por lo que no pude enterarme de mucho, pero usted también debe de acordarse. Estaba allí la noche en que *lady* Anne desapareció y la encontraron inconsciente, apoyada en la puerta de atrás de la casa.

Christian se tensó. Él también había estado allí, recordaba muy bien esa noche cuando, con las luces del día ya extinguidas, vio salir a escondidas a *lady* Anne y se le ocurrió proponerle a su amigo Oliver que la siguieran. Lo que pasó después nunca lo olvidaría, pero lo

cierto es que nunca supo qué sucedió después de que él la dejara apoyada en la puerta trasera y se marchara corriendo después de llamar a esta con urgencia.

No deseaba que su mala acción se acrecentara si la dejaba allí tirada con el frío que hacía, a la espera de que alguien saliera y la viera. La posibilidad de que muriera congelada era alta, y jamás se lo habría perdonado.

Pero aparte de que la encontraran antes de que eso ocurriera, su máxima reserva era que nadie descubriera su implicación en el asunto. Por ello, cuando por fin él se atrevió a entrar en la casa, le faltó tiempo para refugiarse en su habitación y así fingir que no sabía nada del asunto.

Recordaba el día siguiente como un caos, pues solo supo que *lady* Anne se había golpeado al escurrirse con una capa de hielo y el golpe la había dejado inconsciente. Cuando horas después ella despertó, todos quedaron aterrorizados al descubrir que ese golpe la había dejado ciega por completo para siempre.

Desde entonces, Christian se había mantenido apartado de la familia Lodwood y había vivido en el infierno de la culpa.

—Recuerdo que sus padres estaban preocupados por ella. Yo no me enteré de nada hasta el día siguiente, cuando se supo de su ceguera y mis padres decidieron marcharse por la tarde, para no interferir en los cuidados que los condes dispensaban a su hija.

—Si lo desea, puedo hacer algunas averiguaciones sobre el asunto. Con toda discreción, por supuesto —concluyó el mayordomo.

—No será necesario. Simplemente me encontré con *lady* Anne en la velada y sentí curiosidad. —Christian quiso excusarse, a pesar de estar hablando con su mayordomo—. Una criatura encantadora. Tal vez los visite mañana.

—Muy bien, milord. ¿Eso es todo? —dijo el señor Ottis y Christian se sintió tonto al darle explicaciones.

—Eso es todo.

No estaba seguro de si le apetecía ver a su amigo Collins, pero estaba convencido que si este estaba despierto a esas horas era porque lo estaba esperando.

Se dirigió a la biblioteca sin muchos ánimos. Nada más entrar pudo apreciar el olor a cuero y a leña. La chimenea estaba encendida, a pesar de las fechas, pero las noches eran frías, y el fuego le daba un aire más bohemio a la estancia.

Las paredes estaban forradas con los libros de su padre y una colección de cuadros. Christian aún no había dejado su huella como vizconde Hastings, y todavía sentía la casa como una posesión extraña.

—Por tu cara, diría que esta noche has conocido a una dama que te ha llamado la atención.

Christian se estremeció por si era tan evidente su excitación al conocer a *lady* Anne.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —No intentó desmentirlo, pues era inútil, pero quería saber qué lo había delatado.

—No llegas tarde ni borracho, y pareces pensativo. Según mi experiencia, o has conocido a una dama que te ha dejado con esa expresión de bobo, o te acaban de confesar que no eres el primogénito. Y ambos sabemos que esto último es imposible.

Christian hizo un gesto de burla y se sentó junto a su amigo Collins frente a la chimenea.

—En realidad, estás en lo cierto. He estado con una dama que hacía años que no veía.

—¿Y volver a verla te ha impactado?

Christian asintió.

—¡Vaya! Tu madre se va a poner muy contenta cuando lo sepa.

—No me refiero a esa clase de impacto. —Pero enseguida, una voz interna le dijo que mentía, porque *lady* Anne le había impresionado como ninguna otra mujer lo había hecho. Y no se refería a su ceguera.

—Ahora sí que tienes todo mi interés —confesó Collins con una sonrisa mientras cerraba el libro de golpe. Pero al ver a su amigo taciturno, se puso serio—. ¿Qué sucede?

Christian se sentía demasiado cansado como para dar explicaciones y no podía revelar su secreto. Por ello se encogió de hombros y trató de poner punto final a la conversación, pues no deseaba recordar más el pasado.

Aunque mucho se temía que esa noche dejarlo atrás sería imposible.

—Es solo que… ¿Te acuerdas que tenía que ver a mi amigo Jeremy en el baile de esta noche? —Collins asintió—. Pues su hermana pequeña estaba allí, y me sorprendió al verla.

Antes de que Collins dijera algo, Christian alzó una mano.

—Ella es ciega, y por eso me ha impactado verla.

La sonrisa del rostro de Collins se apagó y lo miró serio.

—Debe de ser algo duro para toda la familia.

Christian asintió.

—Pobre muchacha.

Al escucharlo, Christian se enfadó. No le gustaba que asumieran que era una infeliz por sufrir ese mal. Ella no se merecía la lástima, menos aún cuando no parecía necesitar a nadie.

—No digas eso. Me sorprendió lo bien que asume su carencia. Incluso tardé en darme cuenta de que era ciega.

—¿Entonces por qué traes esa cara? —Collins sabía de su sentimiento de culpa por algo que pasó hacía años, pero no conocía toda la historia de esa noche en el cementerio.

Christian se maldijo por ser tan impulsivo. ¿Qué iba a decirle ahora? ¿Que se sentía mal al ser el culpable de su ceguera? ¿Que por su culpa, ella se pasaría la vida encadenada a alguien que la ayudara? ¿Que nunca sería capaz de hacer algo nuevo por sí misma? ¿Que solo por correr podía estar en peligro mortal?

—Me ha hecho pensar, eso es todo —terminó diciendo.

—Creo que necesitas dormir más que yo —repuso Collins, quien se levantó y dejó el libro que sostenía en sus manos sobre la mesita—. Por mi parte, ya he llegado a mi límite y necesito dormir. A menos que me necesites para algo…

Christian negó, agradecido.

—En ese caso, hasta mañana. Aunque no creo que me veas antes del mediodía. Tengo algunas cosas que hacer.

Christian estuvo a punto de aplaudir de alegría. Quería mantener por el momento su encuentro con *lady* Anne en secreto, y no se le daba bien buscar excusas. Pero, sin proponérselo, su amigo le había facilitado la labor.

—No te preocupes, yo también tengo algunos asuntos pendientes y aprovecharé para gestionarlos.

Collins no sospechó nada y, tras despedirse, se marchó dejando a un pensativo Christian. Algo peligroso, pues eso permitió que sus pensamientos y recuerdos alcanzaran a este.

Su oferta de invitarla a pasear por el Serpentine había sido totalmente improvisada, pero ahora que meditaba sobre ello, le parecía una buena idea para conocerla mejor y una forma de saldar algo de la deuda que creía tener con ella.

Pero por mucho que quería engañarse y decirse una y otra vez que solo lo hacía por ese motivo, la verdad era que se había sentido atraído por ella. Su calidez, su belleza, el halo etéreo que la rodeaba, todo en su persona le había parecido fascinante hasta que se dio dado cuenta de quién se trataba.

Aun así, tras descubrir la identidad de su hada, su fascinación no había disminuido, y no había podido resistirse a encontrar una manera de volver a verla.

Pensando en su rostro, se dijo que la culpa era su principal sentimiento, pero no podía negar la sorpresa que había sentido al disfrutar de su compañía.

Era más que evidente que ella no era como las demás, al no tener una pizca de coquetería estudiada para atraer a los hombres. Nada de aleteos de pestañas, de agitar su abanico o mostrar su escote. En *lady* Anne todo era natural. Desde su sonrisa hasta la forma de moverse tan particular.

Pero todos estos pensamientos se nublaron ante el recuerdo de lo acontecido hacía doce años, cuando él y su amigo Oliver, ahora conde de Kendrick, la atacaron.

Esa fría noche solo los tres caminaban en dirección a la iglesia, utilizando las sombras para no ser descubiertos.

Lady Anne iba unos metros por delante mientras ellos simplemente observaban, pero cuando ella cambió de dirección para atajar por el cementerio, todo se precipitó.

Fue entonces cuando Oliver aceleró el paso para atraparla y la agarró por detrás, dejando paralizado a Christian.

No sabía qué intenciones tenía Oliver ni qué pretendía, pero le pareció que se estaba tomando demasiado en serio darle un susto.

Tanto él como su familia, y Oliver como su invitado, llevaban dos días en Collinger Manor, emocionados por pasar otras Navidades con sus amigos, los Lodwood. Ese año, Christian se sorprendió ante la transformación que empezaba a apreciarse en *lady* Anne, pues le parecía que cada vez estaba más bonita.

Sin embargo, en esos dos días, ella se había mostrado distante con él y Oliver, quien nunca la perdía de vista cuando entraba en la misma estancia que ellos. Por eso, no le extrañó que Oliver quisiera seguirla, y le pareció una buena idea darle un susto.

Su propósito en todo momento había sido que se fijara en él, y le gustaba la idea de que Oliver hiciera de malo para que él pudiera rescatarla y quedar como un héroe.

Pero no había contado con que su amigo llevaría su empeño tan lejos, pues no solo había asustado a la muchacha con sus empujones y obscenidades, sino que también lo había alarmado a él. Sin poder evitarlo, rememoró lo ocurrido.

—¿Qué estás haciendo? —le había preguntado Christian a Oliver, notando cómo *lady* Anne se tensaba al escucharle, dándose cuenta de su presencia.

—¿A ti que te parece? —repuso Oliver, visiblemente contento.

—Dijiste que no le harías daño, que solo íbamos a asustarla.

No le gustó la sonrisa que Oliver le mostró ni cómo la sostuvo con más fuerza.

—Ahora es nuestra y podemos hacer con ella lo que queramos.

—Pero dijiste…

—Cállate. ¿Acaso quieres que todos sepan lo que estamos haciendo?

Nervioso, Christian no supo qué hacer. Era cierto que la idea de seguirla y asustarla había sido suya, pero solo pretendía llamar su atención. Pero lo que estaba haciendo Oliver no era lo que habían acordado.

Él no era esa clase de muchacho. No le gustaba utilizar la fuerza o la intimidación, así como su autoridad al ser el hijo de un noble para conseguir lo que quería.

La escuchó quejarse y la vio retorcerse y patalear para librarse de su captor, pero en vez de ser el héroe que había pensado ser, Christian se comportó como el cobarde que era.

—¿Quieres ayudarme a sujetarla? —Christian escuchó la voz de Oliver, pero le fue imposible moverse.

Oía una voz en su cabeza que le repetía una y otra vez: «Haz algo, haz algo», pero estaba paralizado.

—Eres un cobarde.

Cuando llegó a él la voz de su amigo llamándolo cobarde, Christian sintió un escalofrío. Lo era, era un cobarde por estar viendo cómo Oliver la inmovilizaba y la asustaba y él no hacía nada.

Escuchó el llanto de *lady* Anne y algo dentro de él se desgarró. Era la pequeña Anne. La había visto crecer, al ser la hermana de uno

de sus mejores amigos, y no estaba haciendo nada por ella. ¿Cómo iba él a mirarla a la cara cuando viera a su amigo o a ella? ¿Cómo iba a poder mirarse al espejo, sabiendo que era culpable al haber sido aquello su idea y no haber hecho nada para protegerla?

La vio patalear y luchar, y sintió admiración por ella. Daba igual que fuera más pequeña y débil, ella seguía luchado mientras que él, que se creía un hombre, permanecía inmóvil.

—Agárrala de los brazos mientras le subo las faldas.

Aterrorizado, vio cómo su amigo se colocaba sobre Anne e intentaba subirle el vestido con una mano, mientras que con la otra la agarraba de las muñecas. Al no dejar de debatirse, Oliver se enfadó y cuando ella intentó levantarse para escapar, la agarró por la cabeza y se la volvió a estrellar contra el mármol.

—He dicho que la sujetes.

Algo dentro de Christian cambió al verlo encima de Anne y observar cómo le golpeaba la cabeza con fuerza.

Ella no se merecía eso.

—No voy a hacerlo, Oliver. Si sus padres se enteran de lo que estamos haciendo…

—Nunca se enterarán. Después de las Navidades regresaremos con nuestras familias a Londres y no volveremos más a este lugar. Además, no creo que ella diga nada —se mofó, mientras le subía las capas de ropa y se colocaba de rodillas entre sus piernas—. Mírala. Está tan atontada que nunca sabrá lo que le pasó, y mucho menos quién la atacó.

Era cierto que, tras el golpe, ella había dejado de forcejear y ahora apenas se retorcía, pero eso asustó más a Christian.

—No podemos hacer esto. No está bien. Mi padre es amigo íntimo del suyo y somos sus invitados, no podemos hacer esto.

Pero Oliver no le escuchó, al estar demasiado excitado para hacerlo. En su lugar, se bajó los pantalones, dejando su miembro erecto al descubierto.

—Tú haz lo que quieras, pero yo pienso divertirme con esta puta. ¿O acaso no te has dado cuenta de cómo se pavoneaba delante de nosotros estos dos días?

Christian sabía que eso era mentira, que ella no era así. Ellos eran los que estaban haciendo algo imperdonable.

—Mamá, mamá…

Escuchó cómo ella susurraba y no lo soportó más, pero antes de que él pudiera hacer algo, ella golpeó con una piedra a Oliver en la cabeza, consiguiendo que este se apartara y maldijera.

—Maldita sea —farfullo Oliver, y se apartó de ella dejándola libre de su agarre. Sin dudarlo, la muchacha se levantó e intentó escapar, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban.

Pero lo peor no había pasado. Christian vio la furia en los ojos de su amigo y supo que pretendía hacerle pagar a ella por el golpe que le había dado.

Aunque esta vez, Christian no iba a quedarse quieto mirando.

—Déjala —le ordenó a Oliver cogiéndolo del brazo, cuando vio que este pretendía alcanzarla.

—Suéltame, imbécil. Va a escapar y tiene que pagar por lo que me ha hecho.

—No voy a permitirlo.

Christian no vio venir el golpe en el estómago que le dio Oliver. Solo sintió el dolor y nauseas, a la vez que se le cortaba la respiración.

—Quédate ahí quieto como un cobarde, igual que has estado haciendo hasta ahora.

Christian vio que Oliver corría tras *lady* Anne, la cual había conseguido levantarse y caminaba a duras penas entre las lápidas con la firme intención de alejarse.

Escuchó el gruñido que él soltó al tenerla cerca y vio cómo la agarraba después del cabello y tiraba de ella.

—Suéltame —le pidió Anne casi sin fuerzas, mientras Christian

se reponía y se les acercaba por detrás con el propósito de ayudarla.

—¡Déjala! —le gritó Christian.

Furioso, llegó hasta ellos y golpeó con todas sus fuerzas a Oliver. No vio dónde le había dado, si en la cabeza, el cuello o un hombro, ya que reinaba la oscuridad y su cólera lo hacía todo confuso, pero recordaba que Oliver soltó a la muchacha de su agarre y luego se volvió para golpearlo.

También pudo ver cómo debido a la fuerza de su golpe, ella no solo quedó liberada de Oliver, sino que, además, el impulso de su ataque la lanzó al suelo.

Siempre recordaría el ruido de algo chocando contra una superficie dura. No fue hasta días más tarde, al pensar sobre ello, cuando se dio cuenta de que ese ruido coincidió con el instante en que *lady* Anne se golpeó la cabeza y quedó ciega.

Y todo por su culpa. Por no medir su fuerza. Por no haberla ayudado antes. Por haber sido él quien tuvo la idea de seguirla y asustarla.

Había querido ser su héroe, pero solo había conseguido ser su verdugo, pues en ese preciso momento había conseguido que la vida que ella había podido tener se truncase.

Jamás olvidaría el llanto de Anne mientras Oliver la pateaba, haciéndolo sentir más patético. No podía ayudarla, pues ni siquiera podía ayudarse a sí mismo.

Retorciéndose, Christian consiguió golpearlo y levantarse, para encontrarse frente a frente con el que hasta entonces había sido su amigo.

Nunca supo lo que Oliver vio en él al mirarlo, pues nunca más se dirigieron más de dos palabras seguidas, y siempre para guardar las apariencias, pero algo en Oliver cambió, y se marchó corriendo dejándolo solo.

Sin pensarlo, Christian se acercó a ella y trató de consolarla, pero el mal ya estaba hecho. Solo quedaba llevarla a casa para ponerla

a salvo y rezar para que esa terrible noche pasara cuanto antes.

Pero, por desgracia, ni para ella ni para él fue posible. Ella, a causa de su ceguera. Él, por la culpabilidad que siempre lo acompañaría y que lo mantendría alejado de todos y de todo.

Recordó cómo aquella noche, con Anne en sus brazos, le prometió que la protegería de Oliver y de cualquiera que quisiera dañarla. Pero en vez de hacerlo, había permanecido apartado, demostrando que seguía sumido en su cobardía.

No la había protegido esa noche, como tampoco lo había hecho durante los doce años siguientes, pero ahora tenía la ocasión de cumplir su promesa.

Puede que Anne ya no lo necesitara, al verse muy resuelta con su ceguera, pero él sí necesitaba cerciorarse de que ella era feliz. Era lo menos que podía hacer, después de haberle robado tanto.

Recordó el momento en que, llegando a Collinger Manor, ella le había preguntado quién era él.

«Solo alguien que te encontró entre las lápidas», fue su respuesta.

Pero no era la verdad.

Esta, llevaba oculta doce años, y Christian no tenía intención de que se supiera. La había engañado entonces y, si por él fuera, dejaría la verdad oculta entre las sombras de esa noche durante el resto de su vida.

Vería a *lady* Anne en el Serpentine, la conocería un poco para cerciorarse de que todo estaba bien, y luego se marcharía. Ese era su plan. O mejor dicho, la excusa a la que se aferró para poder acercarse a ella.

Capítulo 8

Acompañada de Doris, su doncella, Anne bajó por las escaleras más feliz de lo que recordaba haberse sentido en mucho tiempo. Si todo salía bien y lograba engañar a su familia, algo que no le gustaba hacer, en breve se reuniría con el misterioso caballero de la noche anterior, a orillas del Serpentine.

Sabía que su familia no le permitiría acudir a esa cita, así que, por ese motivo, antes de bajar a desayunar ya había acordado con Doris lo que tenían que hacer y decir.

Por supuesto, Doris no estuvo de acuerdo, pero aceptó al ver a su señora tan alegre.

—Recuerda, Doris, debes ser convincente —volvió a insistir Anne, sin tener la oportunidad de ver cómo la criada ponía los ojos en blanco.

—Seré más convincente que un mendigo pidiendo en la puerta de la iglesia.

—¿Que un mendigo?

—Es que usted no ve la cara de pena que ponen algunos. Te dan ganas de entregarle hasta las enaguas para que luego se lo gasten en vino.

Anne se rio y siguió apoyada en el brazo de Doris para que esta la guiara.

—A veces dices unas cosas muy extrañas. Menos mal que mamá nunca se entera.

Doris bufó como si no estuviera conforme. Por suerte, ya no pudo contestar, pues acababan de traspasar la puerta del comedor, donde su padre y su madre estaban desayunando mientras charlaban.

—Buenos días —saludó Anne, y se sentó en la silla que previamente Doris le había apartado, al no permitir que lo hiciera un criado.

—Buenos días, hija —contestaron ambos padres a la vez.

—¿Cómo se encuentra hoy, padre? —Quiso saber Anne, mientras Doris le preparaba un plato con todo lo que ella quería para su desayuno.

—Muy bien, hija. Ya sabes que me gusta desayunar más temprano, pero siempre regresamos tarde de esas veladas, y al final mi estómago se resiente.

Por cómo Anne lo escuchaba comer, no creía que su estómago se resintiera demasiado. Siempre le había llamado la atención lo mucho que su padre y hermano comían y, sin embargo, nunca engordaban.

El tintineo ritual de los cubiertos, los platos pasados y las conversaciones se asentó como cada mañana, dándole una sensación de pertenencia y continuidad a Anne.

Doris no tardó mucho en entregarle una taza de té con un chorrito de leche y azúcar, para después colocar frente a ella un plato con huevo revueltos y beicon. Todo ello colocado siempre de la misma forma en el plato para que Anne supiera localizarlos sin verlos.

Pero, en ocasiones, tenía que ayudarse con la mano para localizar un trozo de comida rebelde que se movía de su sitio asignado. Algo normal en casa de los Lodwood y que se vería como una falta grave en cualquier otro lugar. Por eso, Anne nunca asistía a fiestas o eventos donde se diera una comida.

—¿Tienes alguna visita que hacer esta mañana, madre? —preguntó Anne, como si fuera un tema de conversación casual.

—Quería ir a Hatchards[3] en Piccadilly. Había pensado comprar algunos libros para leer después de la cena. Si quieres, puedo traerte

algo.

—Hace unos días encargué un libro de Walter Scott titulado *Waverley*[4]. No es un escritor muy conocido, pero me recomendaron leer este libro sobre la rebelión jacobita en Escocia. Podrías preguntar si ya lo han recibido.

—Suena interesante. Preguntaré por el libro y, cuando lo leas, tienes que dejármelo.

Anne asintió, esperando que su madre le preguntara por su jornada. Estaba tan nerviosa que no se atrevió a coger la taza de té, por si era evidente su temblor, y tuvo que esforzarse para pinchar y cortar correctamente un trozo de tocino.

—¿Tú tienes algún plan? —Ahí estaba la pregunta que Anne había estado esperando.

—Doris y yo hemos pensado dar un paseo en carruaje por el parque esta mañana; han abierto una nueva cafetería junto al Serpentine, y queremos ir a investigar.

—Suena muy entretenido. Si necesitas que tu hermano te acompañe, lo mandaré llamar. Debe de haber ido al club…

—No hace falta, madre —la interrumpió Anne—. Solo es un paseo en carruaje y, si la cafetería está muy concurrida, Doris podrá bajar a hacer un encargo y llevármelo al coche.

—Deja que vaya, querida —intervino su padre—. Es bueno que salga y le dé el aire.

Anne percibió algo extraño en el ambiente, como si sus padres estuvieran diciendo algo sin palabras para que ella no se enterara.

Era curioso cómo podía percibir cuándo le ocultaban algo, al notar cómo se tensaban y callaban. Se imaginaba que eso se debía a lo mucho que los conocía y se preguntó si alguna vez conocería a un hombre tan íntimamente, como para saber lo que pensaba u ocultaba con solo estar a su lado.

—Está bien, Anne. Te dejo en las buenas manos de Doris.

Anne estuvo a punto de echarse a reír, no porque no pensara que

las manos de Doris no fueran capaces de cuidarla, sino porque todo había salido como quería.

Ya tenía paso libre para acudir a su cita junto al Serpentine, y estaba más que ilusionada por llegar.

Christian llevaba diez minutos en el lugar acordado, esperando a *lady* Anne. Había pedido que le preparasen un picnic para esa tarde, y miraba ansioso el reloj, intentando descubrir cuánto tiempo faltaba para que ella llegase.

Si es que lo hacía…

En su cabeza, no dejaban de sucederse un sinfín de excusas por las que ella no aparecería, pero Christian se negaba a asumir que *lady* Anne le había dado plantón.

«Solo se está retrasando diez minutos», se dijo a sí mismo, siendo fiel a su manía de hablar en voz alta cuando estaba solo, y más aún cuando estaba nervioso.

Comenzó a caminar de un lado a otro con las manos a la espalda, mientras un par de patos curiosos lo observaban.

No podía negar que estaba nervioso, pero no sabía por qué razón; se trataba solo de una simple cita para conocerla mejor. Solo amistad y practicidad, nada más. En cuanto supiera que ella era feliz, su culpabilidad disminuiría y podría seguir con su vida.

O al menos eso se decía, negándose a admitir que se moría de ganas de ver a *lady* Anne y contemplar de nuevo su bonito rostro.

Para su alivio, observó que un carruaje tipo Victoria[5] se le acercaba, siendo fácil ver que en su interior se encontraba *lady* Anne, acompañada de otra mujer.

La capota estaba retirada para que pudiera disfrutar del aire, pero ella sostenía en alto una sombrilla blanca abierta para protegerla

de los rayos del sol. Unos rayos que lograban filtrarse tenuemente, dándole a su cabello rubio una tonalidad dorada.

Era evidente que ella no podía verlo, pero algo debió de decirle su acompañante al oído cuando ella sonrió y miró hacia su lado.

Christian sabía que no podía verlo. Pero se adelantó unos pasos mientras sentía que su corazón comenzaba a latir de forma acelerada.

«Recuerda que solo es una cita entre amigos», se indicó a sí mismo, pero ni él pudo creerlo.

Nada más llegar junto a él, el carruaje se detuvo y Christian se acercó para ayudarla a bajar antes que el cochero se le adelantara.

—Si me permite, *milady*, Tiene mi mano extendida para ayudarla a salir.

Lady Anne lo miró sonriendo, y Christian sintió un nudo en la garganta. Era, sin lugar a dudas, la mujer más hermosa que había visto en su vida.

Ella, con sumo cuidado le dio la sombrilla a la mujer que la acompañaba, quien resultaba evidente que era su doncella, y alzó su mano quedando a la espera.

Por su parte, Christian agarró esta con delicadeza para que ella no tuviera que tantear en su busca. Después, Anne se levantó de su asiento y Christian dudó sobre qué tenía que hacer, aparte de abrir la puerta del carruaje. ¿Debía sostenerla por de la cintura para que no se cayera, al no ver los escalones? ¿Sería correcto?

Al darse cuenta que ella se recogía la falda para no tropezar, se resolvieron todas sus dudas.

Tomándola por sorpresa, el soltó la mano para, acto seguido, cogerla por la cintura y depositarla con cuidado a su lado.

Por un segundo, Christian se detuvo a observarla antes de soltarla, al ser demasiado tentador tenerla tan cerca. Podía ver su rostro sonrojado por la sorpresa y cómo sus ojos vagaban inútilmente tratando de encontrarlo.

Fue esta visión lo que le recordó su propósito de que fuera una

simple cita entre amigos, y la soltó dando después un paso atrás. Aun así, no pudo evitar contemplarla con su bonito vestido blanco, a juego con la sombrilla y un sombrero de ala ancha, decorado con flores. Parecía totalmente preparada para pasar una tarde al sol, y Christian se sintió el hombre más afortunado por poder acompañarla.

—Está usted encantadora. —Nada más decirlo se arrepintió, al creer que había sido muy directo. Pero cuando la vio sonreír, pudo tranquilizarse.

—Es usted muy amable —respondió ella mientras agarraba la sombrilla que su criada le depositaba en la mano.

Christian se percató de cómo los transeúntes los miraban, tal vez al ser dos personas cuyos rostros no eran muy frecuentes de ver.

—Tenemos un tiempo excelente para nuestro paseo. —Como respuesta, ella asintió, y Christian le ofreció su brazo. Al ver que ella no se movía, él se maldijo por su estupidez—. Si me permite, puede apoyar su mano en mi brazo.

Lady Anne asintió y, despacio, alzó su mano hasta que dio con el brazo de Christian.

Ya más tranquilo, comenzaron a andar, seguidos de cerca de la doncella.

—He hecho que mi cocinera nos prepare unos deliciosos manjares. He pensado en buscar unos cuantos árboles cerca del rio para que nos protejan del sol y hacer allí nuestro picnic.

—Me parece una idea maravillosa.

Ambos caminaban como una pareja más por Hyde Park, dejando a un lado el Serpentine y a sus cisnes, patos y gansos, que los observaban a la espera de que les lanzaran comida.

—Es un sitio encantador para pasear. —*Lady* Anne rompió el silencio y él asintió.

—Los jardines son muy bonitos y he pensado que... bueno, el aroma —dijo Christian, sonrojándose al pensar en lo que iba a decir.

Se olvidaba de que las cosas que daba por sentadas —como la

vista de las flores de primavera o el cielo azul— eran algo imposible de ver para ella. Había querido compartir con *lady* Anne esa belleza, pero no sabía cómo explicarle lo que les rodeaba.

—El aroma es maravilloso y me hace pensar que estamos rodeados de toda clase de flores —intervino ella, y Christian se alegró de saber que no la había ofendido.

Continuaron hablando mientras caminaban, hasta que Christian vio un lugar perfecto para el picnic. Sin dilación, la guio hasta allí y se quedaron a solas mientras Doris iba a por la cesta que les aguardaba en el carruaje.

—Ha sido muy inteligente por su parte olvidar la cesta del picnic en el coche —repuso risueña *lady* Anne, a la vez que se adentraban por el césped en dirección a los árboles.

—¿Se ha notado mucho que todo ha sido una treta para quedarnos a solas? —dijo Christian entre susurros, como si no quisiera que nadie descubriera su plan.

Como respuesta, ella rio y negó con la cabeza.

—No, apenas. De no ser así, Doris habría soltado una de sus perlas.

—¿Doris? ¿Se refiere a su doncella?

—Es más que eso. Es mis ojos y mi amiga.

La forma en que lo dijo tan decidida sorprendió a Christian, al no ser común que una dama tuviera amistad con una doncella. Pero se imaginó que la dependencia de *lady* Anne había hecho que confiara en ella y se creara un vínculo especial entre ambas.

¿Podría *lady* Anne formar un vínculo igual de fuerte con un hombre? ¿Con su marido? ¿Con él?

Christian apartó ese estúpido pensamiento en el acto y continuó guiándola.

—Es muy afortunada por tener a alguien así a su lado.

—También tengo a mi familia. Los adoro y ellos me adoran a mí.

Y tengo mi música. Con ella es como si pudiera verlo todo.

—Suena como si no le faltara nada en la vida. —Nada más decirlo, Christian se arrepintió de sus palabras—. Lo lamento. No he pensado lo que decía. No quería sugerir que su vida no pueda ser completa por faltarle la vista.

—No se preocupe. Hace años que asimilé que mi ceguera me hacía diferente. Sé que mi vida no será como la de cualquier otra mujer de mi edad y posición. No podré casarme y tener hijos, pero prefiero no centrarme en lo que nunca podré tener o ser, sino en lo que sí tengo y quien soy.

—Es muy loable de su parte. La mayoría de las personas que conozco lo tienen todo y, sin embargo, no están satisfechas. Es más, yo mismo podría considerarme alguien insatisfecho con mi vida.

Christian la contempló y se dio cuenta de que hablaba en serio. Había asumido que su vida nunca sería como la de las otras jóvenes y se había centrado en ser ella misma. Sin embargo, él, que lo poseía todo, no había sido capaz de dejar la culpa atrás y vivía sumido en la amargura y el desconsuelo.

—Eso parece muy triste. Y si le soy sincera, nunca he llegado a comprender a quien tiene todo lo que puede desear y no se siente satisfecho.

Al comprobar que él permanecía callado, Anne se ruborizó y comenzó a ponerse nerviosa.

—Ahora soy yo quien debe pedirle disculpas. He obrado mal al dar por sentado que todas las personas somos iguales, cuando es evidente que no es así.

—No debe disculparse por decir lo que piensa. —Christian se detuvo bajo la protección de unos árboles y se la quedó mirando, embobado por la hermosura y elegancia que emanaba de ella—. Aunque debo admitir que tiene razón. Usted no es como los demás, en el mejor de los sentidos.

Por un instante, ninguno de los dos dijo nada y permanecieron en silencio. Ella, con la mirada hacia el lago, donde los cisnes, patos y

gansos hacían ruido, y él, observándola.

Había querido esa cita solo con el propósito de conocerla y saber si era feliz, pero cuanto más sabía de ella, más interés tenía por averiguar más cosas sobre su vida.

El sonido de pasos puso punto final a su conversación en privado, al acercarse a ellos Doris con el cochero. Este último portaba en una mano la cesta de picnic y en el otro brazo a una radiante Doris, que parecía muy complacida por la compañía.

—Su doncella y el cochero ya están aquí —le aviso Christian a *lady* Anne, que parecía absorta—. Les acabo de hacer una señal para que se acerquen a nosotros.

—¿Podemos hacer aquí el picnic? —preguntó Anne, volviendo la cabeza para mirarlo, a pesar de la ceguera.

—En realidad, iba a preguntarle lo mismo. El lugar donde estamos parados es muy hermoso. Está a la sombra de unos árboles y rodeado de flores.

—Entonces nos quedamos. Me encanta el aroma que nos envuelve y el sonido del agua.

Christian miró a su alrededor y apreció el lugar de forma diferente.

Era cierto que se habían alejado del camino principal y el sonido ahora se centraba en el ruido del agua, de alguna que otra abeja y la risa de la criada mientras se acercaba. Pero no se había percatado del aroma de las flores ni de la sensación de paz que reinaba en ese lugar.

Contempló de nuevo a *lady* Anne y se preguntó cómo sería ver el mundo sin usar la vista, dejándose llevar solo por los demás sentidos. Y entonces reconoció que durante toda su vida había estado parcialmente ciego, al no apreciar las cosas que lo rodeaban.

Daba por hecho que estaban ahí al verlas, pero no las valoraba.

—Debo confesar que me tiene intrigado. Su mundo parece otro diferente al mío, y sin embargo es el mismo.

Ella se rio, llenando el aire con su sonido cantarín.

—Solo tiene que cerrar los ojos y ya estará en mi mundo. No hay más misterio.

Pero sí que había mucho más. Ella era en todo su ser un gran misterio, y cuanto más tiempo pasaba con ella, más quería adentrarse en este.

Aunque debía tener cuidado para no dejar al descubierto que él también guardaba un secreto.

Capítulo 9

Anne sentía el cálido sol filtrándose por las ramas de los árboles y cómo estos susurraban mecidos por una suave brisa. También podía percibir el aroma a primavera que surgía de las flores y el del agua que cantaba para ella. Pero nada de todo esto era comparable con tener a lord Hastings a su lado.

Se sentía feliz de poder pasear cogida de su brazo por Hyde Park, haciendo el tipo de cosas que la gente corriente hacía y que ella había anhelado tantas veces. No había nada inusual en un picnic, pero para Anne representaba mucho más que eso: representaba la normalidad, y por eso estaba agradecida.

Si además lo unía a su conversación nada habitual, que le permitía intimar, resultaba mucho más que embriagador. Que Anne recordase, él era el único caballero que al enterarse de su ceguera no había cambiado su actitud hacia ella.

—Ya estamos aquí, *milady* —anunció Doris, como si su risa no hubiera sido suficiente preludio de su llegada—. ¿Quiere que prepare el picnic?

Anne agachó la cabeza, pues no dependía de ella dar esa orden, al ser una invitada, y como no podía ver si su doncella la estaba mirando, tampoco podía saber si la pregunta iba dirigida a ella o a lord Hastings.

—Extienda la manta cerca del árbol para que *milady* pueda apoyarse. —Oyó decir a lord Hastings y respiró tranquila, al haberse solucionado el problema sin que ella quedara mal.

Un minuto después, Anne y su acompañante estaban sentados mientras Doris terminaba de sacar todo de la cesta y se alejaba. Anne no sabía si lord Hastings les había hecho una señal para que los dejaras a solas, pero podía escuchar a su criada y al cochero al otro lado del árbol conversando.

—No se preocupe, están muy cerca de nosotros.

Como respuesta, Anne asintió y tanteó hasta encontrar el árbol y poder apoyarse en él.

—¿Quiere que le describa el picnic? —le preguntó Christian—. Todo está dispuesto ante nosotros, pero sería una negligencia por mi parte si no compartiera con usted mi propia visión —dijo notándose la sonrisa en su voz.

—Me gustaría mucho —asintió ella, y él se aclaró la garganta.

—Muy bien. En primer lugar, tenemos pollo y jamón frío, un par de barras de pan, un gran trozo de mantequilla, mermelada de melocotón y fresa y, de postre, una tarta de manzana recién hecha. Y para beber tenemos cerveza de jengibre y vino blanco. Espero que todo sea de su agrado.

—Suena maravilloso.

—Les pasaré un poco de cada cosa a nuestros compañeros de picnic, y luego podemos empezar.

Anne asintió agradecida de que se acordara de Doris y el cochero para que así ellos también pudieran pasar un rato agradable.

Con una sonrisa en los labios, Anne escuchó la alegría en la voz de Doris y cómo ambos agradecían a milord el detalle.

—¿Puedo ofrecerle algo de la comida, *milady*? —preguntó Christian, y Anne asintió de nuevo.

—Me gustaría empezar por el pollo. Llevo un buen rato percibiendo su olor, y se me ha abierto el apetito.

Él rio, y Anne escuchó cómo le preparaba un plato.

De pronto, ella se dio cuenta de que le sería imposible saber la

colocación de la comida y que no podría usar los cubiertos.

En ningún momento había pensado en lo inconveniente de comer fuera de casa, sin que Doris le sirviera la comida y teniendo a alguien tan cerca que viera todos sus fallos

—¿Sabe qué es lo mejor de este picnic?

Ella negó con la cabeza mientras pensaba cómo rechazar el plato con el pollo, por muy hambrienta que estuviera.

—Que se puede comer con las manos —explicó Christian—. No hay nada de salsas, y además, estamos lo bastante apartados del camino para que nadie nos vea. —De improviso, él comenzó a hablar más cerca de ella—. Incluso podemos chuparnos los dedos. Y no se preocupe por las servilletas, he traído de sobra.

Al escucharlo, Anne estuvo a punto de llorar. Podría decirse que era lo más bonito que alguien había hecho por ella.

Era lógico pensar que lord Hastings había encargado a la cocinera la comida del picnic, pero había sido él quien había ido más lejos, al pensar en ella y en sus limitaciones.

Se había molestado en anticipar cómo podría comer sin ver los alimentos y cómo podría solucionarlo sin avergonzarla.

Eso demostraba que se había tomado muy enserio su salida, y que por lo tanto ella le importaba.

—Le agradezco que haya pensado en mí —consiguió decir Anne, aunque se le notaba la emoción en su voz—. Es encantador por su parte, y me demuestra que es todo un caballero.

—No debe darme tanto mérito. Solo he pensado en la forma de que estuviera cómoda.

Anne sonrió como muestra de agradecimiento. No solo había sido el primer caballero en invitarla a salir a pasear, sino que se había tomado la molestia de pensar en su comodidad.

Eso era, sin lugar a dudas, mucho más de lo que cualquier otra persona había hecho por ella. Aparte de su familia o Doris.

Para el resto de la sociedad, solo era una molestia incómoda, al no saber qué decir o hacer en su compañía. Le hacían sentir como un bicho raro, completamente ajena a ellos. Una desplazada que jamás encajaría. Pero hasta ahora nunca le había importado.

Sentada junto a un hombre encantador, en medio de Hyde Park, sintió el deseo de ser una joven normal. Alguien que pudiera casarse, formar una familia y poder asistir a bailes sin necesitar que alguien la guiase.

En resumen, deseó poder ver. Y en su mundo, solo había una forma de hacerlo.

—Me gustaría saber un poco más de cómo es usted, con quién estoy hablando. ¿Podría poner mis manos en su cara? —Cuando él no dijo nada, ella trató de explicarse—. Parece extraño, lo sé, pero hacerlo me permite conocer sus rasgos. Así, cuando me hable, tendré una idea de cómo es.

—Debo admitir que no es una petición muy normal en una dama, pero será un honor poder complacerla.

Al escucharlo, ella sonrió en señal de agradecimiento y extendió sus manos en busca de su rostro.

—Espero que su criada no nos esté mirando —declaró Christian —. No me gustaría que se lo comunicara a su familia y tuviera que rendirles cuentas.

Anne sonrió percibiendo con sorpresa que él no parecía molesto, al contrario de otros que, tras su petición, se habían negado por considerarlo inapropiado. En su lugar, él se acercó y le cogió las manos.

—No se preocupe —dijo Anne—. Ella me conoce lo suficiente como para saber mis propósitos. Además, no es el primer caballero al que le palpo el rostro —añadió, segura de que sus palabras le habían hecho sonrojarse.

—Es bastante sorprendente pensar que, con el tacto, puede saber cómo es mi aspecto —dijo Christian. Acto seguido, colocó las manos de Anne sobre su cara y esperó en silencio a que ella lo tocara.

Le gustó el tacto delicado de *lady* Anne sobre su rostro. La suavidad con que deslizaba sus dedos, como queriendo captar cada matiz que lo definía.

Sabía que ella simplemente le estaba mirando a su manera, pero para él estaba siendo mucho más. Estaba siendo la experiencia erótica más estimulante que había sentido en mucho tiempo. Aunque para *lady* Anne no parecía serlo.

Parecía concentrada en su tacto, hasta hacerle creer a Christian que ella se había evadido de la realidad. Pero lo que él no sabía era que ella estaba memorizando cada centímetro de su cara.

El grosor de sus labios, la tersura de sus mejillas recién afeitadas, los pómulos altos. Por desgracia, Anne no podía averiguar el color de sus ojos, aunque se lo imaginaba oscuros y penetrantes. Por el contrario, su nariz era recta, recordándole a la de su hermano Jeremy.

—Es usted un hombre guapo —dijo ella sin pensar, y en el acto se arrepintió de su atrevimiento—. ¡Oh! Lo siento, no pretendía ser tan atrevida. Me refería a que sus rasgos están bien proporcionados.

—No se preocupe. Me imagino que se refiere al ideal de belleza griego[6].

—¿Conoce usted esa técnica?

—Sé que se aplica sobre todo a la escultura. Pero le recuerdo que no era una técnica realista, sino más bien idealizada de cómo debía ser el cuerpo humano.

Ella rio y bajó sus manos por el cuello de Christian, debidamente cubierto por un pañuelo blanco enlazado.

—Solo tengo en cuenta las proporciones que toco. Y en su caso, no he palpado una nariz excesivamente larga ni una boca demasiado ancha. Por no hablar de que sus cejas están perfectamente arqueadas y no forman una sola línea.

—Por suerte para mí.

Anne sonrió con más ganas.

—No sabía que los hombres también podían ser coquetos —

respondió ella, disfrutando bastante de este momento de galanteo.

—Se sorprendería si conociera a algunos caballeros. Parecen auténticos pavos reales.

Al darse cuenta de que ella quizá no sabría cómo era un pavo real, Christian se disculpó.

—Perdone. Quizá ese ejemplo no sirva para que lo comprenda. Quería decir que parecen…

Pero ella enseguida se percató de lo que él pretendía y lo interrumpió.

—Sé lo que quiere decir y cómo es un pavo real. Incluso escuché cómo suena uno hace tiempo.

—¿De veras? ¿Y cómo suena un pavo real?

—Como alguien muy soberbio.

Ambos comenzaron a reír, ajenos al escrutinio de Doris, que los observaba feliz.

—¿Qué más dones tiene? Aparte del tacto y del oído.

—El olfato. Según nuestra cocinera, la señora Smith, puedo distinguir el aroma del pudin a quinientas yardas[7].

Los dos comenzaron a reír de nuevo, consiguiendo que lágrimas de felicidad aflorasen al rostro de Anne.

—No creo haberme reído tanto en mucho tiempo —le aseguró él, que la contemplaba maravillado.

—Yo tampoco.

Durante un instante se quedaron callados, hasta que él rompió el silencio.

—¿Quiere un poco más de cerveza de jengibre?

Como respuesta, ella asintió, y luego oyó el chasquido de un corcho y el vertido de un líquido efervescente. Cuando extendió su mano para coger el vaso que seguro él le ofrecía, sintió un escalofrío al tocar los dedos de él.

No se atrevió a apartarse, y él no parecía dispuesto a hacerlo. Los dos permanecieron unos segundos más de lo debido tocándose hasta que Christian retiró su mano.

Anne sentía cómo todo su cuerpo le quemaba y la refrescante cerveza, enfriada debidamente en el río, bajó por su garganta calmando su sed, pero no su deseo.

Era algo nuevo para ella sentir el tacto de otra persona tan cercana. Tan excitante... Y se preguntó si lo que acababa de experimentar era deseo.

Por su parte, a Christian no le cabía dudas de que se trataba de deseo, y antes de perder la cabeza y besarla, decidió que, tras dar un largo trago de cerveza, mantendría las distancias con ella.

Cuando observó cómo *lady* Anne se mordía el labio por la intensidad de las sensaciones, estuvo a punto de perder el control y dejarse llevar. Por suerte, no estaban solos, y pudo contenerse a tiempo.

Apartándose de ella, Christian agradeció su ceguera, pues de lo contrario se habría visto en un compromiso ante la hinchazón de su miembro en los pantalones.

Queriendo quitar de su mente cualquier detalle que tuviera que ver con Anne, Christian comenzó a hablar y a explicarle lo que había ante ellos. Como las parejas que paseaban o se sentaban a leer bajo la sombra de un árbol, o los cisnes que competían contra los patos y gansos para quedarse con las migajas de pan que les tiraban los viandantes.

Cuando la brisa comenzó a levantarse, Christian supo que el fin del picnic había llegado. Pero se negaba a que esa maravillosa tarde terminase, por lo que se le ocurrió una manera de posponer su partida.

—¿Desea dar un paseo por la orilla del río? Así le daremos tiempo a su criada para que recoja y le pediré al cochero que nos espere en las puertas del parque.

—Será un placer. —Fue la única respuesta de Anne, al estar todavía aturdida por las sensaciones nuevas que había sentido.

Sensaciones que se intensificaron cuando lord Hastings le cogió la mano para colocarla en su brazo.

—Entonces, comencemos.

Anne empezó a caminar, emocionada. Estaba acostumbrada a su propio mundo, a vivir en los confines no solo de su propia mente, sino de la casa de sus padres. Donde quiera que fuese se hacían planes, se planificaban las rutas, se organizaba todo para que se tuvieran en cuenta todas las eventualidades.

Por el contrario, esta tarde todo parecía espontáneo. Anne estaba disfrutando de lo que podía considerarse libertad y una auténtica aventura. Solo se trataba de un paseo por el parque, pero para ella representaba algo más. Significaba poder sentirse como una mujer más de su edad, con las mismas ilusiones y perspectivas. Era un sueño hecho realidad, al poder pasear del brazo de lord Hastings mientras este la guiaba describiendo todo a su paso.

Pero si Anne además tenía en cuenta que estaba haciendo algo a escondidas, esa aventura se hacía más excitante por ser prohibida.

De pronto, notó cómo el cuerpo de lord Hastings se tensaba y ella también reaccionó igual. No sabía qué podía él haber visto para experimentar este cambio, pero se sintió inquieta al no saber qué hacer.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Tranquila, *milady*. No sucede nada malo. Confíe en mí.

Por un extraño segundo, esas palabras la llevaron a otro lugar, a otro tiempo donde vivían sus pesadillas.

Aún podía recordar la voz del muchacho que la cogió en brazos y la llevó a su casa. La voz de su salvador, que la alejó de los bribones que pretendían abusar de ella.

No recordaba mucho de esa noche. No recordaba las caras a causa de la oscuridad y al mezclarse todo con el paso del tiempo. Pero nunca olvidaría las palabras de ese muchacho, que la calmaron cuando más lo necesitaba.

«Tranquila. No permitiré que te haga nada».

Capítulo 10

Christian estaba pasando una de las mejores mañanas de su vida y no quería que terminara. El encuentro con *lady* Anne había sido toda una sorpresa, al no haber esperado sentirse tan cómodo en su compañía.

Había estado con mujeres en otras ocasiones, pero nunca de una manera tan casual. Siempre se había tratado de eventos como cenas o bailes donde conversaba con alguna dama, pero siempre con el protocolo y las normas vigentes entre ellos.

Con *lady* Anne, en cambio, todo parecía más natural, más sincero. Tenía la sensación de que podía hablar con ella de casi cualquier tema y sentirse él mismo. Aunque cada vez que la miraba a los ojos, sentía el aguijón de la culpa.

Todo parecía perfecto, hasta que vio acercarse a alguien que llevaba tiempo sin ver y que podía estropearlo todo.

Se maldijo al no haber pensado antes en que este encuentro pudiera ocurrir y no haberse preparado.

—¿Qué sucede? ¿Qué ha visto?

—Tranquila, *milady* —dijo él para calmarla, al ser evidente que ella había captado su nerviosismo—. No pasa nada malo. Confíe en mí.

Por suerte, ella pareció aceptar sus palabras y permaneció en silencio. De pronto, recordó que *lady* Anne no podía ver y que por consiguiente podría estar asustada.

Por ese motivo, Christian se apresuró a decirle quién se les

acercaba.

—Su hermano Jeremy nos ha visto y se aproxima a caballo. —En lugar de tranquilizarse, *lady* Anne se tensó más.

Christian se dio cuenta enseguida de ello y le dio un apretón en su mano mientras le decía:

—Sígame la corriente.

Anne escuchó los cascos de un caballo y cómo este disminuía su galope al aproximarse. Unos segundos después, el sonido de unas botas goleando el suelo le hizo entender a Anne que su hermano había llegado ante ellos y había desmontado.

—Christian, menuda sorpresa verte con mi hermana. ¿O debo llamarle lord Hastings? —preguntó, al hacer tanto tiempo que no se veían y haber recibido Christian el título de conde.

—Puedes llamarme Christian, si me permites que te siga llamando Jeremy.

—Por supuesto, no espero formalidades de un amigo al que conozco desde hace tanto tiempo. —Ambos hombres se estrecharon la mano mientras Christian se estremecía ante lo mal amigo que se consideraba.

—¿Qué haces en Hyde Park, Jeremy? —preguntó Anne, interrumpiendo a ambos hombres, algo enfadada por si su hermano la estaba espiando.

Ella le había dicho a su madre que irían a pasear y a conocer la cafetería nueva de Hyde Park, pero no creía que necesitara otra carabina, aparte de Doris. La sobreprotección de su familia a veces la exasperaba, por lo que prefirió aclarar ese tema

—No te enfades conmigo, Anne. Madre me dijo que estarías en Hyde Park, y se me ha ocurrido acompañarte.

—He venido con Doris, como suele ser mi costumbre… —de pronto, Anne enrojeció al reconocer que, probablemente, su hermano pensaría que ella había tenido una cita con lord Hastings.

No podía estar segura al no poder verlo, pero estaba convencida

de que su hermano los observaba tratando de descubrir si le ocultaba algo. Lo peor de todo era que en ese instante estaba paseando a solas con lord Hastings, por lo que Jeremy podría deducir que habían acordado un encuentro a solas. Por no mencionar que si él comentaba algo en su casa, quedarían al descubierto las mentiras que Anne le había dicho a su madre.

El carraspeo de Doris tras ella hizo que se relajara y agradeciera en silencio a la doncella que hubiera acabado de recoger el picnic y los siguieran. Solo entonces se dio cuenta de lo imprudente que había sido al aceptar acompañar a un caballero sin carabina.

Era cierto que ella no podía ver a nadie, pero por la cantidad de personas que lord Christian le había descrito, ese día había mucha gente paseando junto al Serpentine.

La respuesta de Jeremy no se hizo esperar, y Anne notó en su acento cierto grado de humor.

—Lo sé, puedo verla tras de ti. Lo que no logro explicarme es cómo habéis acabado juntos.

Tanto Anne como Christian permanecieron en silencio, revelando su tensión.

Cada uno estaba buscando una excusa para explicar su encuentro, pero era lógico suponer que debía ser Christian quien asumiera que la había visto y reconocido. El problema era saber si Jeremy los creería.

—Ha sido un encuentro fortuito. *Lady* Anne tuvo un problema con un pato y me ofrecí a ayudarla. —Fue lo único que a Christian se le ocurrió.

Nada más decirlo, Christian vio las cejas alzadas de Jeremy, y supo que estaba en un buen lío.

—¿Con un pato? —preguntó Jeremy risueño, a la vez que Doris bufó en desacuerdo y dio un respingo a su acompañante.

—Sí, ya sabes, un pato. —Insistió Christian, al saber que era demasiado tarde para rectificar.

—¿Y qué clase de problema tenía mi hermana con un pato?

—A ver cómo sale de esta, milord… —susurrar Doris a espaldas de Christian, por lo que él estuvo a punto de volverse y decirle que no era tan fácil buscar una excusa con tanta presión.

—Pues muy sencillo, el pato estaba…

—El pato me estaba persiguiendo y me estaba asustando —intervino Anne, exasperada por lo mal que se le daba mentir a lord Hastings.

—¿Y puede saberse dónde estaba Doris? —preguntó Jeremy, cada vez más interesado por la historia.

—Estaba recogiendo flores y no me di cuenta —explicó esta con su sonrisa fingida que solo usaba cuando se había metido en un buen lío y tenía que parecer un techado de virtudes.

—Entonces, has tenido suerte de que lord Hastings te protegiera. —Anne asintió de inmediato y Christian suspiró, aliviado por haber terminado la peor parte. O eso creía él—. Por cierto, Christian, hace mucho que no te veo por Londres, ¿qué haces en la capital, aparte de salvar a bellas damas de… los patos?

La risa de Doris y el tono fanfarrón de Jeremy crisparon los nervios de Christian.

—He venido a arreglar unos asuntos de la finca familiar. Estaré unos días y pronto regresaré junto a mi madre y a mi hermana. —No quiso darle más explicaciones.

—Dales recuerdos de mi parte cuando las veas, y también de mi familia. Por cierto, es sorprendente que reconocieras a mi hermana después de tanto tiempo sin verla.

Durante un segundo, Christian se quedó callado buscando una excusa, y Anne se preguntó a qué se refería su hermano. Sabía que lord Hastings era un buen amigo de Jeremy y que conocía a la familia, pero en realidad no lograba recordar quién era.

—Es cierto que han pasado muchos años desde que no veía a *lady* Anne. Pero siempre reconocería el cabello rubio y el porte elegante de

los Lodwood. —Consiguió decir Christian como excusa.

Jeremy no comentó sus palabras, pero sí se fijó en que su hermana fruncía el ceño. Creyó saber el motivo, y le preguntó al respecto.

—¿No recuerdas a mi amigo Christian? —Anne negó con la cabeza—. Pasaba muchas Navidades con nosotros antes de… —Jeremy calló, al referirse al día en que ella perdió la vista.

De pronto, Anne recordó al muchacho y se sonrojó. Ya entonces, Christian le parecía un joven muy guapo, por lo que no se extrañaba que ahora fuera un hombre atractivo. Pero además recordó otra cosa.

—Recuerdo sus ojos verdes. —Ninguno de los presentes supo la importancia de ese dato, al desconocer que, con el tacto, era el único rasgo que no pudo saber de su rostro. Pero ahora, con el recuerdo casi borroso de ese joven, podía tener una visión más concreta de cómo era él.

Eso le agradaba, al conseguir que su rostro fuera algo menos confuso.

Jeremy se rio al escucharla. No había que ser muy listo para saber que algo extraño estaba sucediendo, pero su hermana, sin saberlo, le había aclarado que su encuentro en el parque no era casual.

—Creo que tienes razón, hermana, aunque admito que nunca me he fijado mucho en ese detalle.

Jeremy se quedó mirando a Christian, como comprobando el color de los ojos de su amigo, mientras este sentía el deseo de que una bandada de patos los atacara de verdad.

Se sentía como un chiquillo al que habían pillado en una travesura y que ahora tenía que pagar por ello. Sabía que Jeremy no indagaría mucho en su encuentro con su hermana, pero estaba convencido de que *lady* Anne le pediría que le dijera por qué no le había comentado antes que lo conocía.

—Espero que disculpen si me retiro —comenzó a decir Christian —. He recordado que tengo unos asuntos pendientes y, como ahora su

hermano puede acompañarla, me atrevo a dejarla en su compañía.

Christian se sintió como un cobarde al marcharse de forma tan precipitada, pero no se le ocurría otra manera de dejar claro que su encuentro había sido algo casual.

Como respuesta, *lady* Anne se separó de él, consiguiendo que Christian echara en falta su presencia, incluso cuando ella todavía estaba cerca.

—Gracias por su compañía y su ayuda —dijo *lady* Anne, guardando el deseo que sentía de pedirle a Christian que se quedara o concertar otra cita. Pero ahora no estaba muy segura de que esto sucediera de nuevo.

Había creído él que la consideraba especial por la forma en que se comportaba y hablaba con ella. Por no mencionar lo bien que se lo habían pasado juntos. Pero ahora que él sabía que era la hermana de su amigo Jeremy, seguro que su interés por ella había desaparecido. Al menos, eso es lo que Anne pensó, al tratar de entender por qué Christian no le había dicho que la conocía de años atrás.

Aun así, por muchas explicaciones que quisiera encontrar, algo no terminaba de encajar.

Por su parte, Jeremy no tardó en colocarse al lado de su hermana y atraer la mano de esa hacia su brazo.

—Anne —le preguntó—. ¿No le has comentado a lord Hastings que mañana vas a ir con madre a la ópera? Quizá él pueda acompañaros. —Cuando Jeremy vio que los dos se quedaban en silencio, continuó hablando, con el propósito de conseguir lo que pretendía—. Me harías un enorme favor si las acompañaras —dijo dirigiéndose a su amigo—. Por desgracia, ni yo ni mi padre podemos hacerlo, y prefiero que no vayan solas.

Anne estuvo a punto de bufar como antes había escuchado hacer a Doris, pero se contuvo a tiempo. Estaba claro que su hermano pretendía algo, pues no era la primera vez que su madre y ella iban solas a la ópera o el ballet, puesto que ni a Jeremy ni a su padre les gustaban esos entretenimientos.

Pero como Anne tenía interés en saber la respuesta de lord Hastings, y le agradaba la idea de que este las acompañara, se calló y esperó su respuesta.

—La verdad es que… —Christian miró a *lady* Anne, y no supo qué contestar.

Lo cierto era que quería volver a verla, y no se le ocurría ninguna forma de hacerlo sin dejar claro su interés por ella. Al observar su rostro y comprobar el deseo que expresaba por volver a estar juntos, Christian no pudo negar que él también sentía ese mismo deseo. Además, estarían con su madre, ¿qué podría tener de malo esa cita?

—Será un placer acompañarlas.

Christian habría jurado que escuchó un suspiro colectivo al dar su respuesta, pero no tenía sentido. Aunque debía admitir que se sintió algo incómodo antes los rostros sonrientes de *lady* Anne, Jeremy e incluso Doris.

—Perfecto. Entonces te espero mañana a las ocho en nuestra casa de Hanover Square.

Christian asintió y se despidió haciendo una reverencia. Una parte de él quería salir corriendo, mientras que otra quería quedarse junto a *lady* Anne. La verdad era que no había esperado que su velada con ella fuera tan exquisita y que desearía otra cita para volver a verla.

Con una última mirada a *lady* Anne, Christian se giró y comenzó a alejarse, hasta que un comentario de Jeremy le hizo sentir el deseo de acercarse a él y tirarlo de cabeza al Serpentine.

—Y no te preocupes, viejo amigo. En la ópera no hay patos que os ataquen.

Capítulo 11

A pesar del mal gusto de su amigo Jeremy para bromear, Christian llegó a su residencia de buen humor. No solo porque su picnic con *lady* Anne había resultado mejor de lo esperado, sino porque al día siguiente volvería a verla.

No quiso pensar en lo culpable que se había sentido todos estos años, manteniéndose apartado al no soportar escuchar hablar de ella y menos aún verla. En su lugar, solo tenía el deseo de conocerla y de saber si podía hacer algo por ella. Algo que le permitiera poder dormir por las noches sin tener pesadillas o que no le hiciera sentirse tan miserable cada vez que se miraba al espejo.

Pero esa tarde no quería pensar en nada negativo que pudiera perturbar su felicidad. Solo quería recrearse en el recuerdo de lo vivido durante el picnic y en cómo había disfrutado de la compañía de *lady* Anne.

—Señor Ottis. —Christian llamó a su mayordomo nada más verlo —. ¿Sabe dónde está el señor Lawson?

El señor Ottis había estado al servicio de los vizcondes de Hastings desde antes que Christian naciera, por lo que conocía el carácter de este mejor que nadie. Quizá por ese motivo el mayordomo alzó una ceja, extrañado al verlo de tan buen humor, lo que era poco frecuente. Menos aún en Londres, donde el vizconde siempre estaba tenso.

—Hace unos minutos me comunicó que lo esperaría en la biblioteca, milord —respondió Ottis, sin dar muestra de su sorpresa.

—Entonces iré a buscarlo. Comunique a la cocinera que hoy cenaremos fuera. Me apetece un buen bistec en el club de caballeros.

Durante unos segundos, el sirviente se quedó mudo, hasta que sus años de conducta intachable como mayordomo lo hicieron reaccionar y asentir con la cabeza.

Sin lugar a dudas, a su señoría le pasaba algo, pues era inaudito que se dejara ver más de lo preciso en público y menos aún que le diera explicaciones a un empleado. Por muchos años que hubiera estado a su servicio.

Pero cuando lo vio alejarse silbando una canción, el pobre señor Ottis estuvo a punto de sufrir un infarto. El taciturno y solitario vizconde Hastings parecía otra persona. Es más, juraría que parecía… feliz.

Una hora más tarde, sentado en su club de caballeros, con Collins frente a él y degustando un sabroso bistec, Christian se sintió encantado.

Su estado de ánimo era excelente desde que había estado con *lady* Anne, por el simple motivo de que estar con ella y permitirle conocerla, le había aliviado algo de su sentimiento de culpa.

Lady Anne no era la criatura patética que había imaginado, una mera cáscara de mujer, que existía en lugar de florecer. Su aflicción, aunque terrible, no era la limitación de su existencia, y al conocerla, él no había encontrado a una mujer ciega, sino a una mujer que resultaba ser ciega y aún así, o gracias a ello, era fascinante.

—Un lugar muy cómodo, tu club de caballeros —repuso Collins tras tomar un buen sorbo de vino.

Christian miró a su alrededor observando a caballeros de entre veinte y setenta años, sentados en diferentes mesas diseminadas por

un amplio salón, con la intención de dar privacidad a sus comensales.

El comedor estaba adornado por majestuosas lámparas de araña y finas y elegantes cortinas en cada ventana que hacían juego con el blanco de los manteles.

Los candelabros, los cuadros, las sillas, en definitiva, cada detalle, estaba diseñado para dar, además de elegancia, la sensación de estar en un lugar agradable.

Todo ello unido a un impecable servicio, pues cada mesa era atendida por un camarero, que permanecía apartado y atento por si se necesitaba de su asistencia.

—Este lugar es utilizado por muchos caballeros como un hogar lejos del hogar.

—Puedo ver que es muy acogedor. Aunque no se parece en nada a mi comedor. Me imagino que no me hubieran dejado entrar si no vengo en tu compañía —declaró Collins, quien provenía de una familia modesta y no estaba acostumbrado a frecuentar locales tan elegantes.

—Es uno de los privilegios de ser vizconde. —Christian no lo dijo con mucha ilusión, como si ser vizconde tuviera más inconvenientes que ventajas.

—Y yo me alegro de ser el amigo de uno. Así puedo saborear este excelente bistec. —Collins sonrió mientras cortaba un trozo de carne y se lo llevaba a la boca—. Delicioso. Te doy permiso para invitarme a cenar las veces que quieras.

Christian sonrió, agradecido de que su amigo no se sintiera intimidado por su diferencia de clases y fortuna. Como hijo del vicario, la vida de Collins estaba sujeta a las normas y la modestia, por lo que su estancia junto a un vizconde en la capital, asistiendo a eventos y codeándose con la aristocracia, estaba siendo una experiencia fascinante.

Pero Collins era un hombre sencillo e inteligente, por lo que sabía apreciar su buena fortuna como amigo de Christian, pero sin perder de vista su condición más humilde.

Un don que aquel valoraba mucho, al permitirle abrirse a él sin temer que su amigo se sintiera inferior.

La conversación continuó dando buena fe del buen humor de ambos, hasta que, con el postre medio acabado, Collins sacó un tema que sabía que no agradaría a Christian.

—Ayer me enteré por casualidad de una noticia que puede interesarte.

—¿De veras? —preguntó Christian, sin sospechar de qué podría tratarse.

—Es algo relacionado con un viejo amigo tuyo.

Christian se extrañó, pues apenas tenía amigos y no sabía a cuántas de sus antiguas amistades de la infancia podía conocer Collins.

—¿Un viejo amigo?

Collins se limpió la boca con un movimiento discreto con la servilleta y dejó esta sobre la mesa. Después miró a su amigo y se dispuso a contarle lo sucedido esa mañana.

—Como sabes, me gusta boxear, y el cochero me habló de un club donde se permite la entrada por igual a nobles y plebeyos. Me extrañó que eso fuera posible y fui a inspeccionar. —Calló un instante para tomar un sorbo de vino—. En realidad, no era ningún club de boxeo, sino un garito de apuestas ilegales, donde cualquiera puede participar en una pelea. Los… señoritos, son los que apuestan y los… plebeyos, son quienes se juegan el tipo en el ring.

Christian asintió, al comprender que por ese motivo el club permitía que cualquiera entrase. Se imaginaba que siempre estarían buscando a ilusos que se mataran a golpes por dinero, y a lores que por diversión apostaban sus herencias.

—Como podrás imaginar, no fui tan estúpido para apostar ni para dejarme pegar por un matón callejero a costa de que otros se hinchen los bolsillos. Pero estando curioseando escuché que pronunciaban un nombre, uno que una vez mencionaste como el de un amigo muy

lejano al que no te gustaría volver a ver.

Al escucharlo, Christian se tensó.

—¿Qué nombre oíste? —preguntó, temiéndose lo peor.

—Dos hombres estaban hablando, y uno felicitó al otro por su compromiso. Le llamó lord Kendrick.

Al escuchar ese nombre, todo el buen humor de Christian desapareció, y sintió el deseo de vomitar el bistec.

Oliver Lane, hijo del conde de Kendrick. Jamás pensó que volvería a escuchar su nombre. Hacía doce años que no lo había vuelto a ver, aunque había escuchado rumores que lo relacionaban con escándalos de faldas. Algo que no le extrañaba, tras su comportamiento en el cementerio con *lady* Anne.

Ya por entonces había dado signos de su brutalidad y falta de valores, al intentar violar a una niña de once años.

Con cada músculo de su cuerpo en alerta, Christian preguntó a su amigo, temiendo la respuesta.

—¿No dijo su nombre?

—No, solo mencionó a lord Kendrick —respondió Collins, sorprendido ante el cambio de humor de su amigo—. Lamento si esta información te ha alterado. Recordé que una vez mencionaste que lo conocías, y pensé que te agradaría saber que se había prometido.

Sin querer resignarse a que fuera el mismo hombre, Christian insistió en saber más de él.

—¿Se trataba de un hombre joven? Porque quizá podría tratarse de su padre —señaló, apretando los labios con determinación.

Tenía la esperanza de que así fuera, aunque en su interior sabía que lo más seguro era que, como en su caso, Oliver hubiera heredado el título al fallecer su padre y ahora fuera el conde de Kendrick.

—No. Estoy seguro de que era un hombre de tu edad y bien parecido. —Pasado un rato y al ver que su amigo permanecía pensativo y con la cabeza gacha, Collins comenzó a disculparse—.

Perdona que te haya mencionado a ese hombre. Creía que te alegraría la noticia.

Christian alzó la cabeza para mirarle, dejando atrás los oscuros pensamientos que lo embargaban.

—No te preocupes. Hace mucho que no escucho ese nombre y por eso me he sorprendido.

Collins asintió, aunque era más que evidente que Christian ocultaba algo. Lo sabía bien como hijo de vicario, pues su padre llevaba preparándolo durante años para que lo sustituyera, y en más de una ocasión habían hablado de cómo reconocer a un feligrés que necesitaba de sus consejos o simplemente, que se le escuchara.

—Si quieres contarme algo, sabes que soy discreto y que no revelaré a nadie tus secretos.

Ambos hombres se miraron en silencio, hasta que Christian se encogió de hombros.

—Lo sé, amigo. Y te agradezco el apoyo que me ofreces. Pero no quiero volver a recordar nada que tenga que ver con ese hombre. Solo te diré que compadezco a su prometida y que ruego a Dios que lord Kendrick haya cambiado. De no ser así, hará la vida de esa mujer un infierno.

Capítulo 12

Sentado en el carruaje, Christian estaba nervioso ante la perspectiva de volver a ver a *lady* Anne y de pasar una velada junto a ella. No estaba seguro de cómo su plan de simplemente conocerla había cambiado tanto, pero debía admitir que desde su picnic todo había sido diferente.

Aunque, para ser justos, debía decir que todo en su vida cambió en el momento en que volvió a verla.

Nunca antes había sentido por una mujer una sensación tan grande de pertenencia, o un deseo tan intenso de volver a verla. Ahora que lo pensaba, unos meses atrás no hubiera creído que estaría a punto de recoger a una dama en su casa para acompañarla a una velada con su madre.

Y sin embargo, ahí estaba, ansioso por llegar cuanto antes.

«Debo de estar volviéndome loco», se dijo a sí mismo.

Cuando el carruaje paró frente a la residencia de los condes de Lodwood, todo pensamiento de locura desapareció de su cabeza. En su lugar, revisó su corbata mientras el cochero abría la puerta e inmediatamente después bajaba a la calle.

—Espere aquí, Duncan, no creo que tardemos mucho —dijo Christian, como si tuviera que dar explicaciones al cochero, y este asintió.

Sin perder ni un segundo subió los escalones, alisando su corbata de nuevo, antes de aclararse la garganta y llamar a la puerta. Para su sorpresa, no le abrió ni el mayordomo ni una criada, sino Jeremy, que

lo miró de arriba abajo y le hizo una señal para que pasara al vestíbulo.

—Llegas justo a tiempo —señaló Jeremy, mientras daban las ocho en el reloj de cuco en el pasillo.

—No quería ser descortés llegando tarde —se justificó Christian.

—No hace falta que te excuses. Me alegra saber que hay ingleses que todavía practican el arte de la puntualidad, que tanto prestigio nos ha dado. Por desgracia, las mujeres no suelen practicarlo mucho.

Jeremy le regaló una sonrisa y extendió una mano para indicarle que le acompañara.

—Por suerte, este retraso de las damas nos ofrece la oportunidad de conversar a solas —declaró.

—¿Hay algún asunto que te preocupe? —preguntó Christian, y Jeremy entrecerró los ojos.

—No es nada realmente importante. Es solo que me gustaría comentar unos puntos antes de que os vayáis a la ópera.

Algo extrañado, Christian asintió y acompañó en silencio a Jeremy hasta la biblioteca.

—Debo pedirte perdón por la ausencia de mi padre. Unos asuntos lo han mantenido ocupado y me ha pedido que sea yo quien hable contigo.

Al escucharlo, Christian alzó una ceja y se tensó, al darse cuenta de que la conversación iba a tratar temas más serios de los que esperaba.

—Además, creo que es mejor de esta manera. Así podemos hablar entre amigos como algo natural —comentó Jeremy, con el propósito de quitarle importancia a su charla.

Como respuesta, Christian asintió y se sentó en un cómodo sillón frente a la chimenea. Frente a él, Jeremy ocupó el otro sillón y miró a Christian, cambiando su semblante agradable a otro serio.

—Mi hermana es muy valiosa para todos nosotros y, como

hermano mayor, me tomo muy en serio su bienestar.

De pronto, Christian notó que la corbata le apretaba demasiado en el cuello.

—Sé que fue idea mía que las acompañases a la ópera, pero no quiero que pienses que eso te da permiso para tomarte ciertas libertades con Anne. Quiero que ese asunto quede claro antes de que sigas adelante con esta… cita —afirmó con gravedad—, y espero que la trates con el máximo respeto y la cortesía que se merece. ¿Lo has entendido? —preguntó, bajando la voz mientras se oían pasos en el rellano de arriba.

Christian se quedó mirándolo por un segundo, tratando de asimilar la advertencia de Jeremy. Su gesto había pasado de una sonrisa amistosa a un rictus agresivo que daba miedo, por lo que lo había tomado por sorpresa.

—Te aseguro que mis intenciones hacia tu hermana son honorables —respondió Christian, y Jeremy asintió.

—Te agradezco que así sea. Anne ha sufrido mucho en su corta vida, aunque la veas siempre sonriendo. No es justo que sufra más de lo necesario por un deseo de saciar tu curiosidad o tu morbo.

Christian se envaró en el acto y se levantó de su asiento.

—No he aceptado esta cita porque sienta curiosidad o morbo por tu hermana. Y, como tú mismo acabas de mencionar, fuiste tú quien me pidió que la acompañara a la ópera.

—Así es. Y te agradezco que aceptaras la invitación. Cuando la hice, pensé que sería bueno para ella conocer a gente nueva y vivir experiencias que cualquier joven debe experimentar. Pero, por desgracia, mi hermana no recibe muchas atenciones por parte de caballeros, y no quiero que se ilusione por nada.

—Lo comprendo.

—Entonces, dime, ¿cuál es tu interés por Anne?

La pregunta de Jeremy le sorprendió. En realidad, Christian no sabía muy bien qué contestarle. Lo único que sabía era que quería ser

sincero y, como era lógico, no hablarle de la atracción sexual que sentía por su hermana.

No era tan tonto, y quería salir de esa casa de una pieza.

—Solo pretendo conocerla mejor. —Christian optó por decir lo que su corazón le dictaba—. Me agradó su compañía la otra tarde, y me pareció una buena idea acompañarla a la ópera.

Jeremy se levantó también y volvió a ofrecerle a su amigo una sonrisa.

—En ese caso, espero que disfrutes de la velada.

Y sin más, lo instó a salir de la biblioteca al escucharse los pasos de las damas bajando por las escaleras.

Desde que comenzó a prepararse para la ópera, Anne tuvo muy claro que esa noche no iba a ser como las demás. La presencia de lord Hastings lo cambiaba todo, al ser la primera vez que la acompañaría un caballero en público. No podía contar a nadie su cita junto al Serpentine la tarde anterior, pues había sido clandestina, por mucho que Jeremy los hubiera descubierto.

Que además la acompañase su madre, la condesa, le daba a la velada una apariencia más solemne, más aún cuando Doris se había esmerado en arreglar a Anne, que lucía magnífica para la ocasión.

Por eso, Anne no se extrañó de que su madre la recogiera en su cuarto y fuera ella quien la ayudase a bajar las escaleras.

—Sujétate de mi brazo, querida, el primero de los escalones está justo ahí —dijo la condesa en voz baja para que Anne supiera dónde empezaba la escalera.

Anne escuchó voces que salían de la biblioteca y comenzó a sentirse verdaderamente nerviosa. Podía distinguir a la perfección la voz de lord Hastings, así como la de Jeremy.

—Estáis encantadoras —la voz de este llegó hasta ella con fuerza.

—Gracias, hijo —respondió la condesa—. Como siempre, eres muy galante.

Acto seguido, Anne notó como su madre le apretaba con la mano su brazo, en señal de que estaba frente al último escalón de la escalera.

En realidad, que ella hiciera eso era la forma que tenía de decirle sin palabras que tuviera cuidado. Lo hacía así cada vez que había alguien cerca para no que no se notase tanto la necesidad de ayuda de Anne.

—*Lady* Lodwood, está usted encantadora. —Anne escuchó frente a ella a lord Christian y se puso a temblar. La cortesía dictaba que primero debía saludar a su madre, pero supo que un segundo después él la estaría mirando y requeriría su mano para besarla—. *Lady* Anne, debo confesar que esta noche está tan bella que eclipsará hasta a las estrellas.

El carraspeo de Jeremy la sacó de su ensoñación, así como el suspiro que soltó su madre.

—E-es muy amable, lord Hastings —dijo Anne tartamudeando un poco, para después sentirse tonta por su corta y formal respuesta.

¿Pero cómo pretendía él que le contestara con coherencia, si sus palabras la habían dejado sin habla?

Por suerte, su madre y Jeremy mantuvieron a lord Hastings ocupado mientras salían de la residencia.

Media hora después, por culpa del tráfico, llegaron a la ópera, y Anne no había abierto de nuevo la boca. No solo porque no supiera lo que decir, sino porque su madre no dejó de hablar desde que salieron de su residencia.

Algo que Anne no sabía si agradecerle o reprocharle.

De cualquier modo, lord Hastings la ayudó a bajarse del carruaje con galantería y la acomodó en su brazo. Lo primero que Anne pudo

apreciar a su alrededor fue una multitud de voces, que sin duda provenían de las personas que esperaban fuera del teatro.

El sonido era tan apabullante que resultaba abrumador, al estar acostumbrada a una vida más tranquila. En el acto, Anne se puso rígida, recordándose que no era la primera vez que acudían a la ópera y que no estaba sola.

La voz serena y familiar de lord Hastings la calmó nada más escucharla.

—No debe preocuparse, no la soltaré por nada del mundo.

En cuanto Anne lo oyó, notó cómo lord Hastings colocaba una mano sobre la que ella mantenía en el brazo de él. Anne sabía que su intención era calmarla, y por ello sonrió y respiró hondo para tranquilizarse.

—Esperaremos a su madre y luego la llevaré a su palco.

Anne frunció el ceño, al no haberse dado cuenta de que ella no estaba con ellos. Sintió el deseo de llamarla para saber dónde se encontraba, pero en su lugar agudizó el oído para intentar localizarla.

Unos segundos después, al resultarle imposible, optó por preguntarle a lord Hastings.

—¿Puede indicarme dónde está mi madre? —Odiaba parecer débil o dependiente, pero al estar en un entorno que le parecía hostil no le quedaba más remedio.

—No debe preocuparse. Está a unos pocos metros a nuestro lado, conversando con otra dama, y no nos pierde de vista mientras lo hace.

Anne sonrió, ya más tranquila. Lord Hastings le había quitado importancia al asunto, e incluso podría decirse que había cierto aire de humor en sus últimas palabras.

—Debo parecerle una tonta al asustarme por nada.

—Al contrario. Creo que es usted muy valiente. Solo de pensar en cómo me sentiría rodeado de extraños, en un lugar que apenas conozco y sin poder ver, se me pone el vello de punta.

—Por suerte, tengo al lado a un caballero que me protege —dijo Anne sin pensar y con tono pícaro.

Como respuesta, lord Hastings se rio, consiguiendo que el sonrojo subiera a las mejillas de Anne.

—Tiene a este humilde caballero para lo que desee.

Anne sintió un fuerte deseo de poder verle la cara en ese momento. ¿La estaría mirando? ¿Sonreiría? ¿Cómo sería su gesto? Ser ciega le impedía conocer detalles que con solo un vistazo descubriría. En su lugar, se tenía que dejar llevar por sus instintos. Pero en ese momento no sabía qué pensar.

Anne optó por cambiar de tema y hablar sobre otro menos peligroso mientras esperaban a su madre y la multitud se despejaba de la entrada.

—Adoro a Beethoven, me encanta tocar su música, y escucharla interpretada será una delicia.

—¿Le gusta a usted tocar el piano?

—Es mi mayor pasión —confesó ella sin reparos.

—En ese caso, debe prometerme que la escucharé tocar en alguna ocasión.

Anne asintió con una sonrisa.

—Anne, perdona que te haya dejado a solas con lord Hastings. Pero *lady* Chester ha insistido en comentarme cómo ha sido la visita de su suegra. Como podrás imaginar, la pobre necesitaba desahogarse.

—No te preocupes, mamá, lord Hastings me ha estado entreteniendo y apenas he apreciado tu ausencia.

Por el silencio que los rodeó durante unos instantes, Anne supo que su madre estaba agradeciendo a lord Hastings con alguna sonrisa o una inclinación de cabeza como cortesía.

—¿Les parece bien que entremos? —preguntó él.

—Me parece perfecto. Iré delante con *lady* Chester —dijo la condesa—, y usted sígame con mi hija. Hay tanta gente que prefiero

que la guie un caballero. Sobre todo, por las escaleras.

—No se preocupe, *milady*. Cuidaré muy bien de su hija.

Otro silencio entre ellos consiguió que Anne tuviera ganas de patalear, al no estar enterándose de nada. Conocía demasiado bien a su madre para saber que la había dejado con lord Hastings a posta, y se moría de ganas por saber si él estaba agradecido o le parecía un fastidio.

Cuando él le indicó que comenzaran a caminar, Anne tuvo que morderse el labio inferior para no preguntarle.

—Covent Garden es un lugar extraordinario —comenzó a decir lord Hastings, impidiendo que ella cayera en la tentación de hacerlo —. El edificio no tiene escaleras en su entrada, por lo que solo tenemos que atravesar unas robustas columnas que nos llevarán al vestíbulo.

Anne estuvo a punto de interrumpirle para indicarle que su madre ya le había comentado cada detalle del lugar en anteriores ocasiones, pero prefirió callarse y verlo a través de sus ojos.

—Acabamos de entrar y ante nosotros se encuentra un amplio vestíbulo de mármol y alfombras rojas de felpa. Los que son de clase alta van por un lado, y los que tienen las entradas más baratas, por otro —señaló, provocando la risa de Anne.

—¿Quiere decir que hay una división entre ricos y pobres, aunque todos escuchemos la misma música? —Su madre nunca se lo había expuesto.

—Pero, *milady* —soltó él con falsa indignación—. No pretenderá que los nobles se sienten junto a la plebe. Sus asientos de la nobleza deben ser de la mejor tela y estar recubiertos de oro.

—Puedo asegurarle que, con tal de escuchar a Beethoven, me da exactamente igual dónde sentarme.

—Pero usted es una amante de la música y no cuenta. Además, jamás permitiría que se sentara en otro lugar que no fuera un palco.

Anne iba a rebatirle cuando él la interrumpió.

—Y no me diga que su padre no ha conseguido unos de los mejores palcos para su familia, porque no la creería.

—Está en lo cierto. Por mucho que me dé igual dónde escuchar la música, mi padre nunca permitiría que no fuera en el mejor lugar posible.

—Y tendría toda la razón. ¿De qué sirve el dinero, si no es para hacer que la vida de tu familia sea lo más cómoda posible?

—Así es. Le prometo que no volveré a quejarme de los lujos y caprichos que me ofrece mi familia.

—En ese caso, permítame que siga explicándole que comenzaremos a subir por las escaleras que dan a los palcos.

Anne asintió y tuvo cuidado de escuchar sus palabras para no confundirse y dar un traspié. Mientras subían despacio las escaleras, lord Hastings le contó lo amplia que era esta y cómo estaba iluminada por lámparas de aceite.

En ningún momento le comentó si alguien los miraba o hablaban sobre ellos, pero Anne pudo escuchar algún que otro susurro preguntando por quién sería ella o señalándola como la pobre ciega.

Sus doce años de ceguera la habían hecho dura ante estos comentarios, aunque en su interior, una pequeña parte seguía doliéndole. Aun así, ella subía la cabeza y miraba al frente, como si sus ojos no estuvieran muertos.

Tras las escaleras vino un largo pasillo en el que se encontraban los distintos palcos. El suyo estaba en el extremo más alejado, para estar más cerca de la orquesta, por lo que caminaron mientras ahora sí que podía escuchar a su madre charlando con quien debía de ser *lady* Chester.

Al llegar al palco de esta todos se detuvieron y su madre hizo las presentaciones. Anne ya conocía a la baronesa, por lo que el saludo fue sencillo tras escuchar lo hermosa que estaba Anne, pero la baronesa se detuvo más de la cuenta con lord Hastings. Un hecho que le confirmó a Anne que era atractivo, pues *lady* Chester, baronesa por matrimonio, era conocida por interesarse en caballeros más jóvenes

que ella. Razón por la que su suegra siempre la recriminaba, por lo que siempre las mantenía en disputa.

Una vez acomodada *lady* Chester, siguieron su camino hacia dos palcos alejados de los de la baronesa.

A Anne la sentaron en el centro, mientras su madre se situó a la derecha y lord Hastings a la izquierda. Anne parecía entusiasmada, moviendo la cabeza de un lado a otro como si pudiera ver. Lord Hastings sintió deseos de agarrarle la mano con la intención de mostrarle su entusiasmo, pero se contuvo, al estar *lady* Lodwood presente.

Para Anne compartir ese momento con él era muy especial. Ella amaba la música y quería estar a su lado cuando las notas comenzaran a sonar y la trasladaran a su lugar secreto. Un lugar donde podía ver y donde era una muchacha más. Quería que él apareciera en ese mundo para poder verlo, y creía que estando a su lado quizá se produciría el milagro.

Con los sentidos agudizados, escuchó la gran cantidad de voces que se alzaban hasta ella, así como los sonidos de los músicos que afinaban sus instrumentos. Poco después, sonó un gong, y el silencio se hizo presente de inmediato.

—Las luces se empiezan a atenuar por los camareros. Eso quiere decir que el director de orquesta está a punto de subir al escenario. —La voz de lord Hastings cerca de ella la estremeció aún más.

—Me alegro de estar aquí con usted —susurró ella y, para su sorpresa, él deslizó su mano entre las suyas, por lo que Anne supo que las luces ya estarían apagadas y su madre no podría verlos.

Aprovechando esta intimidad, Anne no rehusó su mano y la sostuvo con deleite. Su corazón latía a toda velocidad, envalentonado por la intensidad de su cercanía, y su respiración se intensificó cuando las primeras notas musicales llegaron hasta ella.

La interpretación fue exquisita, y Anne saboreó cada momento mientras la música la bañaba en una ola delicada y sublime. Siempre había disfrutado escuchando a los demás tocar, y conocer la música

por sí misma le daba una nueva alegría a la actuación, ya que imaginaba sus propias interpretaciones de las piezas.

Pero además pudo perderse en las imágenes que esta le producía, imaginando a un lord Hastings alto y guapo que caminaba a su lado cogido de su mano.

Sintió el deseo de volverse para mirarlo, pero se conformó con sentir su mano sosteniendo la suya, hasta que llegó la hora del descanso.

Solo entonces ellos separaron sus manos para aplaudir con fuerza.

Sin lugar a dudas, esta había sido la mejor representación a la que había asistido. Estaba segura de ello, aunque todavía llevaran la mitad del espectáculo.

Capítulo 13

-Si me disculpáis, iré a conversar con *lady* Chester unos minutos —dijo la madre de Anne cuando las luces se encendieron dando paso al descanso.

Se notaba cómo las voces y la agitación cada vez llenaban más el teatro. Los asistentes de los palcos se levantaban para ir en busca de alguna bebida o para recorrer otros palcos en busca de conocidos, mientras que los más humildes se levantaban para conversar o acercarse a una barra en el vestíbulo, donde podían conseguir cerveza o agua.

En su mayoría parecían felices, aunque Anne no podía apreciar todo ello al estar más pendiente de apartar su mano de la de lord Hastings para que su madre no los descubriera.

—¿Vais a permanecer en el palco? —les preguntó esta, antes de abandonar el lugar.

—Por mi parte, no hay ningún inconveniente en quedarme aquí —respondió lord Hastings, al mismo tiempo que Anne asentía con la cabeza.

—En ese caso, no tardaré mucho.

Anne escuchó a continuación el sonido de las faldas de seda de su madre al alejarse, y respiró tranquila al saber que no los había pillado con las manos juntas. De ser así, estaba segura de que no les habría permitido quedarse a solas.

La idea de estar sin compañía —aunque solo fuera por unos momentos— le aceleró el corazón, y Anne se volvió hacia Christian, alargando la mano para tocarle la cara.

—¡Oh, lo siento! —dijo ella, ya que por error había puesto las manos en su pecho.

—Un poco más arriba. Aquí, permítame guiarla. —El tono risueño de lord Hastings le dejó claro a Anne que su toque no le había molestado.

Despacio, para no asustarla, Christian le cogió las manos y se las llevó a su cara.

Con la respiración acelerada, al saber que estaba tan cerca y a solas, Anne comenzó a vagar con sus manos por su rostro. Resultaba evidente que se había afeitado, al estar su piel suave al tacto. Como respuesta, ella sonrió al pasar sus dedos por su mandíbula firme y tersa.

—Eres ciertamente guapo. —Anne no supo por qué dijo eso, pero nada más hacerlo se arrepintió de exponer sus pensamientos tan abiertamente, y se sonrojó—. Discúlpeme, he hablado sin pensar.

—No debe disculparse. Me halaga que me considere guapo. Yo la considero a usted encantadora. —Además de un hada adorable, pensó Christian al observarla.

Anne no sabía el motivo, pero le hubiera gustado que él le dedicase otro cumplido. Algo más atrevido y que le diera alguna pista de lo que él veía en ella.

Lord Hastings pareció saber lo que pensaba, pues apartó las manos de Anne de su cara y le preguntó:

—¿Puedo tocar su rostro?

—¿Cómo dice? —Anne no pudo evitar preguntarle, al haberla tomado su petición por sorpresa.

—Le preguntaba si me permite tocarle la cara como usted acaba de hacer conmigo. Le prometo que cerraré los ojos y le iré diciendo lo que veo a través de mis ojos.

Nunca nadie le había propuesto algo semejante y tan íntimo. Ni siquiera ninguno de sus hermanos. Aun así, a Anne le encantaba la idea, aunque resultaría algo atrevido al estar en público y poder regresar su madre en cualquier momento.

Pero la propuesta era demasiado tentadora para rechazarla.

—Estaría encantada de que lo hiciera pero… ¿No cree que es innecesario, puesto que ya ha visto mis rasgos?

—La idea es verla de la misma forma en que usted me ve, *lady* Anne. Quiero verla a través de sus ojos, por así decirlo.

Anne se emocionó al escucharle. Le encantaba la idea y le ilusionaba que fuera él la primera persona que la viera usando los mismos métodos que utilizaba ella. Era una forma de conocer su mundo y de sentirse más unidos.

—En ese caso, adelante. Aunque le aviso que le exigiré que sea muy claro en lo que percibe con su tacto.

—Se lo prometo.

Acto seguido, Anne notó cómo los dedos de él tocaban su rostro y un millar de mariposas revoloteaban en su pecho.

—Siento su piel suave —comenzó a decir lord Hastings, y se sentó mejor en su asiento para quedar frente a ella—. Tiene una barbilla redondeada y un pequeño hoyuelo.

Lord Hastings se detuvo y pasó de nuevo su índice por el hoyuelo de su barbilla.

—Es curioso… no me había dado cuenta de que tuviera esa forma.

—¿A qué se refiere?

—A que parezca tan pequeño y, sin embargo, se percibe perfectamente con el tacto.

Anne se rio como respuesta.

—Parece que hemos descubierto que los ojos pueden engañarnos.

Él sonrió como lo hacía ella, y siguió su exploración.

—Es posible que mis ojos me engañen, pero reconozco estos pómulos altos. Aunque ahora que los toco diría que le dan carácter.

—¿Acaso mi cara no demuestra carácter?

—Debo informarle, *lady* Anne, que su cara resalta sobre todo por su dulzura y no por su carácter. —El gritito de desacuerdo de Anne divirtió a lord Hastings—. Aunque le aseguro que en su rostro lo que más llama la atención es su belleza.

Lord Hastings continuó explorando la nariz redondeada y la frente de Anne, mientras a ella la consumía una duda.

—¿Qué es lo que más resalta de mi rostro? —Cuando percibió que él iba a comenzar a hablar, lo calló de inmediato—. Y no me vuelva a repetir que mi belleza. Quiero algo más tangible.

Él se rio y comenzó a bajar su mano hasta llegar a sus labios.

—Su boca, sin duda. Fue lo primero que me llamó la atención de su rostro.

Para su sorpresa, lord Hastings hizo algo que la dejó sin aliento. Comenzó a pasarle despacio el dedo índice por sus labios, hasta que ella se los lamió con su lengua.

—Son perfectos. Y debo confesar que desde que los vi por primera vez, he deseado besarlos.

Al oír sus palabras, Anne tragó con fuerza, al mismo tiempo que un calor abrasador subía a sus mejillas, como si lo dicho le hubiera inquietado.

—Y-yo… —Lord Hastings la acalló colocando su dedo sobre sus labios.

—¿Me da su permiso?

—¿M-mi p-ermiso? —tartamudeó ella.

—Para besarla.

Un escalofrío de placer la recorrió ante sus palabras. Lo deseaba como nunca jamás había deseado nada antes, pero se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra.

Por suerte, lord Hastings debió de saber lo que ella deseaba, pues ahuecó sus manos en su cara y se acercó despacio, dándole la oportunidad de negarse a continuar con su beso.

Algo que Anne no quería hacer. Solo quería sentir el calor de sus labios sobre los suyos y saber si los besos te elevaban hasta el mismísimo cielo como aseguraban las novelas que Doris le leía.

Con el aliento de él sobre sus labios, Anne notó que sus pies se encogían y cerraba los ojos, a pesar de no necesitarlo. Un segundo después, los labios de él estaban sobre los suyos, dejándola impactada.

Su sabor, la suavidad de su roce la impresionó, pero fue su delicadeza la sensación más inesperada.

Había esperado una explosión de emociones abrumadoras, pero, en su lugar, el beso estaba resultando tierno. Como si lord Hastings se estuviera entregando a ella y pretendiera conquistarla no por la fuerza, sino por la pasión de un tacto delicado. Aún así, era excitante sentir cómo ganaba fuerza en su interior hasta hacerla arder.

Se había imaginado la sensación de sus labios contra los de él, el aroma de su colonia, la forma en cómo sería su primer contacto. Pero ninguna imaginación la había preparado para el placer de aquel momento. Se aferró a él, sin querer que terminara, hasta que el sonido de unos pasos hizo que Christian se alejara.

—Creo que su madre está a punto de entrar.

Las palabras roncas de lord Hastings fueron como un cubo de agua fría que la devolvió a la realidad. Se había olvidado por completo de su madre y de los cientos de ojos que podrían haberlos visto.

¿Pero que había hecho?

Sin embargo, la culpa nunca llegó a ella, al no querer renunciar al hormigueo que aún sentía en sus labios y el recuerdo de ese abrumador beso que la dejó sin aliento.

No estaba segura de haber podido parar si lord Hastings no se hubiera apartado, pues simplemente su deseo anuló su voluntad.

A pesar de ello, sentir sus labios sobre los suyos había sido lo más emocionante que le había pasado en la vida. Y no iba a lamentar ese beso por nada.

—Perdonad que llegue tan tarde. Me he puesto a hablar y no me he dado cuenta de cómo pasaba el tiempo.

Ni Anne ni lord Hastings contestaron, y *lady* Lodwood se sentó en su asiento junto a su hija.

—Espero que todo haya estado bien por aquí. —Como respuesta, Anne asintió, al no confiar en que le salieran las palabras. Era horrible mintiendo, aunque últimamente no paraba de hacerlo.

—*Lady* Anne ha sido muy amable conmigo hablándome de su gusto por la música —consiguió decir Lord Hastings, y Anne se lo agradeció.

—Es cierto. Mi hija tiene un don para la música. Es capaz de escuchar una melodía y, de memoria, poder tocarla sin ningún error. La verdad es que no sé de quién sacó ese don. Yo soy horrible al piano.

—Es algo sorprendente.

—Así es. Y lo mejor de todo es que nunca olvida una melodía que escucha, y compone las suyas propias.

—Mamá, vas a hacer creer a lord Hastings que soy un prodigio, cuando solo tengo buen oído y memoria. —Anne quiso quitarle importancia, al sentirse cohibida ante los halagos.

—No se reste méritos, *lady* Anne. Es usted la única persona que conozco capaz de una proeza semejante.

—Pero eso es porque no conoce a gente que sepa tocar medianamente el piano —repuso ella con una sonrisa, aunque notó que el ambiente se tensaba—. No quise molestarle, lord Hastings.

—No lo ha hecho, es solo que me sorprende que pueda ser usted tan intuitiva —le dijo él—. Es cierto que apenas conozco a pianistas que tengan algo de talento.

—En ese caso —dijo la condesa—, debe usted venir a cenar y

después Anne nos deleitará con un pequeño concierto. Así podrá apreciar por sí mismo la destreza de mi hija —concluyó, consiguiendo un asentimiento de cabeza de lord Hastings.

Las luces volvieron a parpadear anunciando el fin del descanso.

—Va a comenzar de nuevo —le indicó *lady* Lodwood a Anne.

—Si me permiten, ahora que no hay nadie por los pasillos, iré a por unos refrescos —dijo lord Hastings, al necesitar que le diera un poco de aire.

El beso lo había trastornado más de lo que había creído, y necesitaba con urgencia alejarse de la presencia de *lady* Anne para poder respirar de nuevo. Tenerla tan cerca y no poder tocarla le estaba matando, y no sabía cuánto más iba a resistir, sobre todo, si volvía a buscar su mano al amparo de la oscuridad. Aunque ahora no estaba seguro de que solo se conformara con tocarla.

—Pero te perderás el comienzo —señaló Anne, que no quería que él se marchara y no podía ver la desesperación en su mirada. Pero *lady* Lodwood sí la percibió, y supo qué responder.

—La verdad es que no me vendría mal algún refrigerio. Y estoy convencida de que a Anne también le vendrá bien. Está muy acalorada.

Anne calló ante las palabras de su madre. No había caído en el detalle de que esta notaría algo extraño en su cara al pasar, o que lord Hastings se mantuviera más distante desde la entrada de la condesa.

Se dio cuenta de que tal vez él necesitaba salir para tomar un poco de aire, y había puesto como excusa ir en busca de refrescos.

—Tienes razón, mamá, me vendría bien algo frío para beber. Debe de haber mucha gente hoy, pues el calor es agobiante.

Su madre iba a contestar cuando la música comenzó, y Anne se sintió a salvo. Cuando unos segundos después lord Hastings salió del palco, Anne notó su ausencia en el acto. Era como le hubiera quitado una parte de ella y se la hubiera llevado consigo. Una parte vital para seguir respirando, pues su corazón comenzó a latir anhelando su

regreso.

—¿Todo va bien, Anne? —le preguntó su madre entre susurros mientras le apretaba la mano.

—Todo está perfecto, mamá —no dudó ella en contestar, sabiendo que su madre había visto más de lo que ella creía.

Capítulo 14

Con la respiración entrecortada, Christian salió del palco y respiró profundamente. Necesitaba un poco de aire e intimidad para poder serenarse y no perder el control.

Jamás hubiera imaginado que besar a *lady* Anne le perturbaría tanto. Él encontraba su compañía deliciosa y disfrutaba evocando una visión para ella a través de las palabras. Quería agradarla, que permaneciera en sus pensamientos con la misma insistencia que ella perduraba en los suyos.

Lady Anne tenía un encanto que él nunca había esperado. En su compañía, él casi podía olvidar su penoso pasado, aunque la culpa por su ceguera permaneciera. Se alegró mucho de haber vuelto a verla, de saber cómo era ella ahora, cómo era su vida y de darse cuenta de la extraordinaria mujer en la que se había convertido, a pesar de la tragedia que le habían infligido.

Miró las cortinas rojas de terciopelo que la separaba de ella, preguntándose si su implicación en su ceguera era como esa cortina. Una dificultad inalterable que siempre existiría entre ellos, a menos que alguien la apartara. ¿Pero podría él hacerlo? ¿Se lo permitiría ella si supiera la verdad?

Empezó a sentir ansiedad al darse cuenta que comenzaba a experimentar un fuerte apego por *lady* Anne. Pero sabía que una relación entre ellos sería imposible. No cuando ella se enterase de su culpa.

Comenzó a caminar por el pasillo y bajó las escaleras que conducían al vestíbulo. Había demasiadas piezas sueltas entre ambos, demasiadas mentiras, y recordó la conversación que tuvo con Jeremy antes de salir para la ópera.

Comprendía el miedo de su hermano por si él la dañaba. *Lady* Anne había sido envuelta entre algodones por su familia para protegerla de la dureza del mundo, aunque a veces esa dureza se había abierto paso. Pero sus intenciones, aunque secretas, eran honorables: quería ser su amigo, enmendar los errores del pasado y aliviar en cierta medida su propia culpa, por muy egoísta que pudiera parecer.

La necesitaba cerca de él para no sentirse un fracasado hundido en sus remordimientos.

—Que sorpresa, lord Hastings. Creí que nunca más lo volvería a ver, al mantenerse siempre apartado de Londres.

En cuestión de unos segundos, Christian reconoció esa voz. Pertenecía a la única persona en el mundo que no quería volver a ver en su vida. La voz de lord Kendrick.

Ambos hombres se observaron durante un instante, calibrándose. Christian se sentía asqueado y furioso ante su presencia, mientras que su antiguo amigo, Oliver Lane, parecía complacido por su encuentro.

—Lord Kendrick —pronunció Christian con asco—. Recuerdo que le dije que no quería volver a verlo.

—¡Oh, vamos! Somos viejos camaradas, ¿cómo no iba a acercarme a saludarte? —dijo sonriendo y con chulería—. Creí, al verte tan encantado con nuestra pequeña Anne, que todo estaba olvidado.

—No pienso permitir que la insultes —soltó Christian alterado, adelantándose unos pasos. Como respuesta, lord Kendrick retrocedió y alzó ambas manos.

Christian pudo ver que en su mano izquierda llevaba un bastón que parecía de oro, aunque al acercarse a él, no había apreciado que cojeaba.

—Cálmate —pidió lord Kendrick, como si estuviera hablando con un niño. Algo que enfureció aún más a Christian—. Solo he mencionado que resulta encantador tu interés en *lady* Anne. Debo confesar que jamás se me hubiera ocurrido acercarme a una ciega. Aunque, pensándolo bien, debe de sentirse muy agradecida por tus atenciones, y seguro que te recompensa con creces.

Christian perdió los estribos y se acercó a lord Kendrick con tanta rabia y rapidez, que tomó a este por sorpresa.

—No voy a permitir que le faltes al respeto. Ya no soy un simple muchacho al que podías intimidar.

—¿Intimidar? Te recuerdo que la idea de ir a por ella fue tuya.

Christian miró a su alrededor por si alguien estaba escuchando, pero al verse solos continuó con la conversación.

—Sabes que no fue así. Yo solo te propuse asustarla.

—¿Y acaso no fue eso lo que hicimos? —Lord Kendrick se le quedó mirando con arrogancia—. ¿O lo que sucede es que estás enfadado porque no pudiste ponerle las manos encima esa noche y ahora pretendes tenerla?

La reacción de Christian no se hizo esperar y le dio un fuerte puñetazo en la mandíbula. Oliver, al no esperárselo, se tambaleó y se derrumbó junto con su bastón, que rodó por el suelo.

—Te lo dije. No voy a permitir que la insultes. —Dando un paso hacia el cuerpo caído de lord Kendrick, Christian continuó hablando —. Y si me entero que comentas algo de ella, cualquier cosa, iré a por ti y acabarás con más que un simple puñetazo.

Queriendo terminar este encuentro cuanto antes, al temer que alguien los viera y comenzara a correr algún rumor, Christian se alejó de su viejo amigo.

Pero lord Kendrick aún no había terminado. Se sentía demasiado humillado por ese patán que se creía mejor que él. Y todo por tener principios. Como si a alguien le importara.

—Te lo tomas muy enserio para querer obtener solo unos besos y

algo de manoseo. ¿No me digas que el flamante vizconde Hastings pretende casarse con esa insulsa y torpe ciega? ¿O es que solo te importa que sepa calentar tu cama?

Christian se volvió y miró a lord Kendrick con frialdad. No quería caer en su juego, aunque lo que más deseaba era volver a golpearlo. Pese a su deseo, lo observó levantarse.

—Me das pena, Oliver —le dijo—. Eres un ser despreciable que no le llega ni a la suela de los zapatos a *lady* Anne. Pero es lógico que no consigas ver lo especial que es ella, porque, como la escoria que eres, jamás podrás apreciarla, al no entender lo que es ser especial y único.

—Ella solo es una ciega —soltó Oliver ofendido e irritado mientras se acercaba a su bastón que estaba frente a Christian.

—El ciego eres tú. Y me das pena por ello.

Tras sus palabras, Christian dio un puntapié al bastón, acercándoselo a lord Kendrick.

—Rodéate de oro si quieres, pero seguirás siendo solo escoria.

Y sin más, Christian se marchó dejando a un furibundo lord Kendrick, que le provocaba para que volviera. Pero Christian ya había dicho todo lo que quería, y se sentía feliz de haberlo hecho.

Al principio, había temido el encuentro, al verlo de improviso, pero se alegraba de haberle dicho unas verdades que merecía saber. A pesar de los años transcurridos, parecía que lord Kendrick seguía siendo ese muchacho de dos caras al que le gustaba manipular.

A él lo había engañado hasta la noche del ataque, cuando dejó al descubierto su auténtico ser. Una persona despreciable a la que solo le importaba él, y todo indicaba que no había cambiado.

Pero ahora, él ya no era ese muchacho asustadizo que se mantuvo en silencio, evitando que así castigaran al culpable. O mejor dicho, a los culpables, porque era cierto que él también estaba implicado.

Solo esperaba que esa bestia no se acercara de nuevo a *lady* Anne, porque, si lo hacía…

No quería pensar en ello. Solo sabía que esta vez lo perseguiría hasta el fin del mundo para que pagara por sus actos.

Por suerte, cuando regresó al palco algo alterado y sin las bebidas, ninguna de las mujeres le dijo nada.

Lady Anne, porque aún seguía evocando el beso que acababa de compartir con él, y *lady* Lodwood, porque era una mujer prudente. Por no hablar de que toda una vida junto a su esposo y su hijo le hicieron aprender cuándo una dama debía callarse y hacer como si no viera.

El resto de la actuación pasó sin incidentes, y a la salida nadie parecía comentar nada fuera de lo normal. Se hablaba de la ópera y de a quién se había visto, pero nada que le hiciera creer a Christian que su intercambio con lord Kendrick no había pasado desapercibido.

Tampoco lo vio al salir, por lo que tuvo que agradecer su buena suerte. Tal vez lord Kendrick se había marchado y quizá no volvería a encontrárselo.

—Ha sido una velada encantadora, gracias.

La voz de *lady* Anne a su lado lo sacó de sus cavilaciones, y Christian se preguntó si le había estado hablando desde que dejaron el palco y salieron de Covent Garden. Había estado tan distraído que no podría asegurarlo, aunque ninguna de las damas parecía disgustada con él. Un hecho que agradeció profundamente.

—El placer ha sido mío. No siempre soy tan afortunado de acompañar a unas damas tan bellas.

Lady Lodwood soltó una risa que pronto escondió con su abanico. Se había colocado al otro lado de su hija, para entorpecer lo menos posible a la pareja. De ese modo, lord Hastings podía guiar a Anne y de paso mantener una conversación con ella, lo cual era el verdadero objetivo de su invitación.

Con sumo cuidado, condujo a las mujeres a través de la multitud, dejando atrás corrillos de conversaciones. Él no podía saber que al mirarlos, se preguntaban quién sería esa dama o qué estaba haciendo del brazo de ese caballero, pero tanto *lady* Anne como su madre sí lo sabían.

Lady Anne podría ser ciega, pero no tonta, y podía imaginarse perfectamente las miradas de las mujeres detrás de sus abanicos. Sabía que la salida con lord Hastings no pasaría desapercibida y que se hablaría mucho en los salones de cómo la ciega iba del brazo del vizconde. Causaría un gran revuelo, y *lady* Anne se sentía encantada por ello.

Por fin sería la protagonista de un cotilleo, y esta vez sería la causante de celos y envidias, en vez de pena.

Pero lo que ninguno de los tres vio o percibió, fue el par de ojos que no los perdía de vista, mirándolos con rencor.

Unos ojos que juraban vengarse y dejar al honorable vizconde Hastings por el fango.

Capítulo 15

Solo había transcurrido un día desde la maravillosa velada en la ópera, cuando Anne ya se estaba preparando para el próximo encuentro con lord Hastings. El recuerdo del sabor de su beso aun perduraba en sus labios, así como la sensación de un millar de mariposas revoloteando en su vientre. Sabía que todo estaba yendo demasiado rápido, pero no podía evitar sentir que lord Hastings era especial al sentir un genuino interés por ella.

Por ese motivo, la cena de esa noche, donde él sería el invitado de honor, era tan importante. Quería conocer todo de él y que él la conociera a ella.

Le parecía un sueño poder hablar de sus anhelos, sus gustos o ideas, con alguien que no fuera su familia o Doris. Alguien que la escuchara y valorase, que supiera cuál era su color o su postre favorito.

Alguien que a su vez se abriera a ella, ofreciéndole más que una amistad. Quizá un romance que recordaría toda la vida, pues le resultaba impensable que un caballero como lord Hastings pudiera sentir por ella algo íntimo e intenso.

Se recordaba una y otra vez que no se hiciera ilusiones, pues una mujer ciega jamás sería la esposa de un vizconde, por muy buenas intenciones que este tuviera.

A pesar de ello, nadie podría robarle nunca esos maravillosos días, que pensaba disfrutar al máximo. Después, cuando todo acabara, atesoraría esos recuerdos en su corazón y seguiría viviendo su solitaria

vida. La diferencia era que en las frías noches de invierno o cuando la cigarra cantara para ella en primavera, recordaría cómo era sentirse especial para un hombre, y esa sensación la envolvería en su soledad, dándole algo de consuelo.

—¿Va a ponerse los diamantes que su abuela le regaló, *milady*? —dijo Doris tras ella, mientras Anne permanecía sentada en su tocador.

—Creo que quedarán perfectos. Gracias por recordármelo.

—Pensé que le gustaría llevarlos, al tenerlos reservados para las ocasiones especiales.

Anne recordaba el collar de diamantes con incrustaciones en plata que solía llevar su abuela materna a los bailes. Por aquel entonces, Anne todavía era una niña, pero la imagen de su abuela con su vestido de gala era uno de los pocos recuerdos de cuando aún veía.

—Harán juego con el vestido que ha elegido, *milady* —añadió Doris, y Anne asintió.

Por lo general, a Anne no le importaba su apariencia, aunque su madre siempre insistía en que estuviera impecable. Pero esta noche era diferente. Había pedido a Doris que la peinara a la moda y le eligiera el vestido más encantador de los que poseía. La cena iría seguida de una actuación al pianoforte, por lo que sería el centro de las miradas y quería estar perfecta.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Anne, poniéndose en pie.

—Se ve... como una princesa —respondió Doris, consiguiendo que Anne sonriera.

—Ahora solo falta que el príncipe azul piense lo mismo que tú. —Ambas rieron antes de que llamaran a la puerta.

—Anne, la... ¡oh, Dios mío! —La voz de su madre llegó desde la puerta.

—Espero que lo apruebes —respondió Anne, nerviosa ante el criterio de su madre.

Como respuesta, *lady* Lodwood entró en la habitación y se acercó a Anne, tomándola de la mano.

—Estás... preciosa —confesó sin poder disimular la emoción en su voz.

—Bueno, pensé que como estamos recibiendo una visita... —se excusó Anne. Sabía que Doris se había esmerado para la cena, pero, al no verse por sí misma, necesitaba que otros ojos le dijeran cómo lucía.

—No hace falta que lo expliques. Sé lo importante que es la amistad de lord Hastings para ti, y es lógico que quieras agradarle.

Anne quiso decirle que quería mucho más que su amistad, pero sabía que su madre estaba en lo cierto. No podía hacerse ilusiones, pues ni todos los diamantes del mundo ni la sonrisa más perfecta borrarían jamás el defecto de su ceguera.

—Es mejor que bajemos —comenzó a decir *lady* Lodwood—. Tu invitado no tardará en llegar, y es mejor recibirlos todos juntos en el salón.

Anne asintió y tomó la mano de su madre para que la condujera a lo largo del pasillo y por las escaleras hasta el salón donde iban a tomar una copa.

—¿Están todos aquí? —preguntó Anne cuando entraron en este. Un hábito en ella, al querer saber quién tenía enfrente.

—Tu padre está junto a la chimenea, Jeremy está hablando con Arthur y tu hermana se está acercando para darte un abrazo —respondió su madre, y Anne sonrió, a la espera de que su hermana Phoebe llegara hasta ella.

—Estás encantadora esta noche, ¿no es así, Arthur? —preguntó Phoebe a su marido mientras abrazaba a Anne y la contemplaba.

—Anne siempre está encantadora —dijo él, apartándose para que Jeremy le diera un beso en la mejilla a su hermana. Una costumbre que mantenían siempre que se veían.

Emocionada, Anne sonrió y esperó a que tanto su hermano como su padre la saludaran con otro beso en la mejilla.

En su familia las muestras de cariño eran muy frecuentes, como si intuyeran que necesitaba de su fuerza y de su amor para seguir

adelante. Una verdad incuestionable, ya que Anne dudaba que su vida hubiera sido tan apacible y feliz sin la estabilidad y el apoyo que ellos le ofrecían.

Anne agradecía que su familia hubiera invitado a lord Hastings y que supieran que para ella era especial. Se notaba esa expectativa en el ambiente, así como el deseo de volver a retomar la amistad con la familia del vizconde.

Una amistad que se fue dejando atrás tras el incidente de Anne en las Navidades de 1805, sin que ninguno de los presentes supiera el motivo exacto de ese distanciamiento.

—Esperemos que el vizconde recuerde el cariño que siempre sentimos por él y su familia y se sienta cómodo —comentó Thomas, el padre de Anne.

—Estoy seguro de ello —le aseguró Jeremy—. Cuando coincidimos con él en el Serpentine, se le veía muy a gusto.

Después de mirar a Anne, quien tomó asiento junto a Phoebe, Jeremy le guiñó un ojo a su padre y siguió hablando para provocar a su hermana.

—Aunque claro, debo confesar que lo encontré un poco nervioso cuando me vio, pero no puedo reprochárselo, el pobre acababa de tener un altercado con unos patos.

La risa contenida de los presentes contrastó con las mejillas sonrojadas de Anne, así como con su silencio.

—Será mejor que no saques ese tema durante la cena —le pidió su madre.

—Lo intentaré, pero no lo aseguro si en el menú aparece unos de los implicados en la refriega.

La risa no se hizo esperar, siendo acompañada en esta ocasión por la sonrisa de Anne, que prefirió no contestarle, al estar cada vez más nerviosa. Acto seguido, se oyó el sonido de un golpe en la puerta y unos pasos en el pasillo. Sin lugar a dudas, su invitado ya había llegado, y Anne sintió que empezaba a hiperventilar.

—El vizconde Hastings —anunció Potters antes de dar paso a Christian a la habitación.

Al escuchar su presentación, Anne se volvió hacia la puerta, haciendo la reverencia formal que se esperaba de ella. Mientras, su padre saludaba a su invitado y presentaba a cada uno de los presentes, por si el vizconde no los recordaba.

—Estoy seguro de que nos recordará de cuando visitaba Collinger Manor. Aunque, como es de suponer, todos hayamos cambiado con el paso de los años —señaló lord Lodwood.

—Recuerdo su hospitalidad y la amistad que se profesaban nuestras familias. Para mí es un honor volver a restablecer esos lazos, aunque, como bien dice, todos hayamos cambiado en este tiempo —indicó Christian, consiguiendo que todos asintieran.

—En ese caso, considérese como en su casa —concluyó satisfecho lord Lodwood, dejando atrás las presentaciones para pasar a conversar hasta que el mayordomo anunció la cena.

Como era de esperar, sentaron a Anne junto a lord Hastings, y durante la cena se respiró un ambiente relajado, donde todos hablaron y sonrieron. Comentaron anécdotas divertidas de Jeremy y Christian en Eton College[8], así como las Navidades que pasaban en la finca familiar de los Lodwood en Bagshot.

Pero no hablaron de las últimas Navidades, al no querer enturbiar el ambiente festivo y relajado de la velada.

Cuando se llegó al tema de su nuevo papel como vizconde Hastings, Christian trató de no dejarse llevar por la emoción al relatar la muerte de su padre hacía dos años, y de cómo pasado un breve tiempo, había conseguido el título tras la muerte de su tío.

—Mi tío siempre fue un viejo solterón que amaba demasiado la buena caza y su independencia. Decía que jamás dejaría entrar una mujer en su casa, y por ello nunca tuvo un hijo al que dejar su herencia.

—Lo recuerdo —continuó lord Lodwood—. Era un hombre afable y algo entrado en carnes, al que le gustaba la vida tranquila y los

buenos amigos.

—Así es, aunque es muy amable al decir que era solo algo entrado en carnes. —Todos sonrieron—. Mi tío amaba la buena vida y nunca se privó de una buena cena. Aunque apenas tuve trato con él. En sus últimos años vivió aislado y se negaba a recibir visitas.

—Una pena —intervino *lady* Lodwood—. Estoy segura de que, si se hubiera casado, su esposa no hubiera permitido ese confinamiento ni esos excesos con la comida.

—Creo que eso mismo pensaba él, querida —afirmó sonriendo lord Lodwood—. Y precisamente por ello no se casó.

Los caballeros se rieron, mientras las damas ponían los ojos en blanco.

—Y dígame, milord, ¿qué planes tiene para el futuro? —Tras esta pregunta, lord Hastings comenzó a hablar, y Anne se perdió en sus ensoñaciones, al darse cuenta de que conversaban de finanzas.

En su lugar, ella prefirió regodearse con el sonido de su voz e imaginarse cómo se veía él esa noche. Desde que había aparecido en su hogar, se preguntaba cómo iba vestido y se moría de ganas por saber cómo la había mirado al encontrarla en el salón.

Hizo una nota mental para preguntárselo tanto a Phoebe como a su madre, al necesitar saber si solo le había dedicado una gentil mirada o se había quedado impactado con su apariencia.

Sabía que sonaba a engreimiento, pero necesitaba saber si él había mostrado alguna reacción. Si se había detenido más de lo necesario en ella o se había fijado más de lo debido en alguna parte en concreto de su persona.

Por el momento tendría que conformarse con esperar y disfrutar de su conversación. Si es que su padre dejaba de monopolizarlo con sus preguntas.

—¿Tiene pensado estar mucho tiempo en Londres? —Anne se atrevió a intervenir, adelantándose a su padre.

—En realidad no he previsto cuánto tiempo voy a quedarme. Solo

vine para arreglar todo lo relacionado con mi herencia, y no tenía pensado ningún otro plan.

—Entonces me alegro de que hayamos coincidido —dijo ella con voz suave para que la conversación solo fuera un asunto entre los dos —. Debo confesar que apenas le recordaba, y es una lástima que se hubiera perdido la amistad entre ambas familias.

—Yo también me alegro de que hayamos coincidido —aseguró lord Hastings, consiguiendo que ella se ruborizara.

La cena no tardó en terminar y pasaron al salón. Normalmente, los caballeros se quedaban fumando y bebiendo algún licor fuerte mientras las mujeres se retiraban a tomar té, café o algún licor suave. Pero al tratarse de una cena informal, donde solo había un invitado, se optó por reunirse todos juntos en el salón.

Anne sabía que en breve se le pediría que comenzara su recital, pero antes de que eso sucediera, tenía la intención de aprovechar la oportunidad para hablar más con lord Hastings.

—Lord Hastings —lo llamó cuando todos se levantaban de sus asientos—. ¿Puede ser mi guía?

—Será un honor, *milady*.

Anne escuchó de inmediato cómo le apartaban la silla y notó como él le cogía la mano para colocársela en el brazo. Nadie de su familia interfirió, por lo que la pareja comenzó a caminar siguiendo a los demás comensales.

Para su sorpresa, lord Hastings la condujo a un lateral de la habitación donde estaba colocado el pianoforte, con la excusa de verlo.

—Estoy deseando escuchar cómo toca. Su familia me ha asegurado que es usted extraordinaria.

—¿Solo le han dicho que soy extraordinaria? —preguntó ella con ironía—. Debo de estar haciendo algo mal para que me tengan en tan poca consideración.

Al escucharla, él sonrió, al saber que estaba bromeando. A

Christian le gustaba su sentido del humor, cómo disfrutaba de cada momento como si fuera único, y cómo para ella todo era una aventura.

—En realidad, me aseguraron que no hay nadie mejor en toda Inglaterra tocando el pianoforte. —Él exageró para ver su reacción.

—¿De veras? —dijo Anne con el ceño fruncido, como si lo estuviera pensando seriamente, hasta que se le formó una sonrisa en los labios. Fue entonces cuando lord Hastings supo que no había conseguido engañarla—. En ese caso, mi magistral talento no debe de estar fallando.

De nuevo ambos se rieron, pero con más ganas.

—Siento que le hayan hecho tantas preguntas —susurró ella, cambiando de tema.

—Me lo esperaba. Y no me importa responder. Es lógico que su familia tenga preguntas, ya que hacía mucho tiempo que no sabíamos nada los unos de los otros.

Anne aprovechó el cambio de tema para preguntarle por algo a lo que llevaba dando vueltas desde que descubrió que ya se conocían y que esa noche nefasta él estaba en la residencia de ella.

—¿Por qué no me dijo que estaba en Collinger Manor cuando… me quedé ciega?

—No quería importunarla. Me imagino que es un tema delicado que no le gusta recordar. Por ese motivo no me atreví a mencionarlo.

Anne asintió agradeciendo su tacto, sin saber que el motivo por el que él jamás se atrevería a decir algo era el miedo a que se descubriera su implicación en la desgracia. Sin olvidar que su culpabilidad le impedía recordar esa noche sin sentir dolor y resentimiento.

—Lo comprendo. Pero tengo curiosidad por sus recuerdos —señaló Anne, estirando la mano para ponerla en el brazo de Christian, como si al tocarlo pudiera ayudarle a evocarlos.

—Solo era un niño —comenzó a decir él, sintiendo que el tacto de

su mano sobre su brazo le quemaba—. Recuerdo mucha confusión, nada más —mintió y ella suspiró.

Por un momento, Anne había pensado que él podría revelarse como el muchacho que la había rescatado. Nadie sabía quién la había llevado hasta la mansión, la había dejado apoyada en la puerta de atrás y luego había golpeado esta para que la encontraran.

Todo el personal de la mansión había sido interrogado, pero parecía que ese misterioso muchacho no solo no pertenecía al personal, sino que había desaparecido sin dejar rastro.

—Por supuesto. Es lógico que solo recuerde eso —afirmó ella pesarosa, esperando no sonar demasiado decepcionada. Sabía que era una ilusa al haber pensado que podía ser él, ya que no había razón por la que él le tuviese que ocultar que la había reconocido y la había ayudado. Pero su deseo de que fuera él su salvador era más intenso que su lógica.

Por desgracia, no podía preguntarle si había visto nada extraño esa noche, pues su padre lo organizó todo para tapar su agresión. Solo se interrogó a los criados por si habían visto algo o a alguien en las cercanías, pero se hizo con discreción para que nadie supiera del intento de violación de Anne.

La pobre ya estaba sufriendo bastante con su ceguera y sus pesadillas, y su familia no iba a permitir que además la sociedad le diera la espalda al creerla mancillada. De nada serviría asegurar que fue una víctima, todos la verían como una pecadora impura y caería en el ostracismo.

Por ello, sus padres optaron por callar y hacer que Anne superara su tragedia gracias a su amor. Cualquier referencia al incidente les causaba a todos ellos un gran dolor, por lo que su brutal agresión pasó a ser un tema prohibido. En su lugar, preferían referirse a aquel ataque como la noche en que Anne perdió la ceguera y con ello la posibilidad de una vida normal.

La conversación discurrió hacia otros asuntos, pero, como ocurría ante cualquier mención a la tragedia, la mente de Anne seguía

dándole vueltas. Tenía muchas preguntas sin respuesta, la principal de ellas era la identidad de su salvador, y se preguntó si alguna vez descubriría quiénes fueron sus agresores y quién su héroe.

Para lord Hastings resultó un alivio cambiar de tema. Si pensar en ello en soledad era perturbador y doloroso, hacerlo al lado de la víctima a la que no ayudó hasta que fue demasiado tarde, era estremecedor.

No podía dejar de recordar su llanto y la sensación de fragilidad que emanaba de ella y como él se quedó mirando paralizado mientras su hasta entonces amigo intentaba abusar de ella.

Sentía ganas de mirarla a los ojos y decirle la verdad, pero cada vez que contemplaba sus pupilas sin vida, perdidas para siempre en el vacío, su voluntad se resquebrajaba.

—Anne, querida —intervino su madre—. Deberías empezar con el recital.

Por suerte para Anne, la música le ofreció la oportunidad de sacarla de su oscuridad y sus recuerdos, pero, para lord Hastings, fue diferente.

Cuando la oyó tocar, él se percató de la fuerza interior de ella y de la belleza que guardaba en su corazón. Había algo innato en Anne que conseguía que la música cobrara vida al ser interpretada por sus manos. Un don para acercarse a su alma con su talento y hacerle ver la hermosura y delicadeza que había dentro de cada nota.

Verla pulsando las teclas era lo más erótico, conmovedor e íntimo que había experimentado en su vida. Por ese motivo, cuando ella terminó su actuación, Christian sintió el deseo de marcharse cuanto antes.

Si no lo hacía, sabía que quedaría en evidencia al caer rendido a sus pies, o aún peor, al no poder evitar tomarla entre sus brazos y abrazarla.

Por supuesto, las alabanzas surgieron de sus labios, como del resto de los presentes, pero cuanto más cerca estaba de ella y la miraba, más imposible le resultaba no tocarla.

Debía irse lo antes posible o quedaría expuesto.

—Debería irme ahora. He abusado de su amable hospitalidad durante demasiado tiempo —indicó Christian cuando volvió a sentarse con *lady* Anne a su lado.

Lord Lodwood, Jeremy y Phoebe habían comenzado a jugar a las cartas, mientras su madre estaba sentada frente a ellos.

—Espero que nos volvamos a ver —dijo *lady* Lodwood.

—Si me lo permiten, así lo espero —respondió Christian, y Anne sonrió al escucharlo. Ella también deseaba volver a verlo y seguir charlando con él para conocerlo mejor.

Intuía que era un hombre reservado al que no le gustaba hablar de sí mismo, pero esperaba que poco a poco se fuera abriendo a ella.

—Ha sido un placer escucharla tocar, *milady* —aseguró él llevándose la mano de ella a los labios para besarla. Un acto que les causó un escalofrío a ambos.

—El placer ha sido mío. —Fue lo único que Anne logró responder antes de recuperar su mano.

Cuando las despedidas fueron hechas, Anne lo acompañó a la salida sujeta a su brazo con el más recto de los decoros, ya que no estaban solos. Allí se despidieron, y no fue hasta que se quedó a solas, cuando se percató de que lord Hastings no le había mencionado un próximo encuentro.

Aun así no se preocupó, convencida de que en breve recibiría una nota suya, y tomó la mano de su madre para que la dirigiera hacia su asiento.

—Parece un hombre encantador —dijo *lady* Lodwood, y Anne asintió.

—Lo es —afirmó ella, mientras su mente regresaba a su picnic junto al Serpentine y al escalofrío que sintió cuando, hacía escasos minutos, él había besado su mano.

No había duda de que algo estaba surgiendo entre ellos, por mucho que se negara a creerlo.

Capítulo 16

Al día siguiente, Christian se encontraba en un estado de agitación. No solo no podía olvidar la sensación de querer tocar a *lady* Anne y estar con ella, sino que se sentía culpable por no haberle dicho que él era el muchacho que ella deseaba conocer.

El problema era que ella creía que ese muchacho que la había salvado nada tenía que ver con los dos atacantes, y él se había sentido incapaz de contarle toda la verdad de lo sucedido.

Ahora se encontraba solo en la biblioteca mirando el baile de las llamas en la chimenea, regodeándose en el sentimiento de culpa que había traído consigo.

No podía deshacerse de la visión de ella tocando con tanta maestría esa pieza, no solo por lo sublime de su interpretación, sino porque toda ella había sido ejecutada de memoria.

Se daba cuenta de que incluso le había privado de poder leer una partitura y tocarla sin más. Para ella, tocar el piano representaba horas de memorizar cada nota para luego interpretarla sin errores. Jamás podría revisar sus notas si llegaba a olvidar una parte, como sería lo natural si pudiera ver.

Por culpa de los actos de esa fatídica noche, la habían condenado a depender de por vida de otra persona. Recluida en su oscuridad, incapaz de hacer con normalidad lo que para otros era sencillo.

A cambio, como castigo, él llevaba años revolcándose en la autocompasión, culpándose del accidente y de sus consecuencias. Había pensado que conocer mejor a *lady* Anne lo ayudaría a mitigar

esa culpa. Quizá con su amistad podría ofrecerle compañía y alguien con quien hablar, pero se dio cuenta de que todo se le había escapado de las manos.

Sus sentimientos se habían vuelto tan confusos que apenas podía soportarlos y, mientras la recordaba, no podía pensar en otra cosa que en la espantosa culpa que ahora pesaba sobre él.

—¿Desea algo más, milord? —preguntó Ottis desde la puerta, con cara de cansancio.

—No. Puede retirarse —contestó Christian, culpable ahora también por hacer trasnochar inútilmente a su mayordomo.

No quiso preguntar por su amigo el señor Lawson, aunque seguramente estaría durmiendo, al estar más acostumbrado a los horarios campestres.

En su lugar, Christian volvió su mirada al fuego, deseoso de encontrar una solución al problema al que ahora se enfrentaba.

No había querido enamorarse de ella, pero todo indicaba que así había sido. El beso que habían compartido en la ópera lo había cambiado todo, confirmándolo esta noche. Era más que evidente que sus sentimientos por ella crecían día a día, y se temía que pronto le sería imposible ocultarlos.

Jamás había imaginado enamorándose tan fácilmente de *lady* Anne, pero todo lo confirmaba. ¿Y cómo no hacerlo, si ella era perfecta? Ella era todo lo que siempre había buscado en una mujer, y sin embargo no podía tenerla.

«Sería imposible. No podría estar a su lado callando mi culpabilidad en su ceguera. Y es imposible que me ame, si se entera de que yo fui uno de los culpables».

«Siempre y cuando no se haya enamorado ya de él», le respondió una voz en su interior.

Christian se llevó las manos a la cabeza y comenzó a caminar desesperado de un lado a otro.

«He sido un tonto. Debería haberme mantenido apartado de ella,

como lo he estado haciendo todos estos años».

«Como si tu curiosidad por saber de ella te hubiera permitido hacerlo», volvió a decir esa voz interior que comenzaba a detestar por tener razón.

«Ojalá pudiera contárselo a alguien. Así, a lo mejor, conseguía encontrar una solución a este problema».

Por desgracia, tanto él como su voz interior sabían exactamente qué era lo único que podía hacer.

«Solo tienes dos opciones. Sé honesto y cuéntale toda la verdad, o…».

—Apártate de ella —terminó diciendo en voz alta.

Christian se quedó parado en mitad de la habitación, con la mirada perdida.

Ya sabía lo que tenía que hacer. Pero se sentía incapaz de ser sincero. Ello significaría perderla para siempre, y detestaba esa posibilidad.

Por lo tanto, solo le quedaba una salida. Aunque esta también fuera dolorosa.

«Tengo que apartarme de ella…».

«…Aunque se me parta el corazón al hacerlo».

—Anne —la llamó Phoebe—. Voy a ir con mamá a Piccadilly. Queremos hacer unas compras y hemos pensado que te gustaría venir con nosotras.

Anne se encontraba sentada frente al piano, decidiendo si quería tocar alguna pieza o no. Habían pasado seis días desde la cena con lord Hastings, y desde entonces no había tenido noticias suyas.

No contaba el ramo que recibió el día posterior a la velada como

agradecimiento a la invitación, ni la excusa que recibió Jeremy cuando este lo invitó a comer juntos en el club de caballeros.

Para su familia, era normal que él estuviera ocupado, pero ella se sentía vacía sin su compañía. Odiaba no poder acercarse por su mansión para, por lo menos, verlo salir de ella, ni escribirle una nota privada, al tener que dictársela a Doris.

Y no quería que nadie sospechara de su desilusión, aunque, mucho se temía, por el tono lastimero de su hermana, que no lo estaba consiguiendo.

—Si no os importa, prefiero quedarme a tocar un rato.

Por un instante, Anne temió que su hermana le reprochara que llevaba un buen rato frente al piano sin tocar nada, pero por suerte no lo hizo.

—¿Quieres que te traiga algún libro para que Doris te lo lea? —volvió a insistir Phoebe.

—No se me ocurre ningún título —dijo Anne encogiéndose de hombros.

—No te preocupes, te traeré algo que te haga sonreír.

Anne pudo apreciar la jovialidad en el tono de su hermana, pero se calló que no necesitaba un libro para volver a sonreír, sino tener noticias de lord Hastings.

—Te traeré además pasteles y las galletitas de limón que tanto te gustan —dijo Phoebe acercándose a Anne—. Así, cuando regresemos, podremos sentarnos a hablar mientras nos las comemos y podrás desahogarte con nosotras.

—No tengo… —La mano de su hermana en el hombro de Anne le dijo a esta que no hacía falta hablar para que Phoebe supiese que algo la entristecía—. Gracias —dijo Anne en cambio, intentando sonreír.

Como respuesta, Phoebe le besó en la mejilla y se alejó de ella, dejándola con sus pensamientos.

Anne odiaba preocupar a su familia, pero le resultaba imposible esconder su frustración. Cada día que pasaba sin noticias de lord

Hastings se sentía más miserable, y se temía que seguiría así por mucho más tiempo.

Era culpa suya por insistir en sus pensamientos, pero cuanto más reflexionaba sobre ello, más se convencía de que ella había dicho o hecho algo que lo había ahuyentado.

Pensó en los nervios que él mostró tras escucharla tocar el piano justo antes de irse, en contraste con lo cómodo que había estado durante el picnic y la ópera.

Se sonrojó al evocar el beso, así como el roce de sus dedos en su cara o la felicidad que sintió al caminar de su brazo. Estaba segura de que no se había imaginado nada de todo ello, siendo tan real para ella como para él, ese algo especial que estaba surgiendo entre ellos.

Pero entonces, ¿qué había sucedido para que él no regresara, para que no le enviara una nota dándole un motivo de su alejamiento?

La duda y la culpa la estaban consumiendo, y era muy probable que si no encontraba una respuesta a sus muchas preguntas, acabaría volviéndose loca.

Ni siguiera se dio cuenta del paso del tiempo, pues cuando menos lo esperaba, su madre irrumpió ante ella, mientras aún estaba sentada frente al piano.

—Hemos venido lo antes posible cuando nos hemos enterado —anunció su madre casi sin aliento, tras entrar en el salón de música.

Anne intentó levantarse, pero tenía las piernas entumecidas de estar tanto tiempo sentada.

—¿Qué sucede?

—¡Aquí está! —Phoebe llegó agitando algo en el aire, aunque Anne no era capaz de verlo—. *Lady* Chester tenía razón. La invitación debió traspapelarse con el resto del correo.

—¿Qué pasa? ¿Qué invitación? —La curiosidad creciente en Anne le hizo preguntar, al cuestionarse si algo de todo esto tendría que ver con lord Hastings.

—Nos encontramos con *lady* Chester en la pastelería —comenzó a

explicar su madre—, y nos comentó lo ilusionada que estaba por asistir al baile de los duques de Faintham. Como podrás imaginar —prosiguió esta, sentándose en un amplio sillón—, nos quedamos sin saber qué contestar, al ser la primera noticia que recibíamos al respecto.

—¿Y entonces? —preguntó Anne, levantándose para quedarse frente a su madre. No le importaba el baile, pero sí la posibilidad de que fuera un evento majestuoso y toda la buena sociedad fuera invitada. Entre ellos, lord Hastings.

Al tener su madre la respiración demasiado agitada, Phoebe, de pie junto a Anne, prosiguió con el relato.

—Pusimos una excusa y regresamos a casa para comprobar el correo.

—Y, gracias a Dios, Phoebe ha encontrado la invitación antes de que me diera un colapso —exageró la condesa, y ambas mujeres sonrieron.

—¿Te das cuenta, Anne? Los duques de Faintham son famosos por sus maravillosas fiestas. Invitan a todo el mundo, y tanto la música como todo lo demás es de la mejor calidad.

—Invitan a todo el mundo —repitió Anne en voz baja mientras se le formaba una sonrisa en su boca.

—Veo que la noticia te ha animado, ¿no es así, Anne? —le preguntó su madre, visiblemente complacida.

—Así es.

—Y con todo lo que tenemos que preparar, estaremos estos días muy ocupadas —declaró *lady* Lodwood.

—¿Cuántos días faltan? —Anne lo necesitaba saber con urgencia.

—Solo tres días —contestó su madre—. Menos mal que reservamos el mejor vestido de la Temporada por si surgía un imprevisto de esta categoría. Imagínate cómo estarían mis nervios, si no tuviéramos nada que ponernos.

Anne dudaba que no tuvieran ningún vestido adecuado en su

amplio guardarropa, pero se calló. Era lógico que a ella no le llamara la atención esos detalles que a otras mujeres sí les importaban, al no poder ver las formas y colores de la ropa. Pero entendía que su madre y su hermana sintieran esa inclinación por la moda.

—¡Oh, Dios mío, mamá! —gritó Phoebe—. Acabo de recordar que ya me puse mi mejor vestido hace solo dos meses.

—Eso es imposible, hija. Debes de estar equivocada —contestó su madre, con desesperación en su voz.

—¡¿Qué voy a hacer?!

—En primer lugar, no hiperventiles o acabarás desmayándote. ¡Y no tenemos tiempo para desmayos! —Tratando de mantener la calma, *lady* Lodwood se dirigió a Anne—. Tendremos que posponer el té, querida, pero puedes comerte las galletitas de limón que tanto te gustan.

Como respuesta, Anne asintió, feliz de que su suerte hubiera cambiado, pues ahora tampoco tendría que soportar la charla con su hermana y su madre sobre qué le ocurría.

Todo indicaba que la tragedia respecto al vestido de Phoebe duraría hasta el día del baile, y, para entonces, Anne esperaba que todo se solucionara.

—Tu hermana y yo nos marchamos a comprobar su guardarropa. Dile a tu padre que no se preocupe si no regreso a tiempo para la cena.

Anne asintió y escuchó a madre e hija marcharse a paso ligero mientras una trataba de recordar qué vestidos se había puesto últimamente, y la otra le reprochaba no tener más cabeza para esas cosas.

Capítulo 17

Faltaban escasos metros para entrar en la residencia de los duques de Faintham, cuando Anne comenzó a sentirse mareada. Nada tenía que ver la multitud que los rodeaba, expectante por no perderse lo que se consideraba la velada más esperada de la Temporada.

No era por haber tardado el doble de lo normal al arreglarse, al querer estar perfecta o la media hora que habían tenido que esperar a su hermana Phoebe a que se presentara en su mansión, para así acudir todos juntos al baile.

Su malestar se debía entre otras cosas a su falta de sueño y de apetito en los últimos días, causado por la incertidumbre de lo que sucedería esa noche.

Anne iba agarrada del brazo de Jeremy, caminando despacio tras su hermana y su cuñado Arthur, mientras sus padres encabezaban la comitiva. Su avance por el vestíbulo de la mansión de los duques de Faintham era tan lento que Anne tuvo la ocasión de adelantarse para susurrarle a Phoebe.

—¿Me dirás si lord Hastings está aquí?

—No debes preocuparte —le respondió ella—, seguro que en cuanto llegue no tardará en buscarte.

Anne tuvo el impulso de confesarle que ella no estaba tan segura, pero decidió callarse sus temores. No quería que su familia se preocupara o, peor aún, que interfirieran entre ella y el vizconde.

—Aun así, me gustaría que me avisaras en cuanto lo veas —insistió.

El suspiro de su hermana no le pasó desapercibido a Anne, ni la tensión en el brazo de su hermano Jeremy.

—Confía en mí, Anne —comenzó a susurrar su hermano—. Me ocuparé personalmente de que lord Hastings te salude en cuanto te vea.

Anne no sabía muy bien a qué se refería su hermano con que se ocuparía personalmente, pero asintió y le sonrió como prueba de gratitud.

—Gracias, Jeremy.

—Y ahora, deja de estar nerviosa y disfruta de la velada. —Fue su respuesta mientras le apretaba la mano sobre su brazo.

—¿Tanto se me nota? —Quiso saber ella.

Jeremy la miró, sin estar muy seguro de qué responder. Toda la familia se había dado cuenta de su interés por su amigo Christian, del mismo modo que habían advertido su cambio cuando este dejó de visitarla.

Ninguno de ellos sabía qué había sucedido exactamente para que el vizconde mostrara ahora ese desinterés, pero, como le había dicho antes a su hermana, Jeremy estaba dispuesto a ocuparse personalmente de que esa noche la pareja hablara.

Mientras, Anne seguía repitiéndose a sí misma que el vizconde tendría una buena explicación para su actual falta de atención en ella, al mismo tiempo que rezaba para que esa noche él no le diera la espalda cuando la viera.

Cuando escuchó al maestro de ceremonias anunciando a su familia, Anne se enderezó, dispuesta a disfrutar de la velada y a esperar lo mejor de lord Hastings.

—Solo ha estado ocupado —afirmó en voz baja mientras alzaba la cabeza y, guiada por su hermano, saludaban a los duques para después entrar en el gran salón de baile.

Inmediatamente escuchó a los músicos preparándose para comenzar, así como los vestidos de seda de las damas que sonaban al

moverse.

—¿Vas a dejar tu tarjeta de baile, Anne? —preguntó su madre.

Anne odiaba esa parte en que una dama debía dejar su carnet para que los caballeros firmaran en el baile que querían que se les reservara.

Le hacía sentir incómoda cuando al recogerlo apenas había nombres en su carnet, y no tenía ni idea de cómo eran sus rostros, al ser imposible tocarlos.

Nada más pensarlo, Anne recordó cómo se atrevió a pedírselo a lord Hastings, pues aunque parecía muy segura en ese instante, solo se atrevía a solicitarlo a los más cercanos a su familia. La mayoría de ellos, caballeros mayores.

—Esta noche prefiero esperar a que se acerquen con la velada ya comenzada.

Su madre no puso objeciones y, aliviada, Anne continuó caminando a su lado por el salón.

No necesitaba ver para saber lo que estaba sucediendo a su alrededor. El salón estaría brillando con un centenar de velas encendidas en espléndidas lámparas de araña, las miradas furtivas entre damas y caballeros, los susurros tras los abanicos, las bandejas con bebidas que portarían los sirvientes y el brillo de los suelos, al haber sido pulidos con cera de abeja. Todo eso eran solo ejemplos de lo que sucedía a su alrededor y que no podía disfrutar a causa de su ceguera.

No tardaron mucho en que se les acercaran a saludarles, aunque ella, como siempre, solo tuvo que sonreír y asentir cuando preguntaban qué tal estaba. Sabía que su interés por ella era por cortesía, pero por lo menos no era ignorada. A una persona vidente nunca se le hablaría en términos tan condescendientes, pero Anne había aprendido a vivir con los defectos de los demás, pues no podía hacer otra cosa que aceptarlos con amabilidad.

Cuando por fin la familia pudo acomodarse en un lateral de la pista de baile, Anne trató de relajarse, pero le resultó imposible. Su

hermana no había tardado en bailar con su esposo, y su hermano la había dejado cerca de un asiento para marcharse.

Sus padres conversaban junto a ella con más invitados, mientras Anne miraba sin ver a las parejas en la pista de baile. Sin darse cuenta, estaba retorciendo las manos enguantadas, deseando más que nunca tener el don de la vista para poder observar a su alrededor por ella misma.

¿Estaría él ya en el baile? ¿La estaría viendo? ¿Se notaría su nerviosismo?

Cuando percibió que alguien se le acercaba, sintió que el corazón se le iba a salir del pecho.

—Acabo de verlo —le susurró su hermano, lo que casi le provoca un infarto.

—¿A lord Hastings?

—Así es. Está hablando con alguien que no distingo, pero según me han dicho, lleva media hora en el baile.

—Quizá no nos ha visto. —Anne trató de justificarlo.

—Es posible. —La voz de Jeremy no sonó muy convencida—. Voy a acercarme a él y le pediré que venga.

—Espera. —Anne alargó la mano para detenerlo, pero ya fue tarde, pues su hermano fue de inmediato en busca de lord Hastings.

«¿Qué le va a decir? ¿Y si él se niega a venir?». Anne sintió deseos de sentarse en la silla que había a su lado, pero no quería parecer débil si él miraba en su dirección, y sabría que lo haría en cuanto Jeremy se le acercara y le indicara dónde estaban.

¿Qué iba a hacer ella, si él se negaba a venir a saludarla? ¿Se veía bien su vestido y su peinado? ¿Estaba él lanzando miradas furtivas en su dirección? Las palmas de las manos se le pusieron pegajosas, y ahogó las emociones que se le agolpaban en el pecho. Se sintió impotente, sintiéndose sola, a pesar de estar en una sala repleta de gente.

Si hubiera podido, Anne se habría acercado a lord Hastings y le

habría exigido una explicación. Pero, si hubiera podido, su vida habría sido muy diferente. En cambio, ahora solo podía desear que la tierra se la tragara, al ser demasiado orgullosa y no querer que él se acercara solo por la petición de Jeremy.

Respiró hondo y se dijo a sí misma que no debía mendigar sus emociones por ser ciega. Ella era como cualquier otra mujer, y no se quedaría a la espera suplicando sus atenciones.

Si él venía a hablar con ella, le respondería con educación, pero si no lo hacía….

Anhelaba decir que no le importaría y que aun así pasaría una velada divertida, pero sabía que eso era mentira.

Sí él no venía a verla, ella simplemente se rompería. Y saberlo la enfurecía aún más.

La perspectiva del baile había hecho poco por los nervios de Christian. Estaba convencido de la asistencia de los condes de Lodwood y, por consiguiente, de *lady* Anne.

Pero saberlo no le daba menos miedo, pues temía el encuentro que iba a tener lugar entre él y ella. Lo había sabido nada más leer la invitación y en cuanto la vio entrar en el salón de baile de los duques de Faintham.

Al verla tan hermosa y elegante, Christian había sentido una palpitación en el pecho y el pulso se le aceleró. Estaba maravillosa con su vestido de color marfil, que le hacía resaltar de entre todas las mujeres de la velada.

Pero no era tonto y sabía que la había disgustado al no ponerse en contacto con ella durante demasiados días. Había pensado en escribirle, pero no había sabido cómo expresar con palabras lo que ni él mismo sabía cómo definir. ¿Qué habría tenido que escribir? «¿Estoy

empezando a sentir algo profundo por ti y por eso no puedo volver a verte?».

Además, ya había superado el punto en el que se podía explicar su comportamiento. Había sido grosero, y eso era algo imperdonable.

Sus pretensiones nunca habían sido dañarla y, sin embargo, eso era lo que estaba haciendo ahora. Lo sabía por la rigidez que notaba en su cuerpo, a la espera de un encuentro que no estaba seguro de cómo afrontar.

Temía hablar con ella, no porque le asustase que fuera a revelarle su implicación en su ceguera, sino porque se estremecía al pensar en revelarle que la amaba. Quizá no con palabras, pero sí con sus gestos y silencios.

Lady Anne era muy intuitiva, y conversar con ella se le antojaba una apuesta muy peligrosa.

¿Cómo había llegado a temerla? ¿Quizá de la misma manera en que se había enamorado de ella? ¿Sin darse cuenta, poco a poco, y sumando cada segundo de felicidad en su compañía?

La verdad era que no había esperado enamorarse tan fácilmente y, aunque ese amor era muy real, también lo era la culpa que sentía por los recuerdos del pasado.

Por suerte, lord Robbins se le acercó y pudo mantener una ligera conversación mientras observaba a *lady* Anne. Cuanto más la miraba, más encantadora le parecía, y su pulso más se aceleraba. Hasta que la vio hablando con su hermano Jeremy, y este la dejó para encaminarse hacia él.

Su paso era decidido y, por un segundo, a Christian le pareció que Jeremy estaba dispuesto a darle un puñetazo en cuanto llegara a su lado. Incluso lord Robbins se giró intrigado cuando comprobó que había perdido el interés de su interlocutor.

—Si me disculpa, lord Hastings, acabo de ver a… un amigo con quien tenía gran interés en hablar —se excusó lord Robbins, quien tras sus palabras, se alejó con rapidez, temiendo quedarse en medio de dos frentes.

—Qué sorpresa más agradable —dijo Jeremy cuando estuvo junto a Christian. Ahora su rostro no parecía severo ni su cuerpo se mostraba tan agresivo—. Tenía la esperanza de verte esta noche, lord Hastings.

Al escuchar cómo lo llamaba por su título y cómo pronunciaba cada palabra como si le quemara, Christian supo que su amigo Jeremy estaba enfadado. Y no podía reprochárselo.

—Lo mismo digo —contestó él sin titubear, aunque por dentro sintiera temor, ya que intuía lo que iba a decirle su amigo.

—Supongo que acabas de llegar —dijo Jeremy alzando una ceja.

—Hace apenas un rato —mintió Christian, al no querer confesarle que ya llevaba allí más de media hora.

—Eso creía. Como también creo que no nos has debido de ver entrar por estar tan ocupado…. ¿hablando?

—Eso ha debido de suceder —aseguró Christian, deseando que un sirviente con una bandeja de licores pasara cerca—. ¿Y cómo está la familia? —preguntó, como si se hubieran encontrado sin más.

—Divinamente. Sobre todo, mi hermana Anne. Lleva días esperando una nota por correo o cierta visita, pero, por lo demás, está perfectamente. Como puedes comprobar… —El tono de censura en la voz de Jeremy era más que palpable.

—Ciertamente, se ve espléndida esta noche. —Christian prefirió no mencionar nada sobre su ausencia, ya que no era asunto de Jeremy.

—Ella siempre está esplendida, aunque es cierto que esta noche brilla más que otras veces. ¿Será porque esperaba encontrarse con alguien?

Desde luego, Christian pensó que Jeremy nunca había sido muy sutil con sus palabras, según recordaba y ahora verificaba.

—Es posible que tengas razón. Debería haber sido más diligente en mis observaciones y haberme acercado a saludarla de inmediato —respondió Christian, mirando hacia donde estaba *lady* Anne.

—Estoy seguro de que estará encantada, aunque dicho saludo llegue con algo de retraso. No hace falta que te acompañe… por si te pierdes por el camino, ¿verdad?

Christian se sonrojó, pero no le dio tiempo a contestar. Jeremy se le acercó un paso y cambió su cara seria por otra de preocupación, consiguiendo que él se tensara.

—Espero que hables con ella. Mi hermana se ha mostrado muy feliz los días en que estuvo en tu compañía. Es difícil para ella tener amigos, más aún buenos amigos que la entiendan y la escuchen. Y ni yo ni mi familia podemos hacer nada, aunque lo deseemos. —Las palabras de Jeremy conmovieron a Christian por su sinceridad y por el amor y la preocupación que mostraba por su hermana—. Se merece ser feliz, y parece ser que tú consigues que lo sea.

—Te agradezco tu honestidad, Jeremy —respondió Christian, y Jeremy asintió.

—No dejes que te retrase: mi hermana te espera —dijo Jeremy, señalando a Anne a través de la multitud, mientras esta observaba sin ver a las parejas en la pista de baile.

Christian se obligó a sonreír y, respirando hondo, avanzó unos pasos y se detuvo para colocar su mano en el hombro de Jeremy.

—Y no vuelvas a llamarme lord Hastings cuando te acerques a mí con la expresión de un lobo hambriento. Me has asustado —añadió en un susurro para que nadie lo oyese.

La sonrisa de ambos se ensanchó, y Christian se alejó abriéndose paso entre la multitud. No sabía qué le iba a decir *lady* Anne o cómo le recibiría. No soportaría sus lágrimas o sus reproches, su furia, su apatía o su resentimiento, y tampoco su pena. Solo sabía que su corazón clamaba por tenerla cerca, pero no sabía cómo conseguirlo sin que le consumiera la culpa.

En realidad, solo quería estar con ella y dejar atrás este lamentable asunto.

Capítulo 18

-Anne, lord Hastings se acerca —susurró su madre quien, a pesar de estar conversando con unos amigos, no se había perdido detalle ni del nerviosismo de su hija ni del encuentro de Jeremy con el vizconde.

Como respuesta, Anne estuvo a punto de caerse al suelo en un remolino nada delicado de seda de color marfil, al notar que sus piernas cedían ante su peso. Por suerte, su madre llegó a tiempo y la sostuvo antes de que Anne quedara en evidencia ante los invitados.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó *lady* Lodwood, preocupada por su palidez.

Anne negó con la cabeza y se enderezó, rezando para que nadie hubiera notado su desvanecimiento.

—¿Crees que se acerca a mí o solo quiere saludar a la familia? —le dijo ella en voz baja, al no saber quién estaba cerca.

—No puedo decírtelo, querida. Desconozco los pensamientos de lord Hastings —aseguró su madre—, pero, por cómo te mira, yo diría que está decidido a hablar contigo.

—¿Me está mirando? —Anne se irguió de inmediato—. ¿Estoy bien? ¿Tengo el pelo perfecto? Y el vestido… ¿no estará arrugado?

—Estás perfecta —le dijo su madre, mientras le cogía las manos y la miraba sonriendo—. Ahora respira hondo y cálmate. No querrás desmayarte antes de que llegue, ¿verdad?

Anne se mostró de acuerdo con un gesto y obedeció.

—Ahora él está saludando a tu padre, que está a unos pocos

metros. Prepárate y recuerda… la cabeza siempre en alto.

Anne sonrió y alzó la cabeza, dispuesta a enfrentarse a lord Hastings. Había ensayado sus palabras, del mismo modo que se había imaginado la conversación, pero ahora no recordaba nada. ¿Y si él le decía que no quería volver a verla? No, pensó ella. No permitiría que le rompiera el corazón. Se mostraría fuerte ante él para que viera que no le afectaba su presencia ni su ausencia.

—*Lady* Lodwood, es un placer volver a verla. —Anne escuchó su saludo y cómo su madre se lo devolvía acto seguido.

—*Lady* Anne. —Cuando él se dirigió a ella, todo lo demás dejó de existir. Un segundo después, sus piernas comenzaron a temblar, y ya no estuvo tan segura de poder conseguir su objetivo.

—Lord Hastings —consiguió decir Anne, sin que le temblara la voz y sintiéndose orgullosa por ello.

Hasta ella llegó la excusa de su madre para dejarlos a solas, si se le podía llamar así al apartarse a dos metros de ellos. Entonces, Anne percibió que algo en él era diferente. Algo que la asustaba.

—Esperaba encontrarla aquí esta noche —dijo Christian, a lo que ella se limitó a asentir.

Cada vez era más evidente el cambio de actitud en él. Antes, su conversación había sido fluida y su compañía, deliciosa, y ahora era tensa y fría. Como si fueran dos extraños que conversaban por primera vez, en lugar de dos personas que se habían besado a solas.

No soportaba ese desapego entre ellos, al sentirlo como un puñal que se le clavaba en el pecho. Anne recordó que debía mantener la cabeza bien alta, por lo que se enderezó y tomó el control de la conversación.

—¿Por qué no he sabido nada de usted estos últimos días? ¿Ha pasado algo? ¿Está bien? —Le dio una oportunidad para explicarse, deseando que así se rebajara la tirantez.

—En realidad, me di cuenta de que estaba despertando un interés improcedente en usted, y no quise que hubiera malos

entendidos —señaló él en tono neutro, incluso impersonal, dejando a Anne petrificada.

—No le entiendo —respondió ella, confusa.

A sus ojos, los sentimientos de ambos eran muy reales. Estaba segura de ello. Lo sabía por su beso y por cómo le tocó la cara. ¿Por qué entonces ahora este cambio? ¿O es que había sido una ingenua y había visto en sus gestos y sus palabras más de lo que en realidad había?

—No sé cómo decírselo sin dañarla, al tenerla en alta estima, pero…

—Dígalo sin más —aseveró ella, cansada de que él le diera tantas vueltas a la verdad.

—Usted es una mujer especial que siempre podrá contar con mi amistad. Pero no sería prudente que sigamos viéndonos como algo más que amigos.

—¿Es porque soy ciega?

—¡No! —respondió en el acto lord Hastings. Él sabía que desde el principio había estado enfocando mal la conversación, pero cuando estuvo ante su presencia, se dio cuenta de que jamás podría estar con ella sin que acabara sabiendo la verdad de su implicación y dañándola al descubrirlo.

Comprendió con dolor que solo le quedaba la opción de alejarse de su lado, aunque ahora eso los dañara. Pero lo que importaba era que estaban al principio de su relación, y que a ella le sería más fácil olvidarle. Algo que, estaba convencido, él nunca podría hacer.

Pero sabía que poco a poco el dolor remitiría y, si algún día *lady* Anne se enteraba de la verdad, el daño de su traición no sería tan fuerte.

Él había entendido que estar juntos era imposible, al acecharles un peligro que podría destruirlos. Solo esperaba que ella lo entendiera y le dejara marchar sin que su corazón se rompiera en mil pedazos.

«No me quieras, olvídame», quiso él decirle, pero en su lugar

buscó una excusa para retirarse sin que ella creyese que la consideraba inferior, lo que la consumiría.

—No debes decir jamás eso. No tiene nada que ver con tu ceguera.

—¿Entonces…?

—Es solo que no me siento preparado para una relación seria —mintió, pero prefirió echarse la culpa.

Anne negó con la cabeza, luchando contra las lágrimas. No le creía, había algo más, lo sabía.

—¿Por qué no te atreves a decirme la verdad?

—Es la verdad —insistió él.

—No, no lo es, y tanto tú como yo lo sabemos.

Los ojos de ella, aunque sin vida, parecían que lo estaban mirando reprochándole que no fuera sincero. Todo el cuerpo de Anne parecía indispuesto al conocer la verdad, mientras que el suyo se acobardaba al saber que ella había descubierto que solo era una excusa.

—No puedo estar contigo, esa es la verdad —decidió ser sincero. Ella se lo merecía.

—¿Y me vas a dar de lado con solo esa explicación? ¿Por qué no puedes estar conmigo? —Anne comenzó a alzar la voz, teniéndole sin cuidado que los mirasen.

—¿Acaso importa el motivo? —Ella notó que él trataba de mantener la calma, pero con poco éxito.

—A mí sí. Aunque veo que a ti no te importa —dijo Anne con voz apagada—. Ya has decidido que no quieres estar conmigo, y nada de lo que diga o haga va a cambiar eso, ¿no es así?

El silencio que se levantó ante ellos estuvo a punto de acabar con la poca cordura que aún le quedaba a Anne.

—Es lo mejor para los dos —insistió él, consiguiendo con sus palabras que Anne perdiera sus esperanzas.

—En ese caso, déjame en paz. Vete y no vuelvas a ponerte frente a mí —dijo ella a punto de llorar—. Si eres incapaz de luchar por nosotros, por lo que sé que sentimos, entonces tú tampoco me interesas.

—Anne… —Christian se atrevió a llamarla por su nombre, pero no a tocarla—. Nunca quise hacerte daño.

—Pues lo has conseguido —susurró ella—. Ahora vete y no mires atrás. Yo no pienso hacerlo.

Y con las pocas fuerzas que aún le quedaban, Anne se giró y le dio la espalda.

—Algún día encontraras a un buen hombre que te quiera —le aseguró él con rapidez, aunque no obtuvo respuesta.

Christian sabía que había conseguido su propósito y, a pesar de todo, no se sentía victorioso. No solo por el dolor que vio en ella, mucho mayor de lo que hubiera creído, sino porque él mismo se sentía miserable y a punto de morir de desesperación.

Había perdido a la mujer más maravillosa del mundo. La única que le había conquistado el corazón, y lo único que podía hacer ante ello era alejarse con la cabeza gacha, sabiendo que nunca más encontraría una mujer igual.

Se giró notando como parte de él se quedaba con ella. Pero, cuando solo había dado unos pasos, escuchó algo que lo dejó aún más destrozado.

—Me he pasado toda la vida sola, esperando a alguien a quien amar, aunque en realidad sabía que eso era imposible. Y cuando por fin lo encuentro… él me aparta de su lado como si solo fuera un estorbo. Pues créame cuando le digo, lord Hastings, que no pienso llorarle. No se lo merece.

Anne esperaba que su arrebato involuntario despertara en él un sentimiento de culpa y la aferrarse entre sus brazos, pidiéndole que la perdonara. Pero no fue así.

Como respuesta, él se fue sin decir nada. Y ella comenzó a llorar,

quedando como una mentirosa.

—Te voy a recordar siempre —susurró tan bajo que pronto las palabras se perdieron entre los murmullos de los invitados.

Capítulo 19

Las notas discordantes del piano sonaron por toda la casa como emisarios de la frustración de lady Anne. Durante toda la mañana, el ambiente en la mansión de los Lodwood había sido sombrío, al saber que la pequeña de la familia estaba pasando por un mal momento.

Todos los miembros de su familia habían visto las lágrimas en el rostro de Anne la noche anterior, pero todavía nadie se había atrevido a hablar con ella.

En un mutuo acuerdo silencioso, habían decidido esperar a la mañana siguiente, para que así se serenara un poco. Pero parecía ser que las horas transcurridas no habían hecho nada más que acentuar la tristeza de Anne.

—No debe preocuparse, *milady*, ya verá cómo se sentirá mejor mañana —trató de animarla Doris, que se encontraba sentada cerca del piano mientras intentaba coser.

Anne se había esforzado durante toda la mañana para que la pieza saliera bien, luchando por recordar la música que había escuchado la noche anterior. Era una nueva obra de Gioachino Rossini, y creía haberla memorizado perfectamente. Pero las notas no le salían, y su mente parecía nublada, atestada de pensamientos que preferiría que no existieran.

—Es inútil, Doris. No consigo dar con las notas adecuadas y, cuando lo hago, no consigo retenerlas.

—Ojalá pudiera ayudarla, pero sabe que soy incapaz de tocar

una sola nota. Y respecto a mi memoria… si no tiene que ver con peinados y vestidos, no hay nada que hacer.

Anne intentó sonreír ante las palabras de Doris, pero le fue imposible. Su humor era pésimo, y su tolerancia más bien escasa. Ni siquiera había querido bajar a desayunar, no solo por no soportar la idea de enfrentarse a las preguntas de su familia, sino porque sentía un nudo en el estómago.

—Eres demasiado dura contigo misma, Doris.

—Soy realista.

Ambas mujeres permanecieron calladas por unos minutos, hasta que Doris rompió el silencio.

—¿Quiere que salgamos a los jardines o a pasear por el parque?

Anne notaba el calor del sol en su espalda, por lo que sabía que esa mañana había amanecido soleada. Pensó en lo bueno que sería notar el sol en la cara, y estiró los brazos para alejar la pesadez que sentía en ellos.

—En realidad, no me apetece hacer nada, pero sé que no me permitirás que me quede sumida en mis penas todo el día.

—Puede estar segura de ello, *milady*.

Por fin Anne pudo sonreír, al escuchar la rotundidez en el tono de Doris. Para Anne, ella era mucho más que su criada, y por ello le estaba profundamente agradecida. Sabía que quería animarla, aunque en esa ocasión pareciera una tarea hercúlea.

—¿Nunca te cansas de estar a mi lado? —dijo Anne suspirando, mientras se oían los pasos de su madre entrando en la sala.

Al parecer, su tiempo a solas había terminado, y ahora llegaba la hora de explicar lo sucedido.

—Qué suerte que te encuentre aquí, Anne —comentó su madre mientras acercaba una silla para colocarla a su lado y Anne ponía los ojos en blanco—. Todos estamos muy preocupados por ti. No queríamos atosigarte a preguntas hasta que estuvieras preparada, pero tu aspecto…

Anne volvió su rostro hacia su madre pues, aunque no podía verla, había notado que las demás personas preferían que las miraran cuando les hablaban.

Aunque lo que realmente quería era salir corriendo hacia su cuarto y encerrarse. Había querido evitar este momento durante el mayor tiempo posible, pero sabía que ya no podía seguir escondiéndose en el silencio. Su madre solo quería lo mejor para ella, y lo mejor era sin duda la verdad.

—¿Qué sucedió en el baile entre lord Hastings y tú? —Anne escuchó la pregunta que tanto estaba temiendo oír.

—El vizconde me comentó que solo desea mi amistad, y se disculpó por si yo había malinterpretado sus intenciones.

—Pero todos creímos que estaba interesado en ti... —declaró su madre, incrédula.

—En ese caso, parece ser que yo no soy la única ciega en esta casa. —Anne no quería ser cruel, pero si atacaba, se sentía menos doloroso.

Su madre se quedó boquiabierta. No por el comentario de su hija, el cual comprendía, sino por haber estado tan equivocada con ese caballero.

—Pero... no lo entiendo. ¿No te ha dicho nada más, aparte de que solo que desea una amistad?

Anne asintió, al sentirse demasiado humillada.

—Es una pena. Se os veía tan bien juntos… Incluso habría jurado que él sentía un profundo interés por ti.

Con la garganta cerrada por las ganas de llorar, Anne tragó con fuerza para poder hablar.

—En realidad, solo mi corazón se ha visto implicado en sus afectos.

Inmediatamente se oyó el susurro de las faldas de su madre, y Anne se encontró abrazada a ella.

—¡Oh, Anne! Le amas. —No fue una pregunta.

—Con todo mi ser —consiguió decir ella antes de comenzar a llorar y abrazar con más fuerza a su madre.

—Ese patán… No debería haber jugado con tus sentimientos de esa manera.

Durante unos minutos, su madre la consoló y acarició su espalda para darle ánimos. Después, cuando comprobó que Anne se había calmado un poco, le acercó un pañuelo a las mejillas y le secó suavemente los ojos, haciéndola callar.

—Ya está, ya está —siguió consolándola—. El muy tonto se pierde tener a una mujer tan encantadora como tú.

Anne apartó una lágrima rebelde que caía solitaria por su mejilla.

—Primero patán y ahora tonto. Mamá, eres una caja de sorpresas.

Su madre rio y la volvió a abrazar.

—Es lo que se merece, y más que le diré cuando esté a solas y nadie pueda escucharme.

Lady Lodwood acarició la mejilla de su hija y la miró con tanto amor y ternura que Anne se hubiera conmovido, de haber podido verla.

—Te quiero, Anne. Todos en esta casa te quieren. No debes desanimarte por este revés ni dejar que te cambie. —Anne asintió como respuesta—. Además, en cuanto se entere Jeremy, le dará una buena paliza.

—¡Mamá! —exclamó Anne al escuchar hablar así a su madre, una dama siempre perfecta, dulce y amable.

—Lo siento, hija. Pero no soporto que hagan daño a mi familia. Y ya que soy una dama y no me está permitido hacer ciertas cosas… tengo a un hijo impulsivo que las hace por mí. —Y acercándose a Anne, le susurró—. Pero no le cuentes nada de lo que he dicho a tu padre.

Ambas sonrieron, y la tristeza se despejó un poco del pecho de Anne y de su madre. Esta no soportaba verla triste, y su intención había sido animarla.

—Y ahora, lávate la cara y sal a pasear y que te dé el aire. Ninguna joven dama debería estar encerrada en casa con este espléndido día.

Cuando ambas se levantaron y se dispusieron a salir del salón, Anne se detuvo con una pregunta en sus labios.

—¿Alguna vez podré olvidarle?

Tras un instante, obtuvo su respuesta.

—Con el tiempo.

Anne asintió, notando que la tristeza volvía a ella. Ahora, la idea de vivir siempre sola la aterraba, quizá al saber con certeza que ese sería su destino. Hasta entonces había sido una idea, ya que creía que siempre habría más oportunidades. Pero tras lo ocurrido con lord Hastings, sabía que ningún otro caballero la vería como una esposa en potencia.

Tampoco le pasó desapercibido que su madre no le dijera que ya conocería a otro hombre. Quizá no quería mencionar ese tema por creer que le haría más daño, pero Anne sabía que no lo había mencionado porque era evidente que no habría nadie más.

—Llamaré a Doris para que te prepare para dar un paseo. Mientras tanto hablaré con tu padre y tu hermano para pedirles que te den espacio. A menos que quieras hablar tú con ellos…

—No mamá, me parece bien tu idea. Ahora mismo no me siento preparada para seguir con este tema y prefiero salir a pasear.

—Entonces no se hable más. —Su madre la besó en la frente y llamó a Doris, que debía de estar esperando fuera del salón. Anne había estado tan sumida en su pesar, que ni se había percatado de la salida de Doris ante la llegada de su madre.

—Doris, vamos a salir a dar un paseo.

—Una idea maravillosa, *milady* —respondió la doncella

acercándose a ella—. Aunque le recuerdo que ya se lo había dicho yo.

Lady Lodwood observó a Anne alejarse escaleras arriba junto a una dicharachera Doris, y lamentó el sufrimiento que estaba sintiendo su hija.

Había visto la expresión en el rostro del caballero cuando contemplaba a Anne, y sabía que había algo más. Algo lo bastante importante como para dejar atrás el evidente amor que sentía por ella.

Ahora quedaba decidir si entrometerse y hablar con él, o dejar que el destino decidiera unirlos o separarlos para siempre.

Mientras caminaba por el parque, Anne disfrutó del sol y de la sensación de la brisa en su rostro. Ahora se sentía un poco mejor, al haber hablado con su madre y haber salido de su casa.

No era que pudiera notar una mejoría en el estado de su corazón, pero por lo menos ya no deseaba llorar o pasarse la vida bajo las sábanas. Aun así, seguía amándolo y se sentía herida ante su rechazo.

—¿*Lady* Anne? —Anne oyó que un caballero la llamaba, pero no reconoció su voz.

—Sí —dijo ella levantando la vista en dirección a la voz, notando que Doris retrocedía cuando el caballero llegó a su lado.

—Me llamo lord Kendrick, aunque hace muchos años usted me llamaba Oliver.

Su voz era suave y Anne sonrió, incluso cuando sus instintos le advirtieron que se mantuviera alejada de él.

—Debe disculparme, pero no le recuerdo —respondió Anne, sorprendida cuando él le cogió la mano para llevársela a los labios. Su arrebato la molestó, al no haberle pedido permiso, pero decidió que si la conocía y sabía de su invidencia, entonces su acto había sido

considerado por tratar de buscar su mano. Peso a ello, un escalofrío la recorrió y sintió que el rubor subía a sus mejillas.

—¿Puedo acompañarla en su paseo? —preguntó él, y ella asintió, creyendo que así la distraería. Además, estaban en pleno día, en un parque cerca de su casa y con Doris detrás de ellos, ¿qué mal podría sucederle?—. Es muy amable.

Anne no quería parecer una mojigata que se ruborizaba ante la presencia de un caballero, por lo que inició la conversación.

—Confío en que haya tenido una mañana agradable —declaró.

—Estaba siendo anodina hasta que la vi. —Como respuesta, Anne se ruborizó y comenzaron a caminar.

Conversaron durante un rato, mostrándose su acompañante encantador y consiguiendo que Anne se relajara. Incluso se sintió halagada por su atención y por cómo le contaba anécdotas interesantes para hacerla sonreír. Pero, por mucho que lo intentaba, ella no lograba recordarle.

Ya llevaban varios minutos caminando cuando él la tomó de la mano y la colocó sobre su brazo.

—Espero que no le importe, pero me resulta extraño pasear al lado de una dama tan bella y no poder disfrutar de su cercanía.

—No estoy segura de que sea prudente —repuso Anne, algo alterada por no esperar su atrevimiento.

—No tema. Todas las parejas con las que nos cruzamos van igualmente cogidas del brazo.

Anne sabía que no era nada inapropiado ver a una dama y un caballero paseando cogidos del brazo, pero, al no poder verlo ni saber quién era él, le parecía un acercamiento demasiado íntimo.

Pero el caballero tenía razón, no era nada impropio, y ella estaba siendo demasiado puritana. Por ese motivo lo dejó estar, y aprovechó su silencio para tratar un tema que le interesaba.

—Tengo la sensación de que lo conozco de antes.

—Así es. Hace muchos años visité la propiedad de su familia en Collinger Manor. —Anne se extrañó de su respuesta, ya que no la esperaba.

—Debe de hacer mucho tiempo de eso, puesto que no le recuerdo.

—Es una lástima que no lo haga, ya que yo no podré olvidarla nunca. —Por suerte, la ceguera le impidió a Anne ver el brillo malicioso en los ojos de lord Kendrick, y en lo mucho que se había alegrado a verla sola para vengarse del puñetazo de lord Hastings en la ópera.

Sin saber qué decir, Anne continuó caminando mientras se esforzaba en recordar. Su familia no había vuelto a Collinger Manor desde el incidente, por lo que debió de haberlo conocido antes de que quedarse ciega.

Una sensación de frío se instaló en su cuerpo cuando recordó la noche en que la atacaron. Solo sus padres sabían la verdad sobre intento de violación, y desde entonces no se había vuelto a hablar de ello. Pero eso no impedía que ella lo recordara y que se sintiera incómoda al revivir el toque de ese violador.

De pronto, el tacto del brazo de lord Kendrick bajo su mano se intensificó y la hizo sentirse incómoda. Pero sería descortés retirarlo, y además no quería que él sospechara nada.

—Si por aquel entonces hubiera sabido que se iba a convertir en una mujer tan bella, nada ni nadie me habría detenido para poseerla.

Al escucharle, Anne se detuvo y el frío se intensificó.

—¿Qué dice? ¿Quién es usted? —Quiso saber de inmediato, mientras tiraba de su brazo para alejarse.

Por desgracia, él se anticipó a sus movimientos y le aferró la mano para impedírselo.

—Solo soy un admirador de su belleza. —Su voz sonó demasiado cerca de su rostro, y Anne se asustó tanto que perdió el control.

—Suélteme de inmediato —insistió ella mientras escuchaba

susurros cercanos, posiblemente de otras parejas que estaban presenciando su arrebato.

Para su sorpresa, lord Kendrick no solo no la soltó, sino que se atrevió a tocar su rostro.

—No me toque —le ordenó ella, mientras él se reía ante sus patéticos intentos por liberarse.

—Es una lástima que sea ciega, aunque ese defecto no importa en una amante.

—¡Doris! —llamó Anne en un grito de súplica, sin importar quién pudiera verlos.

Esta no tardó en llegar hasta ellos y apartar la mano de su señora del agarre de lord Kendrick. Ambas mujeres sabían que Doris no podía golpearle, al tratarse de un noble, o se metería en problemas, como también sabían que solo eran dos mujeres, una de ellas ciega, contra un hombre fornido.

—Quiero regresar a casa —dijo Anne, tratando de mantener sus sollozos controlados y sin olvidarse de mantener la cabeza bien alzada. No quería que él la viera débil e incapaz de defenderse, aunque ese fuese el caso.

—Por supuesto, *milady*. —La voz de Doris a su lado la consoló un poco, y más lo hizo cuando notó cómo ella la cogía de la mano—. Ya estoy a su lado.

Anne no podía dejar de temblar y sentía que sería incapaz de caminar, pero suspiró y se armó de fortaleza para alejarse lo antes posible de él.

—No pretendía asustarla, solo era un cumplido. —Anne advirtió el tono irónico en su voz. Una sonrisa se formó en la boca de Kendrick, al saber que la había asustado.

—Entonces, guárdese sus cumplidos para usted.

Y sin más, ella y Doris comenzaron a alejarse con paso precipitado.

—Hasta nuestro próximo encuentro, *milady* —dijo él entre risas,

regodeándose por su venganza.

Pero Anne no le prestó atención y siguió caminando, ajena a las miradas sobre ellas y los murmullos que la rodeaban, solo quería alejarse de ese lugar y de ese hombre.

—No le cuentes nada de esto a mi familia —le pidió a Doris—. Ya están demasiado preocupados por mí.

Esta calló, al no saber qué hacer. Por un lado, le debía lealtad a la familia y debería contarles lo sucedido, pero por otro, quería mucho a su señora, y sabía por todo lo que estaba pasando.

La escuchaba llorar y no quería que sufriera más por su culpa, algo que sucedería si lo contaba todo. Suspirando y con las lágrimas a punto de aflorar, decidió cumplir el pedido de su señora.

—No se preocupe. No se lo diré a nadie.

Capítulo 20

Habían transcurrido varios días desde la última vez que había visto a *lady* Anne, y Christian se preguntaba cómo estaría ella.

Se había revolcado en la autocompasión durante muchos años, culpándose del accidente en Collinger Manor y de sus terribles consecuencias. Había pensado que ayudar a *lady* Anne podría mitigar esa culpa. Pero ahora sus sentimientos eran tan confusos y profundos que apenas podía soportarlos y, mientras sus días pasaban como una sombra ante él, no podía apartar de su memoria el rostro lastimado de *lady* Anne.

—Christian, ¿estás bien? —preguntó Collins, preocupado al ver el abatimiento de su amigo.

—¿Qué?... ah, sí…, claro, estoy bien —dijo Christian, con la respuesta que siempre le daba, pero que resultaba más que evidente que era falsa.

—Puedes decirme que sí las veces que quieras, pero sigues sin convencerme.

—¿A qué te refieres? Estoy bien. —Christian no se atrevió a mirarlo mientras le contestaba.

—¿Por eso llevas toda la mañana leyendo la misma página de ese libro?

Al darse cuenta de ello, Christian cerró con un golpe seco el libro y lo dejó encima de la mesa de té que tenía enfrente. La verdad era que solo lo había cogido para aparentar que estaba haciendo algo sentado en la biblioteca, pero en realidad se había pasado toda la

mañana pensando en *lady* Anne, en cómo estaría y en si ya lo habría empezado a olvidar.

—En realidad es un libro espantoso —terminó diciendo, para disimular su falta de interés por la lectura.

Christian se levantó y se dirigió hacia la ventana. No podía dejar de recordar el beso que habían compartido. Para él había sido sincero, íntimo y ardiente, mientras notaba que sus sentimientos por ella crecían día a día. Había querido ayudarla, enmendar el pasado, y había pensado que su presencia y amistad podría beneficiar a los dos. Hasta que se había enamorado.

Christian se dio cuenta de que esa era la verdad, por mucho que se negara a admitirlo. Había acabado enamorado, y eso lo había asustado.

Lady Anne había dejado de ser la niña temerosa que él recordaba y a la que quería ayudar, para convertirse en una mujer hermosa, fascinante, fuerte y amable que lo había conquistado. Nada tenía que ver con la niña de sus recuerdos pasados, y sí con la mujer que siempre había buscado como compañera.

Y era eso, según creía, lo que hacía que todo le diera tanto miedo.

Ahora, sabía que para seguir con su relación debía decirle la verdad, pero si lo hacía, estaba seguro de que ella lo odiaría y la perdería para siempre. Por eso, como el cobarde que era, había optado por lo más rápido y se había alejado de ella.

Pero no había contado con que le doliera tanto su ausencia y que ella sintiera lo mismo por él.

—Ya sé que te lo he dicho en varias ocasiones, pero sabes que soy tu amigo, ¿verdad? —dijo Collins a sus espaldas.

Esta vez, Christian no le dio una excusa y se volvió hacia él.

—He sido un tonto, Collins. Debería haberme quedado en el campo y no haber venido nunca a la capital —dijo tanto para sí mismo como para él.

—Me imagino que todo esto tiene que ver con *lady* Anne. —Ni siquiera lo preguntó, y Christian se estremeció al escuchar su nombre.

—Como siempre, estás en lo cierto.

—Me lo imaginaba. Solo una mujer puede hacer que un día estés eufórico de felicidad, y al siguiente te sientas como en el mismísimo infierno.

Christian asintió ante la respuesta de Collins, al sentirse exactamente de esa manera, pero por desgracia no podía hablar con nadie de su secreto. Era una carga que había llevado toda su vida, en soledad, al no poder confiar en nadie. Miró a Collins, deseando poder desahogarse con él, poder deshacerse de parte de esa carga que lo estaba aplastando. Pero no podía hacerlo.

No podía hablar, puesto que eso podría perjudicar a *lady* Anne.

Al percibir que su amigo no iba a contarle nada, por mucho que lo necesitara, Collins optó por continuar hablando, con la esperanza de que sus palabras lo ayudaran.

—Como sabes, tengo poca experiencia con las mujeres, y no sé cuál puede ser el problema con *lady* Anne. —Al ver que Christian seguía callado, pero ahora le escuchaba con atención, continuó—. No eres tan superficial como para importarte su ceguera, y no creo que la dama sea una víbora insoportable que te tiene confundido.

En ese punto, Christian estuvo a punto de sonreír, al ser ella todo lo contrario. Era dulce, ingeniosa, amable y… sincera. Algo que no era él.

—Por tanto, solo me queda un posible inconveniente. Has hecho algo imperdonable y no sabes cómo decírselo sin que te eche a la calle.

—Es increíble que con tu poca experiencia te acerques tanto a la verdad —contestó Christian, impresionado.

—Recuerda que mi padre lleva preparándome para la vicaría desde que tengo uso de razón. Ni te puedes imaginar las veces que me comentaba los muchos problemas con sus feligreses y las veces que

todo se complicaba por falta de sinceridad.

Al escuchar estas palabras, Christian se tensó, y Collins supo que había dado de lleno con la clave de su problema.

—Así que es eso.

Ante el silencio de Christian y su negativa a mirarle, Collins sabía que andaba por buen camino.

—Entonces, te diré que la mejor solución para tu problema es la honestidad. Tanto si es dolorosa, como si no lo es.

Christian sabía que tenía razón. Pero en este caso, la honestidad solo causaría daño, no solo a él mismo, sino a la mujer de la que se había enamorado, la mujer a la que no podía negar que amaba, aunque sabía que ella nunca podría amarlo si se lo contaba todo.

—Temo que si soy sincero con ella, va a rechazarme.

Collins puso una mano sobre su brazo e hizo que lo mirara a los ojos.

—Pero al menos lo sabrás, amigo mío. Piensa que será mucho peor si no le dices nada y siempre te quedará la duda de qué habría pasado.

Hasta ese momento, Christian no había pensado en ello, y supo que su amigo tenía razón. Si se mantenía en silencio, siempre viviría amargado por la culpa y su falta de honestidad hacia ella, pero además, siempre se preguntaría si ella lo habría perdonado.

¿Podrían haber tenido un futuro juntos? ¿Podría ella amarlo, aceptarlo como esposo? Si antes tenía mil dudas en su cabeza, ahora estas se habían duplicado. Aunque había una certeza que lo acallaba todo.

Lady Anne merecía saber toda la verdad, y solo él podía dársela.

—Tienes razón. Debo contárselo todo y esperar que lo comprenda.

Collins asintió y, tras darle una palmada en el hombro, le sonrió.

—Pues no esperes más y ve a hablar con ella.

Acto seguido, Christian le sonrió y comenzó a alejarse de su amigo. Debía aclarar las cosas cuanto antes con *lady* Anne y solo había una manera de hacerlo.

—Pero recuerda, no le digas nada a mi padre de que te di un buen consejo —dijo Collins—, o creerá que estoy preparado y me hará regresar para que me haga cargo de la vicaría.

Una vez en la puerta, Christian se detuvo y se giró para mirar a su amigo.

—No te preocupes, no le diré ni una palabra.

Y sin más, Christian se marchó dejando a un sonriente Collins, que si bien estaba un poco preocupado por él, confiaba en que la verdad le devolviera la felicidad que días atrás había mostrado. Aunque… ¿Quién puede saber lo que se oculta en el corazón de una mujer?

Capítulo 21

Desde su encuentro en el parque con lord Kendrick todo había cambiado para Anne. Su antipatía por todo lo que la rodeaba era cada vez más evidente, y su familia se sentía perdida, al no saber qué hacer. Además, ella se negaba a hablar con ellos, y solo les pedía que no se inmiscuyeran en su vida, ya que no sabía qué decirles ni soportaba escuchar la lástima en sus voces.

Ese encuentro le había traído recuerdos que creía olvidados y, lo peor de todo, le recordaba lo vulnerable que era.

—¿Le gustaría tocar el piano, *milady*? O podríamos ocuparnos de su correspondencia… —sugirió Doris, pero Anne negó con la cabeza y se limitó a seguir sentada en el salón, frente a una chimenea apagada.

No le apetecía hacer nada más que compadecerse de sí misma. Era una tontería, lo sabía, pero no conseguía sentir ese optimismo que siempre la había acompañado. Sobre todo, cuando rememoraba por la noche su agresión y sabía que había algo que no conseguía recordar y que era de suma importancia.

—Solo quiero estar sola.

—Pero no es bueno… —La respuesta de Doris se cortó al escuchar esta pasos acercándose.

Un instante después, la madre de Anne y un caballero entraron en el salón y se detuvieron a unos metros de ellas.

—Disculpa, hija, acaba de llegar un caballero pidiendo verte y, aunque nos pediste que no le dejáramos entrar, creo que es conveniente que ambos habléis.

Al escucharla, Anne supo a qué caballero se refería su madre. Lord Hastings había venido a verla.

—¿Acaso mi opinión no importa? —preguntó Anne.

Los pasos de lord Hastings le indicaron que se había acercado más a ella.

—No debe culpar a su madre —dijo él—. Ella está preocupada, y por ese motivo me ha permitido entrar.

Anne trató de imaginárselo frente a ella. ¿Estaba nervioso, tranquilo, inseguro? Todo era muy confuso, y ella no podía evitar sentirse desconcertada en cuanto a lo que iba a suceder, aunque se esforzaba por mantener los nervios a raya.

—Está bien. Diga lo que tenga que decir y márchese —aseveró Anne sin volverse en su dirección.

Doris y su madre no tardaron en dejarlos solos, y lord Hastings se acomodó en un sillón junto a Anne. Mientras, ella trataba de no mostrar su inquietud, sentándose recta y con sus manos juntas en el regazo para que él no notara su nerviosismo.

—¿Por qué ha venido? —le preguntó ella.

Estaba cansada de la confusión que siempre parecía rodearlos. Solo quería que por una vez fuera sincero y le dijera por qué le había hecho creer que era importante para ella, para después apartarla como si no valiera nada.

Hoy necesitaba la verdad más que nunca, y estaba dispuesta a soportar el dolor que su presencia le causaba, con tal de conseguir su propósito.

—Yo... sé que le debo una explicación después de mi comportamiento.

—¿Y ha esperado hasta ahora para venir a dármela? ¿Por qué? ¿Qué es lo que ha cambiado? —En su voz se notaba la furia y el desconsuelo que Anne sentía.

—No me atrevía a decirle la verdad.

—¿La verdad? ¿Que soy ciega y no le convenía? No sería el primer caballero que lo piensa y, lamentablemente, no será el último —dijo ella, con su ira en aumento.

—No diga eso. Su ceguera… —Christian iba a decir que no tenía que ver con su motivo para alejarse de ella, pero en realidad sí lo tenía.

—¿Por qué ha venido, lord Hastings? —volvió a insistir Anne—. La última vez que nos separamos me rompió el corazón. ¿Qué quiere ahora?

Deseaba que él dijera la verdad. Estaba convencida de que su deficiencia era la razón de su rechazo, en realidad lo había sabido siempre, pero quería que él tuviera el valor de declararlo en su cara.

—Su ceguera... es el motivo de por qué hice lo que hice, pero no por la razón que cree —respondió él, y Anne abrió los ojos de par en par, asombrada.

—No lo entiendo —dijo ella, queriendo que él se explicase.

—Lo primero de todo es que quiero que entienda que mi propósito nunca fue lastimarla. Solo quería volver a verla y saber cómo estaba. No soportaba pensar en lo que le había hecho. El daño que le había causado.

—¿Qué daño? ¿Se refiere a romperme el corazón? ¿Acaso se siente culpable por no amarme o por hacerme creer que podríamos haber tenido algo juntos?

—No me refería a eso.

Él quería acercarse más a ella, cogerla entre sus brazos para explicarle con palabras tiernas lo que le hacía sentir, cómo le había cambiado la vida y cómo sufría cada día al saber que la verdad los separaría para siempre. Pero era imposible.

En su lugar, Christian cerró los ojos y respiró hondo, había llegado el momento de sincerarse y de atenerse a las circunstancias.

—La llevo amando desde hace años, aunque no me di cuenta de ello hasta que la volví a ver. Y, por supuesto, la sigo amando con todo

mi corazón. Pero no es posible que usted me ame, no cuando sepa la verdad —concluyó con la voz entrecortada por la emoción y dejando atrás las formalidades. No las creía necesarias, ahora que le había abierto su corazón.

—No diga que me ama cuando ambos sabemos que no es cierto. Si me amara, no se habría alejado de mí con excusas vanas — consiguió decir Anne, tras escuchar su inesperada revelación.

—Debe creerme. No le miento cuando le digo que la amo. Pero hay algo en mi pasado que nunca me permitirá estar a su lado.

Su voz sonaba pesarosa, y por fin Anne se compadeció de él y se giró para tenerlo frente a frente. Aunque no podía verlo, quería que él supiera que ella le escuchaba.

—Si lo que dice es cierto y asegura que me ama, entonces no importa lo que sucediera hace años.

—No lo comprende. Esto sí le importará. —Christian deseó acercarse más a ella, pero quería que sintiera un espacio entre ambos para que no se sintiera intimidada cuando le expusiera su secreto.

—Entonces cuéntemelo y deje que sea yo quien lo juzgue.

Lord Hastings asintió, a pesar de saber que ella no le vería hacerlo. Había llegado el momento, y antes de hablar la contempló por última vez.

Ella podía decir que el pasado no importaba, pero él sabía demasiado bien que eso no era cierto cuando se cargaba con sus consecuencias todos los días.

—Haré lo que me pide, aunque estoy seguro de que después de que me escuche ya no volverá a querer saber nada de mí.

Anne sintió que una lágrima rodaba por su mejilla. Se sentía totalmente confundida, dividida entre el amor y la ira. Lo que él decía no tenía sentido. Ya le había roto el corazón. ¿Qué más podía hacer para herirla? ¿Qué verdad era esa que ahora dudaba en compartir?

—Solo cuéntemelo —le pidió—. Pero no quiero mentiras ni excusas de por qué no puede amarme. Si es tan simple como que soy

ciega, entonces espero que me respete lo suficiente como para decírmelo sin rodeos.

—Todo tiene que ver con su ceguera —admitió él, y Anne no pudo evitar empezar a sollozar.

—Lo sabía... en el fondo siempre lo he sabido —respondió ella, pero Christian la interrumpió al acercarse y cogerle las manos.

—Yo soy la causa de su ceguera, Anne —dijo notando cómo cada palabra le quemaba al decirla. Por su parte, Anne se quedó callada, incapaz de comprender lo que acababa de escuchar.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó ella, con los ojos muy abiertos por la incredulidad.

—He dicho que yo soy la causa de su discapacidad. Por mi culpa está ciega —respondió él, notando cómo el temblor comenzaba a extenderse por el cuerpo de Anne.

La primera emoción de esta fue el asombro, seguido de la sorpresa y la negación. No podía ser cierto lo que le decía. Él no podía tener nada que ver con lo sucedido.

Sintió cómo una miríada de emociones brotaba en su interior. Las manos le temblaban, su corazón latía tan rápido que parecía que iba a explotar, y sacudió la cabeza. Sus palabras tropezaban al querer salir por su boca, mientras intentaba dar sentido a lo que él acababa de decir.

—Usted... pero no puede… serlo. Mi ceguera… —comenzó a decir ella, pensando en la noche de la tragedia. Tratando desesperadamente de pensar por qué afirmaría él algo tan absurdo.

Lo malo era que solo había una explicación, y esta era devastadora.

—Yo estaba en el cementerio cuando todo ocurrió. —Christian sintió que su mundo se derrumbaba al decirlo, pero ya no había marcha atrás, tenía que seguir contando su historia—. Como ya le comenté, sus padres invitaron a los míos a pasar las Navidades en Collinger Manor, y yo invité a mi amigo Oliver. Esa noche, Oliver y yo

la seguimos al verla pasar por nuestro lado. Parecía que se estaba escondiendo, y en un principio sentimos curiosidad por saber a dónde se dirigía. Llevábamos unos minutos siguiéndola cuando se me ocurrió darle un susto.

—¿Un susto? No me trate como si fuera una idiota, fue mucho más que un susto —dijo ella, incapaz de creer lo que estaba oyendo.

Nunca se había explicado lo que había sucedido aquella fatídica noche. Anne siempre había creído que se había encontrado con un par maleantes que habían intentado violarla y luego matarla. Lo mismo había creído su familia, y habían concluido que lo mejor era olvidarlo y alejarse de ese lugar y quizá, con ello, del recuerdo.

Le había dolido que nadie fuera enjuiciado, pero su padre le hizo comprender que si denunciaban la agresión, la única culpable para la sociedad sería ella. Aunque fuera prácticamente una niña cuando ocurrió, Anne sería quien arrastrase la condena durante el resto de su vida.

Por ese motivo había tenido que callar y olvidar, creyendo que era lo mejor para todos.

Pero ahora… Sacudió la cabeza tras escucharle. Ahora solo podía sentir odio.

—Nunca tuve la intención de causar tal daño. Debe creerme. Solo fue un juego de niños que se me escapó de las manos… —empezó a decir lord Hastings, hasta que ella le interrumpió.

—¿Un juego de niños? Intentó violarme y casi consigue matarme. ¡¿Qué clase de broma es esa?! —Anne comenzó a gritar, perdiendo los nervios.

Quería alejarse de él, salir corriendo, pero sus piernas no se lo permitirían, y tampoco su ceguera.

—Lo siento, solo puedo... —dijo Christian, pero al ver la furia y el odio en la cara de ella, vaciló.

Anne no pudo contenerse. Toda la rabia acumulada en silencio durante años, todas las pesadillas sufridas, todas las caídas por su

ceguera y las lágrimas derramadas le dieron la determinación para hacerle daño. Lo abofeteó con todas sus fuerzas, sintiendo la gratificación del dolor en su mano, al saber que él sentiría ese mismo dolor en su mejilla.

Con la respiración acelerada y las náuseas asomando en su garganta, notó que no soportaba estar cerca de él. Se había enamorado del hombre causante de sus pesadillas, y ahora esta espantosa revelación la atravesaba como un cuchillo.

Lord Hastings se puso en pie con dificultad, notando cómo su pecho se cerraba por el dolor. Sabía que ella nunca lo perdonaría, lo había sabido siempre, y aún así, necesitaba que no lo viera como a un monstruo.

—Debe saber que no he experimentado ni un solo momento de paz desde aquel espantoso día. He querido desesperadamente decírselo desde siempre, pero nunca me sentí capaz de hacerlo. He tratado de reparar el daño ofreciéndole mi amistad, pero mis sentimientos por usted pronto me sobrepasaron.

—No quiero ni su amor, ni su culpa ni su compasión. ¿Acaso puede llegar a comprender el daño que me hizo? ¿Cree que su amistad podría pagar las pesadillas, las veces que me tuve que restregar la piel para dejar de sentir su desagradable tacto? ¿Cree que fue fácil empezar de cero con mi vida, sabiendo que nunca más volvería a ver?

—No, no creo que nunca pueda compensarla.

—Entonces, márchese y déjeme en paz.

Lord Hastings comenzó a caminar hacia la puerta, cabizbajo, con la triste sensación de que nunca más volvería a verla. Saberlo lo estaba matando, aunque tenía el triste consuelo de estar preparado para su rechazo.

—Y dígale a su amigo Oliver, o como ahora se llama, lord Kendrick, que no vuelva a acercarse a mí.

Lord Hastings se detuvo en el acto y la miró con alarma.

—¿Lord Kendrick? ¿Ha visto a lord Kendrick?

—Así es. Se atrevió a dirigirse a mí en el parque. En ese momento no entendí sus palabras, pero ahora todo cuadra. Él fue el amigo que lo acompañaba esa noche, ¿verdad?

—Así es —pudo decir Christian, todavía atónito.

—Pues le advierto que no voy a permitir que me intimiden. Ya no soy esa niña. Puedo defenderme, aunque sea ciega.

Lord Hastings fue hacia ella con pasos enérgicos. Estaba furioso al descubrir que ese sinvergüenza se había atrevido a abordarla.

—¿Qué le dijo? ¿Le hizo daño?

Pero Anne estaba tanto o más furiosa que él, por lo que no se iba a amedrentar.

—¡Suélteme! —Se retorció hasta que lord Hastings obedeció y se alejó unos pasos—. No vuelva a tocarme —le espetó—. Y dígale a su amigo que no voy a acceder a sus insinuaciones.

No hizo falta que le dijera nada más para que él supiera qué palabras le habría dicho lord Kendrick. Conocía muy bien su reputación con las mujeres, y más aún con las criadas. Así como sus inclinaciones masoquistas y las especulaciones que había sobre él.

Christian se imaginó a *lady* Anne a solas con ese degenerado, y supo que no podía dejar las cosas así. Se lo debía a *lady* Anne y a su cordura, pues si le pasaba algo a ella…, nunca se lo perdonaría.

—Le juro que lord Kendrick jamás volverá a acercarse a usted —le aseguró con una voz tan fría que Anne solo pudo permanecer callada—. Del mismo modo, le prometo que no volveré a importunarla con mi presencia.

Lo último que Anne escuchó fue la puerta del salón al abrirse y sus pasos alejándose. Si él cumplía su promesa, y ella sabía que lo haría, esa sería la última vez que estaría con él.

Algo dentro de ella se terminó de romper, produciéndole un gran dolor. Se había enamorado del causante de su ceguera, de uno de los dos hombres que habían intentado violarla. ¿Por qué no pudo ser el muchacho que la salvó? ¿Por qué siempre el destino tenía que

reservarle la peor parte?

Anne comenzó a llorar sin percatarse de la entrada de su madre en el salón y que esta se acercaba a ella. Solo notó su roce en el brazo y el aroma a lirios que siempre la acompañaba.

—¿Anne? ¿Qué ha pasado? —preguntó la condesa, preocupada.

—Estoy... oh, madre, ¡es demasiado horrible! —exclamó Anne entre sollozos.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó su madre, confusa mientras hablaba.

—Me ha destrozado —logró decir Anne antes de desmoronarse y dejarse llevar por las lágrimas.

Lady Lodwood, al verla en ese estado, la abrazó, sabiendo que no conseguiría saber lo sucedido hasta que se calmara.

Pero Anne no podía dejar de pensar que nunca había sabido toda la verdad sobre lo sucedido. Había asumido que sus agresores eran unos maleantes, pero siempre había habido una sombra de inquietud que le decía que había más. ¿Y quién era su rescatador? ¿Lo conocería lord Hastings?

Ese muchacho le había salvado la vida y nunca pudo agradecérselo. Quizá algún día lograría aclararse todo, o tal vez tendría siempre la duda de quién sería ese muchacho.

Su única luz entre tanta oscuridad.

Capítulo 22

Christian estaba furioso. Acababa de salir de la mansión de los Lodwood, y sabía exactamente a dónde debía dirigirse.

—¡A Regent Street! —le gritó a su cochero, para entrar de inmediato en su carruaje—. Y dese prisa. Tengo un asunto pendiente con el cretino de lord Kendrick.

El cochero se puso en marcha en el acto y, durante el breve trayecto, Christian se imaginó cómo le rompería la cara a golpes a ese desalmado. ¿Cómo se había atrevido a acercarse a *lady* Anne? ¿A amenazarla?

Toda la tensión sufrida en casa de los Lodwood se había centrado en hacerle pagar su atrevimiento a lord Kendrick, y solo ansiaba el momento de tenerlo frente a él para ajustar cuentas.

Unas cuentas que llevaban pendientes muchos años, pues nunca le había hecho pagar por lo que le hizo a *lady* Anne en el cementerio.

No podía culpar al muchacho de aquel entonces, al estar tan asustado y solo querer olvidar, pero ahora era un hombre que pretendía enmendar todos los errores de su pasado.

Ya lo había hecho con *lady* Anne sincerándose con ella, y ahora le tocaba a lord Kendrick.

No tardaron mucho en llegar. Christian se bajó del carruaje, se acercó a la puerta principal con paso enérgico y comenzó a aporrear la puerta con todas sus fuerzas.

No estaba dispuesto a esperar ni un minuto más ni a que su furia se disipara. Quería sangre, y no le importaba si era suya o de lord

Kendrick. Aunque, indudablemente, sería mejor que fuera la del otro.

—¿Desea algo, milord? —La cara roja de preocupación del mayordomo no detuvo a Christian, quien lo apartó y entró en la mansión.

—Llame a lord Kendrick, o lo buscaré yo mismo por toda la maldita casa —le espetó Christian, haciendo que el mayordomo saliera corriendo en busca de su señor.

Pocos segundos después, pudo escuchar la voz del hombre al que buscaba.

—Vaya, qué honor verte en mi casa, lord Hastings. —Lord Kendrick salió de una sala apoyándose elegantemente en su bastón y se detuvo frente a él—. ¿A qué debo el placer de su visita? ¿O solo ha venido a asustar a mis criados?

El engreimiento de ese hombre puso más colérico a Christian, que se adelantó unos pasos.

—Vengo a ajustar cuentas y a decirte que nunca más te acerques a *lady* Anne, o acabaré contigo.

Las palabras de Christian no parecieron ni preocuparle ni sorprenderle.

—Veo que la dama te ha contado nuestro encuentro. Y dime, ¿te ha contado también que le propuse ser mi amante? Es lo único que una ciega… —Solo llegó a decir eso antes de que Christian le golpeara con un puño la cara.

La sorpresa hizo que los ojos de lord Kendrick se abrieran de golpe. Se escuchó el crujir de un hueso y, acto seguido, la sangre comenzó a brotar de la nariz, indicando que Christian se la había roto.

Ante el dolor y la visión de la sangre, lord Kendrick comenzó a chillar como un cerdo, llevándose ambas manos a la nariz, que no dejaba de sangrar. Atrás quedó su soberbia y el bastón que antes había sostenido de forma estoica en su mano.

—Hablarás de ella con más respeto —le reclamó lord Hastings, sin retroceder por la visión de la sangre.

Ese solo era el principio, pues pensaba causarle más daño para verse satisfecho.

—¿Me has roto la nariz por esa puta? —La incredulidad de lord Kendrick fue eclipsada por la rabia en la mirada de Christian.

Lord Kendrick supo al verlo que se había equivocado al escoger sus palabras, pero solo le dio tiempo a cubrirse la cara cuando Christian le asestó un puñetazo directo a su mandíbula.

El impacto hizo retroceder a lord Kendrick al sentir que el golpe le había alcanzado, a pesar de haber intentado protegerse.

Comenzó a darse cuenta de que estaba en serios problemas y que debía estar atento a los golpes. Se notaba que su contrincante tenía experiencia con los puños y una fuerza brutal que, sin duda, provenía de su furia.

Pero esta vez, Oliver no esperó, y se lanzó hacia delante para intentar atacar a lord Hastings.

Al ver su reacción, Christian se animó, pues no le gustaba pelear con un hombre incapaz de defenderse. Quería golpear a lord Kendrick, pero que él también se defendiera para no sentirse un abusador.

Por suerte, Christian esquivó el envite mientras que la nariz de lord Kendrick seguía sangrando.

Christian aprovechó la ocasión y le volvió a golpear, consiguiendo que el otro retrocediera. Pero la pelea no iba a ser tan sencilla para Christian. Lord Kendrick pronto se recompuso y se abalanzó sobre el torso de Christian golpeándolo una, dos y tres veces, mientras este jadeaba.

La diferencia entre ambos era que Christian se acrecentaba con cada golpe al querer devolverlos y, sin embargo, lord Kendrick se veía desesperado por acabar cuanto antes.

Por eso, cuando lord Kendrick sonrió, satisfecho por su actuación, se encontró con una mirada divertida de Christian, la cual lo dejó helado.

—¿Solo puedes golpear así de fuerte? —preguntó este.

Lord Kendrick comenzó a balbucear, sin saber qué hacer o decir. El hombre que tenía delante no se parecía en nada a su calmado amigo de la infancia. Más bien le recordaba a un demonio en busca de sangre, y mucho se temía que no lo dejaría en paz hasta verlo derribado y medio moribundo.

Lord Kendrick comenzó a temblar y alzó los puños para defenderse.

—Ahora me toca a mi atacar —afirmó Christian, con tanta convicción y frialdad que lord Kendrick dudó que no se hubiera vuelto loco.

Christian se le acercó con rabia, y comenzó a golpear a lord Kendrick con una rapidez inaudita en el pecho y en la cara. Todo en una sucesión de golpes bien ejecutados y contundentes que dejaron a lord Kendrick paralizado, al no saber cómo reaccionar.

Golpe tras golpe, este se vio obligado a retroceder, consiguiendo de vez en cuando neutralizar el ataque de Christian o colarle un puñetazo. Algo insuficiente en comparación con los que él recibía. En su rostro ya no había rastro de diversión o altivez, sino de miedo.

La furia con que Christian le acometía era tan brutal que lord Kendrick se veía incapaz de protegerse. Unos segundos después, cayó hacia atrás, levantando las manos en señal de sumisión.

Al final del vestíbulo se escucharon gritos de júbilo por parte de un par de criados, que consideraban la victoria del recién llegado como propia.

Solo entonces Christian consiguió salir de su trance justiciero lo miró a Kendrick con interés. Su cólera parecía que se había calmado al ver a su contrincante tumbado en el suelo y con la cara ensangrentada, aunque Christian todavía conservaba la ira suficiente como para continuar con su ataque si lord Kendrick se ponía en pie.

—Ya basta —siseó este, sin aliento a causa del dolor que sentía en el pecho.

Estaba convencido de que ese bruto le había roto un par de costillas, mientras parecía que él apenas le había herido. En ese

momento lo odió con todas sus fuerzas, al haberlo humillado en su propia casa y en presencia de sus sirvientes, a los que escuchaba susurrar a sus espaldas.

—Jura por tu honor que jamás te acercarás a *lady* Anne. Aunque dudo que una calaña como tú tenga honor. —Christian estaba también sin aliento y el sudor goteaba de su frente. Había recibido unos cuantos golpes fuertes, pero nada que le impidiera imponerse a su antiguo amigo.

Por su parte, lord Kendrick se quedó quieto en el suelo, hasta que alargó la mano para coger su bastón.

—Tú ganas, lord Hastings. Lo juro por mi honor.

Christian quiso sonreír ante su triunfo, pero se sentía demasiado dolorido tanto por los golpes recibidos por lord Kendrick, como por los que *lady* Anne le había infligido con sus palabras. Por ese motivo, en vez de regodearse de su victoria se giró, dispuesto a dejar atrás a ese hombre y no volver a verlo durante el resto de su vida.

Solo había dado un paso cuando oyó un chasquido metálico y notó un dolor lacerante en el muslo izquierdo.

En un acto reflejo se volvió con rapidez, para ver cómo lord Kendrick retiraba el bastón con la punta de este ensangrentada.

Durante un segundo, Christian no comprendió cómo el bastón pudo haberle causado una herida sangrante, hasta que se fijó que en su extremo se asomaba una hoja afilada. El bastón debía de tener un mecanismo que, al activarlo, convertía su punta en un arma parecida a un puñal.

—Maldito cobarde, hijo de perra —gruñó Christian llevándose una mano a la herida y manchándosela con sangre.

Cuando su mirada recayó en lord Kendrick, este comenzó a palidecer, al darse cuenta de su imprudencia. Había sido la rabia al sentirse ridiculizado por su derrota, lo que le había hecho actuar sin pensar y clavarle su arma secreta. Pero ahora que veía las consecuencias de sus actos, estaba convencido de que había cometido un grave error.

—No pensé… no…

Sin querer escuchar ni una sola palabra más, Christian se acercó a lord Kendrick, que continuaba en el suelo, y le dio una patada a la mano con la que aún sujetaba el bastón para que lo soltara. Este, impulsado por la patada, salió disparado hacia un lado, al mismo tiempo que se escuchaba un grito de dolor del conde.

—¡Bastardo! —aulló lord Kendrick. Christian lo cogió por la chaqueta perfectamente confeccionada y lo alzó poniéndolo a escasos centímetros de su rostro.

—Si te vuelvo a ver…, te mato. —La frialdad de su voz estremeció a lord Kendrick—. ¿Lo has entendido?

El conde asintió, profundamente asustado, reconociendo que Christian ya no tenía nada que ver con el tímido y asustadizo amigo de su infancia. A ese muchacho podía manipularlo y someterlo, pero al hombre en que se había convertido era mejor tenerlo lejos.

—Lo he entendido.

Christian se quedó mirándolo en silencio, consiguiendo que su adversario comenzara a temblar de miedo. Dándose cuenta de que ya no tenía nada más que hacer allí, Christian soltó a Kendrick, que enseguida se desmoronó como si fuera un saco de ropa sucia.

Christian lo miró para cerciorarse de que lo había asustado lo suficiente, y a continuación se dio la vuelta y se alejó de él cojeando.

El mayordomo le esperaba junto a la puerta, esta vez con un brillo en sus ojos que le decía a Christian que se alegraba de que alguien, por fin, le hubiese dado a su señor su merecido.

Y aunque se sentía complacido por ver sometido al hombre que abusó de *lady* Anne, tanto en el pasado como en el presente, Christian no pudo evitar sentir un agujero en su estómago. Ya había ajustado cuentas, pero eso no lo dejó más tranquilo.

A pesar de todo, él seguía siendo culpable, y nada de lo que hiciera le daría la oportunidad de estar con *lady* Anne.

Se subió a su carruaje con el alma hundida, y se presionó la

herida en el muslo con su pañuelo para que dejara de sangrar. Tenía muy claro que cuando llegara a su casa no saldría de ella durante días, y que solo se dedicaría a emborracharse para no tratar de pensar en la lamentable vida que le esperaba sin la mujer que amaba.

Capítulo 23

El ambiente en la residencia de los condes de Lodwood era tenso, desde que Anne les había contado la participación de lord Hastings en la desgracia de su ceguera.

En un principio, su hermano Jeremy quiso salir en su búsqueda para ajustar cuentas con él, y su padre estaba obstinado en destruirlo como él había hecho arruinando la vida de su hija. Solo la insistencia de Anne en que no se acercaran al vizconde consiguió detenerlos, y solo sus lágrimas lograron que no exigieran una satisfacción.

Sin embargo, ya nada parecía igual en el hogar de los Lodwood y, esa mañana, en el desayuno, era más patente aún la desilusión y lo alterados que estaban todos.

Al menos, la condesa había dejado de llorar, aunque era notable la hinchazón de sus ojos a causa de las lágrimas. Por no mencionar que desde que se había sentado a la mesa, hacía escasos diez minutos, ya se le había caído dos veces sobre el mantel la cucharilla del té.

La concentración de su padre no era mejor que la de su esposa, pues más que trocear los riñones en el plato, parecía que los estuviera apuñalando y descuartizando.

Por suerte, la resaca de Jeremy impedía que esa mañana estuviera presente, pues no había bajado al comedor como otras veces. De no ser así, Anne no habría soportado escuchar más carraspeos, cubiertos chirriando contra la porcelana o suspiros melancólicos.

Cansada de esta tensión que les estaba afectando a todos, Anne decidió tomar parte en el asunto.

—No quiero que estéis en este estado por mi culpa. —Su voz ronca y baja dejó claro su desconsuelo.

—No es por tu culpa. Tú eres la menos culpable en todo este asunto —soltó indignado su padre, mientras dejaba caer los cubiertos en el plato, ocasionando un ruido agudo—. Es ese… Él es quien debería estar pagando por lo que te hizo.

—Cariño, no debes alterarte —dijo la madre de Anne a su esposo.

—Sé que deseas reclamarle por sus actos —intervino Anne—, pero debes dejárselo a la Providencia.

Su padre soltó un bufido antes de hablar de nuevo.

—Cada vez que recuerdo por todo lo que has pasado... Apenas puedo soportar pensar en ello.

—Debes comprender que ha sido un *shock* para nosotros saber que el caballero que te estaba cortejando, es el mismo que te atacó y te dejó ciega —declaró la madre de Anne—. Es demasiado perturbador —concluyó, notándose en su voz sus ganas de llorar.

—Me contó que su acercamiento era para intentar enmendar su error. —Por alguna extraña razón, Anne se vio obligada a defenderlo.

—¿Su error? —gruñó su padre mientras golpeaba con fuerza la mesa, asustando a su hija—. ¿Arruinó tu vida, y cree que puede enmendarla con unas simples galanterías? No creo que seas consciente de lo que te habría sucedido si ese otro muchacho no les hubiera hecho frente y te hubiera traído a casa.

—No digas eso, Thomas —dijo la condesa—. No menciones que nuestra hija pudo haber muerto. No lo soporto —añadió entre sollozos.

Anne escuchó que su padre arrastraba su silla y que luego caminaba hacia la condesa. Conociendo el amor que se profesaban, Anne estaba segura de que él había ido a abrazar y consolar a su esposa.

—Dios quiso que ese otro muchacho apareciera a tiempo —

siguió diciendo su madre—. Debemos centrarnos en ello y estar agradecidos, en lugar de pensar en lo que lord Hastings y lord Kendrick te hubieran podido hacer.

Anne se esforzó por contener las lágrimas y por no levantarse para abrazar a sus padres. La noche anterior había estado tan abrumada por la emoción que apenas había sido capaz de comprender la terrible verdad que, a la fría luz del día, la enfrentaba con su verdadero horror. Por ello, necesitaba un abrazo más que nunca y que le aseguraran que su dolor pasaría.

Pero no estaba segura de que eso sucediera. No cuando empezaba a comprender por qué lord Hastings había tratado de hacerse amigo de ella: solo quería apaciguar su conciencia, compadeciéndola por su aflicción y esperando que, atrayéndola, pudiera mitigar su culpa.

Se estremeció al pensar en ello. Él era uno de sus atacantes, los cuales habían provocado su ceguera, y habían agravado su delito al haber huido y guardado silencio durante años. No era más que un cobarde, y ella se sentía una tonta por haber confiado en él.

—Tienes razón, mamá. Debemos olvidarlo —dijo Anne, aunque sabía que eso era algo que jamás podría hacer. En realidad, todos los presentes lo sabían, pero se mantuvieron en silencio.

Cansada de contener sus emociones para no preocupar a sus padres, Anne se levantó de su asiento, dispuesta a pasar la mañana encerrada en su recámara. No le apetecía salir a pasear, tocar el piano o hacer las mismas cosas que solía hacer cada día.

Pero el ruido en la puerta de entrada de la mansión la dejó paralizada.

—Señor Ottis, ¿están todos en el comedor? —La voz alterada de su hermano la sorprendió, ya que Anne creía que él estaba en su cuarto por la resaca.

Unos segundos después, su hermano entró en el comedor, donde Anne se encontraba con sus padres, seguido de un caballero al que ella no había visto jamás.

—Perdonad esta intromisión tan inesperada —dijo Jeremy—, pero tengo algo que deciros que os puede interesar.

Los presentes callaron, no por falta de preguntas, sino por educación ante la presencia del invitado de su hijo.

—Lo primero de todo —continuó Jeremy—, permitidme que os presente al señor Collins Lawson.

Anne escuchó cómo sus padres lo saludaban, aunque ella no pudo articular palabra y tuvo que aferrarse al respaldo de una silla, al notar que las fuerzas la abandonaban.

Conocía demasiado bien a su hermano, y mucho se temía que la visita del señor Lawson tenía algo que ver con lord Hastings.

—El señor Lawson es un buen amigo de lord Hastings. —La habitación se quedó en completo silencio—. Sé que os puede parecer extraño su presencia aquí, pero creo que nos conviene a todos escucharlo. Especialmente tú, Anne.

Tal y como ella había temido, su hermano no había podido dejar las cosas en paz y había terminado interfiriendo en sus asuntos.

—No creo que el señor Lawson pueda decir algo que cambie mi opinión sobre lord Hastings. —A Anne le hacía daño incluso pronunciar su nombre.

—Es posible, hermana, pero creo que debes oírlo.

—¿Por qué? —insistió ella, con el único deseo de salir de allí lugar cuanto antes.

Anne escuchó los pasos de su hermano acercándose a ella. Los reconocería en cualquier parte, al ser siempre tan enérgicos y seguros.

—Confía en mí, Anne. Recuerda que yo también deseaba hacerle pagar a ese hombre lo que te hizo, pero aquí me tienes, frente a ti, pidiendo que escuches a su amigo.

Anne asintió y se sentó, notando que su hermano se colocaba a su lado para cogerle las manos.

—Anoche salí de casa, no soportaba estar ni un minuto más sin

hacer nada y dejando que esos hombres se marcharan sin pagar por su crimen. Solo deseaba emborracharme, pero la Providencia quiso que entrara en un local donde unos caballeros estaban brindando por la paliza que lord Hastings le había propinado a lord Kendrick.

Las exclamaciones de asombro rompieron el silencio.

—Al parecer, el motivo de la pelea tenía que ver con el honor de una dama, aunque nadie sabe quién es ella.

Anne se quedó quieta y confusa.

—¿Crees que se trataba de mí? ¿Que pelearon por mi honor? —preguntó, deseando comprender lo que estaba sucediendo.

—Estoy convencido de ello. Los criados escucharon cómo lord Hastings le exigía a Kendrick que no volviera a acercarse a la dama o lo mataría. —Anne jadeó ante la amenaza—. Pero antes de ello ya le había roto la nariz y. según los testigos, su patrón sangraba y gemía como un cerdo.

—¿A qué se refería Hastings al pedirle a Kendrick que no volviera a acercarse a la dama? —le preguntó el conde a su hija—. ¿Acaso nos has ocultado algo que te ha hecho ese hombre? —El tono furioso de su voz hizo que Anne se estremeciera y dudara en hablar de su violento encuentro. Al fin, optó por decir la verdad.

—Me abordó en el parque una mañana cuando paseaba con Doris, y fue muy desagradable conmigo. Pero no sé cómo pudo enterarse lord Hastings de lo ocurrido. —Anne había estado tan sumida en su dolor que ni siquiera recordaba que ella misma se lo había confesado.

—Debiste decírnoslo —la recriminó el conde.

—No quise asustaros. Solo fueron palabras, y se las supe devolver.

—Fuera como fuese, eso ya pasó —intervino la condesa para aplacar los nervios.

—Y lord Hastings ya se ha ocupado de dejarle muy claro que no debe acercarse a ti —dijo Jeremy—. Aunque no me importaría hacer

una visita a lord Kendrick cuando se le cure la nariz.

—¡No harás nada de eso! —le ordenó su madre casi en un grito, pero solo consiguió el silencio de su hijo como respuesta.

—Te agradezco que quieras defenderme —comenzó a decir con voz calmada Anne, mientras apretaba las manos de Jeremy—, pero soy capaz de hacerlo por mí misma.

—No lo dudo, Anne, pero soy tu hermano y, como tal, es mi deber protegerte. Como también lo es de papá. Debes dejar que te protejamos —continuó tras una pausa—. Es lo único que podemos hacer por ti.

—Te equivocas —aseguró Anne, con las lágrimas aflorando a sus ojos—. Habéis hecho mucho por mí. Me disteis comprensión y amor cuando más lo necesitaba… y eso es algo que jamás podré olvidar.

Jeremy la abrazó y Anne escuchó los sollozos de su madre.

—Sois la mejor familia que podría haber tenido —dijo Anne.

El carraspeo incómodo del señor Lawson les recordó a todos que no estaban solos.

—Pero aún hay más que debes saber —anunció Jeremy mientras miraba al señor Lawson.

Jeremy se puso en pie y se acercó al invitado.

—En uno de esos clubs también me encontré con el señor Lawson y hemos pasado las siguientes horas hablando y aclarando algunos asuntos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la condesa, pues Anne no se sentía capaz de hablar.

—Creo que se trata de algo que el señor Lawson debe hablar a solas con Anne.

Esta alzó la cabeza mostrando su ceño fruncido para dejar claro que estaba en desacuerdo con esa idea. Sin embargo, su hermano no estaba dispuesto a ceder tan rápido.

—Anne, cuando hablaste con lord Hastings, ¿te explicó por qué

hizo lo que hizo? ¿Qué fue lo que sucedió cuando perdiste el conocimiento? ¿Te habló de ese otro muchacho que te salvó, llevándote en brazos a casa?

Al escuchar la mención del misterioso héroe que la rescató, su interés aumentó. La verdad era que no había dejado que lord Hastings le contara todo lo sucedido, y se había quedado con la duda de saber quién era ese muchacho. De aquella noche solo recordaba su miedo y el profundo dolor en su sien al caer, así como a su salvador y el hecho de que él la llevó en sus brazos a un lugar seguro.

Ansiaba conocer su identidad, agradecerle lo que había hecho por ella. Si conociera la historia completa de esa terrible noche, podría cerrar esa herida de su pasado.

—Supongo que me ofusqué y no le permití dar más explicaciones.

—¿Y no te gustaría saber toda la verdad? —preguntó Jeremy, a lo que Anne asintió.

—¿Por eso has traído al señor Lawson? —dijo ella—. ¿Para que me cuente lo que sucedió?

—Me temo. *lady* Anne, que no soy el hombre adecuado para darle a conocer lo ocurrido esa noche —intervino Collins por fin—. Pero sí puedo aclararle ciertos asuntos que le son de interés.

Anne asintió de nuevo, cada vez más ansiosa por saber qué podía decirle el señor Lawson. Ahora se daba cuenta de que había sido una tonta imprudente al no dejar que lord Hastings le contara toda la verdad, pero el dolor era demasiado profundo en aquel momento para permitir que sus palabras siguieran dañándola.

—Si me permiten un minuto a solas con *lady* Anne, les prometo que trataré de dar un poco de luz a todo este asunto.

Anne notó la mirada de todos sobre ella y pensó su respuesta. No había nada que el señor Lawson pudiera aportar que cambiase sus sentimientos. No lo culpaba por querer ayudar a su amigo interfiriendo en su nombre, pues estaba segura de que aquello era lo que pretendía, pero sentía curiosidad por lo que podía contarle, pues

sus palabras ya habían convencido a Jeremy para que este lo llevara a su casa y hablara con ella a solas. ¿Qué podría haberle dicho este caballero a Jeremy, para que él alterase tanto su opinión?

Anne mostró su acuerdo moviendo la cabeza y esperó a que el comedor se vaciara, quedando ella sentada en la silla y Collins de pie frente a ella.

—Puede sentarse, señor Lawson, y comenzar a hablar, pero no creo que sus palabras puedan hacer que olvide todo el daño que su amigo me causó.

—Comprendo que piense así, *lady* Anne, y que solo desee dejar atrás todo este lamentable asunto —dijo él tomando asiento—. Del mismo modo, creo que es conveniente que sepa toda la verdad.

Anne comenzó a sentir curiosidad, al entender que él sabía que quedaba una pieza del rompecabezas por encajar.

—Pero usted mismo ha dicho hace unos segundos que no sabe lo que sucedió esa noche…

—Así es, *lady* Anne. No sé lo que sucedió, solo sé que es algo que ha atormentado a lord Hastings durante años.

De pronto, Anne sintió vergüenza, estaban tratando de un tema muy delicado para ella, el cual la hacía sentir sucia e impropia.

Collins debió de percatarse de ello, pues le habló con voz dulce.

—No debe temerme ni preocuparse por lo que yo sepa. Jamás la juzgaría ni le contaría a nadie sus secretos. Soy prácticamente un vicario, y me gustaría que me viera como tal.

—¿Prácticamente? —dijo ella alzando una ceja.

—Es una historia muy larga que con gusto el explicaré otro día —. El sonido risueño de su voz, por algún motivo, hizo que Anne se relajara y confiara en él. La verdad era que tanto su voz como su presencia no la intimidaban, y comprendió por qué un atormentado lord Hastings le había confiado su amistad a este caballero.

—Está bien, señor Lawson, puede comenzar a hablar.

Anne le oyó carraspear y cómo se erguía en la silla.

—Para empezar, le diré que desde que conozco a Christian, es decir, lord Hastings, siempre lo he considerado un hombre apenado y desdichado. Siempre supe que lo que lo atormentaba procedía de su pasado, pero cuando vinimos a Londres y comenzó a frecuentar la compañía de usted, todo cambió en él.

Anne permaneció en silencio, incapaz de decir nada, como que ella también había sentido un cambio en su ser, al sentirse más feliz.

—Sin embargo, desde el último encuentro entre ambos, el estado de Hastings es terrible.

—¿Me está echando la culpa de su desdicha? —preguntó ella, algo enfadada.

—Por supuesto que no. Él sabía que debía contarle la verdad y que esta acabaría con su relación. Pero creo que nunca se imaginó que su alejamiento le dolería tanto.

Anne no sabía si podía soportar escucharlo por más tiempo. Ella también había sufrido, y mucho, pero era la víctima. Y nada de lo que dijera el amigo de lord Hastings podría cambiar eso.

—Sé que cuando hablaron, usted no le permitió contarle todo lo sucedido. Me doy cuenta de que usted cree que él tiene toda la culpa, pero, antes de juzgarlo, le pido que conozca todos los hechos. De lo contrario, nunca sabrá toda la verdad y eso acabará consumiéndola.

Por mucho que lamentara asumirlo, Anne sabía que él tenía razón.

—Así es —convino ella—, pero usted tampoco conoce la historia al completo, por lo que no puede saber si hay algo en ella que pueda excusar a su amigo —concluyó, al no querer asumir que lord Hastings podría saber más cosas que le interesaran.

—En eso se equivoca. Conozco a lord Hastings durante años —alegó Collins—, y sé que es un hombre incapaz de hacer daño a nadie. Y menos aún a una mujer indefensa. Por ese motivo estoy convencido de que hay algo que se nos escapa. Algo que tal vez demuestre su

inocencia y, por consiguiente, que usted deba saber.

—Las personas cambian —insistió Anne.

—Por supuesto, pero tanto su hermano como yo coincidimos en que lord Hastings siempre fue un muchacho de corazón noble. Su único defecto fue confiar demasiado en la gente y ser demasiado manejable.

Anne se levantó de la silla de pronto, deseando poder ver para huir de allí.

—Me está pidiendo mucho, señor Lawson.

—Le estoy pidiendo que le dé otra oportunidad al hombre que podría cambiar su vida. Al hombre a quien, según su hermano me ha asegurado, usted ama.

Anne sentía la garganta seca al saber que debía hacer algo que se juró que nunca haría. Debía volver a ver a lord Hastings y a enfrentarse a lo sucedido aquella noche.

El amor que había sentido por él, y que lamentablemente sentía, le hacía sentir compasión por el tormento que él había vivido antes y después de su confesión, por más que solo pudiera culparlo a él mismo de ello.

—Debe hablar con él. —Anne notó que el señor Lawson se le acercaba y le cogía las manos—. Quizá pueda aclarar todas sus dudas.

Anne recordó de repente al muchacho que la había salvado, y se preguntó si lord Hastings lo conocería. De ser así, su encuentro con el vizconde tendría una finalidad que ella podía dar por válida. Pero había algo más rondando por su mente. ¿Podría conocerlo lord Hastings? Como una ráfaga de viento, las palabras que acababa de decir el señor Lawson penetraron en su mente y Anne se estremeció.

«Lord Hastings siempre fue un muchacho de corazón noble. Su único defecto fue confiar demasiado en la gente y ser un muchacho manejable».

El corazón de Anne dio un vuelco al entenderlo.

—No puede ser… él no… —Ella jadeó, y sus ojos se abrieron de

par en par por el asombro. Cuanto más lo pensaba, más confusa se sentía y, sin embargo, todo comenzaba a encajar.

Ahora había otro motivo para hablar con lord Hastings para que le confirmase sus sospechas, pero Anne se resistía a tener esa conversación a solas con él.

—Usted cree que lord Hastings es el muchacho que me rescató. —No fue una pregunta, pero Collins le contestó igualmente.

—Después de hablar con su hermano, así lo pienso —declaró él, y Anne empezó a negar con la cabeza—. Sé que es algo que le cuesta asimilar ahora —continuó Collins—, pero todo encaja. Conozco a lord Hastings desde que era un muchacho, y sé que sería incapaz de hacer un daño semejante a otra persona.

—¿Y mi hermano piensa igual que usted? —Ahora fue Collins quien asintió a la pregunta de Anne—. Pero el mismo lord Hastings me dijo que todo fue culpa suya…

Anne no siguió hablando, al saber que eso no era del todo cierto. Él le había confesado que había sido idea suya asustarla, pero no agredirla. El recuerdo del ataque la hizo temblar, pero no podía negar que, aquella noche, también había sentido que el segundo atacante, el que se mantenía alejado, no le daba miedo. ¿Habría estado tan enfadada durante estos doce años con sus atacantes, como para haber olvidado este detalle?

Collins percibió la duda en su rostro y continuó su discurso.

—Como hijo de un vicario, creo en la Providencia, y puedo asegurarle, *lady* Anne, que esta noche me ha guiado aquí para que conociera a su hermano Jeremy.

En ese momento, toda la vida de Anne dio un vuelco una vez más. Había soportado la horrible revelación de lord Hastings y, ahora, esta nueva revelación traía consigo un cambio notable. Estaba desgarrada: su perdición y su salvación venían de la mano de una misma persona.

—Dios mío, ¿entonces fue él quien me rescató? —preguntó ella, sacudiendo la cabeza con incredulidad.

—Solo él puede darle esa respuesta. Y solo la conseguirá si habla con él —respondió Collins, y Anne asintió, comprendiendo su postura.

Ella estaba temblando, con un terrible sentimiento de culpa por su comportamiento hacia lord Hastings. Debía haberle dejado hablar aquel día. De haberlo hecho, se hubieran ahorrado mucho sufrimiento. Aunque, ¿sería suficiente saber que él era su salvador para perdonarlo?

Anne asintió, mientras un fuerte dolor de cabeza comenzaba a formarse en sus sienes. Demasiado en qué pensar, demasiado por hablar y aclarar. Demasiados sentimientos en juego.

—¿Está usted bien, *milady*? —preguntó Collins, preocupado al verla palidecer.

—Sí, no se preocupe. Tiene razón, señor Lawson, debo hablar cuanto antes con lord Hastings. ¿Podría ayudarme?

Collins vio su decisión y asintió complacido.

—Por supuesto, *milady*. Por ese motivo estoy aquí.

Capítulo 24

Sentado a solas en el comedor de su residencia de Londres, Christian observaba con la mirada perdida la taza de café, antes humeante, que su mayordomo le había servido hacía un buen rato. Sentía como si la cabeza estuviera a punto de estallarle, y solo le apetecía regresar a la biblioteca para seguir emborrachándose.

Por desgracia, su mayordomo tenía otros planes para él, al igual que su amigo Collins. Este había aparecido en medio de la noche, según lograba recordar Christian, para indicarle al señor Ottis que se ocupara de que su señor estuviera despejado y adecentado a primera hora de la mañana.

Sin más explicaciones, Collins se había marchado, y ahora Christian se veía delante de una taza de café que hacía que su estómago se retorciera por las náuseas.

—¿Desea comer algo más, milord? —preguntó el mayordomo, a su lado.

—El café será más que suficiente. Si es que consigo beberlo… —susurró Christian con una mueca.

Después de la gratificante pelea a puñetazos con lord Kendrick, Christian había regresado a su mansión y se había emborrachado con el firme propósito de ahogar sus emociones y sus pensamientos. Pero parecía que, hiciera lo que hiciese, *lady* Anne siempre estaba presente, del mismo modo que su tristeza.

Ante todo, temía su futuro, pues no solo tendría que vivir con el recuerdo de aquella espantosa noche, sino también con saber que

había conocido el amor solo para perderlo para siempre.

—¿Puede que unas salchichas…? —La mano alzada de Christian impidió que el señor Ottis continuara hablando.

Su viejo mayordomo no podía evitar mostrar la preocupación en su rostro, pues, aunque había visto a su señor de pésimo humor en muchas ocasiones, jamás había presenciado tanto abatimiento en él.

Deseaba ayudarle de alguna manera, pero poco podía hacer un mayordomo que, a pesar de haberlo visto crecer, no tenía derecho a inmiscuirse en su vida.

—Como desee —Fue lo único que Ottis pudo decir, antes de retirarse.

Con la sensación de que la casa se le caía encima, Christian colocó los codos en la mesa, cerró los ojos y dejó caer la cabeza entre sus manos. No quería saber del mundo, si en ese mundo no podía tener a la mujer que amaba.

No quería llorar, solo quedarse para siempre atrapado en ese minuto, donde ella no pudiera alejarse más de él.

El sonido de un carruaje deteniéndose en su puerta no lo alteró, al estar convencido de que se trataba de Collins. En su lugar, suspiró, sabiendo que ahora le tocaba soportar una de sus charlas. Incluso se temía que quisiera llevarlo a algún lugar para animarlo, y que por ese motivo le había hecho estar presentable, cuando lo que él quería era estar profundamente borracho en alguna parte de la biblioteca.

Christian esperó a que la puerta se abriera para que su mayordomo o su amigo entraran por ella. Con el dolor todavía resonando en su cabeza, continuó con los ojos cerrados.

Cuando oyó unos pasos a través del vestíbulo, suspiró resignado. Esos pasos pronto llegaron hasta el comedor y se detuvieron en el umbral de este.

—Di para qué has venido y márchate. Esta mañana no tengo ganas de chácharas ni de visitas.

El silencio descolocó a Christian, pues ni su mayordomo ni su

amigo permanecerían en silencio. Los pasos se acercaron más a él y, por primera, vez advirtió el crujido de una tela al moverse sobre el piso.

¿Telas? ¿Quizá faldas?

Una idea se le pasó por la cabeza. Debía de ser una mujer, y esa mujer podría ser…. Pero era imposible.

Con miedo a abrir los ojos y descubrir la decepcionante verdad, Christian respiró hondo y rezó.

—Por favor, que sea ella —susurró con una voz tan baja que apenas pudo oírse a sí mismo. Pero no podía arriesgarse a que el sueño se desvaneciera, no hasta que tuviera el suficiente valor para abrir los ojos.

—Lamento molestarle, pero creo que sería conveniente que hablásemos.

Christian estuvo a punto de dar un salto al escucharla. ¿No era un sueño? ¿Estaba realmente ella aquí? Temblando, Christian abrió los ojos y apartó las manos de su rostro, flotando ante él la visión de *lady* Anne.

—¿*Lady* Anne? ¡¿Qué hace aquí?! —exclamó asombrado y con los ojos abiertos de par en par.

—He venido porque quedaron muchas cosas pendientes por decir la otra vez. —*Lady* Anne se acercó un par de pasos, indecisa.

Solo entonces Christian se dio cuenta de su falta de modales y se puso de pie de un salto, de forma tan impulsiva que hizo que se derramara el café sobre el blanco mantel.

—¿Quiere sentarse? ¿Desea tomar algo? —Christian sabía que estaba quedando como un tonto, pero no podía evitar su nerviosismo.

Lady Anne negó con la cabeza, y permaneció de pie frente a él.

La verdad era que también estaba muy nerviosa, y sentía que en cualquier momento su máscara de seguridad desaparecería.

Había pasado todo el trayecto desde su casa a la residencia de

Christian en un ataque de excitación, que ni Doris ni el señor Lawson pudieron sofocar con sus palabras.

Les había pedido que la esperaran fuera del comedor, por miedo a no ser capaz de mantener su pose altiva, si sabía que ellos estaban presentes, pero ahora que estaba a solas con lord Hastings, se sentía como una débil hoja mecida por el viento.

Todo su rencor por lord Hastings al creerlo su atacante se desmoronaba, pues ya sabía que también había sido su salvador. Lo había estado pensando dentro del carruaje, y llegó a la conclusión de que había mucho más en esa historia que ella aún no conocía.

Algo más que podía ser decisivo para aclarar cómo alguien como lord Hastings, un caballero en el más amplio sentido de la palabra, se podía trasformar en un monstruo con tanta facilidad para después ser un héroe.

—Tu amigo el señor Lawson vino esta mañana a mi casa, junto con mi hermano Jeremy. Me contaron sobre tu pelea con lord Kendrick.

—Le dije a ese canalla que no se volviera a acercar a usted —declaró Christian para dejarle claro a Anne que no debía temer a ese hombre. Él se había ocupado de que así fuera, y solo esperaba que ella no hubiese venido a reprocharle su atrevimiento por inmiscuirse en su vida.

—Creo que usó más que palabras —señaló ella, pero sin querer que su comentario sonara a reproche.

Entre ellos se extendió un incómodo silencio, que Anne interrumpió enseguida.

—Gracias —dijo esta—. Me habría gustado ser yo quien le rompiera algún hueso o le diera una patada, pero tendré que conformarme con saber que se llevó su merecido.

—Le rompí la nariz. —Christian se sintió un estúpido al decirlo, pero al ver que ella alzaba una comisura de los labios a modo de sonrisa, se relajó—. Le habría roto algo más, pero no creía oportuno patearlo mientras gemía.

Lady Anne sonrió.

—Me habría gustado verlo. Tiene que contármelo un día de estos.

Christian estaba a punto de saltar de alegría, pero el dolor en el muslo le impidió hacerlo, además de que no quería que *lady* Anne creyese que se había vuelto loco.

En su lugar, sonrió y se acercó unos pasos más a ella, cojeando.

—¿Qué le pasa en la pierna? —Ella había notado el sonido arrítmico de sus pasos.

—No es nada. Una pequeña herida. —Christian no quiso decirle que el señor Ottis había insistido en curarla y coserla, mientras él daba buena cuenta de una botella de Whisky escocés.

—Espero que no sea grave.

Se la veía tan adorable, preocupada por él en su comedor, que Christian deseó poder abrazarla. En su lugar, colocó las manos a su espalda para no ceder a la tentación de tocarla.

Con el silencio de nuevo sobre ellos, ambos supieron que había llegado la hora de la verdad.

—El señor Lawson me aconsejó que escuchara de su boca todo lo que sucedió aquella noche. Al parecer, usted no terminó de contarme toda la historia. —Anne no mencionó que fue ella, con su arrebato, quien lo interrumpió y le pidió que se marchara—. Su amigo cree que la parte que falta por decir es muy importante.

El ambiente cambió de pronto, volviéndose triste y tenso.

—Entiendo que usted no quisiera hablar más del asunto y me pidiera que me marchara —dijo Christian.

Lady Anne se quedó en silencio, deseosa de preguntarle si él había sido su salvador, pero no se atrevía a hacerlo. Le habría gustado saber cuál era su aspecto para saber si él también estaba pasándolo tan mal como ella, aunque, por su voz, así lo parecía.

Tras un suspiró, Anne se armó de valor, al darse cuenta de que él

no iba a comenzar a hablar, y se dispuso a preguntar lo que más anhelaba saber.

—Hay un asunto que no hace nada más que rondarme por la cabeza y quiero que me lo aclare. ¿Fue usted mi rescatador?

Christian abrió los ojos como platos al no entender cómo podía ella saberlo. Pero recordó que *lady* Anne había hablado con Collins, y entendió que en esa charla se debió de haber dicho algo que así se lo indicara.

—Yo… —comenzó a decir Christian, pero le resultaba complicado hablar con ella de ese tema. Aun así, se lo debía, por lo que continuó hablando—. En efecto. Debí reaccionar antes esa noche. Pero cuando me di cuenta de las intenciones de Oli… de lord Kendrick, fui un cobarde y no pude impedir que él…

—Quiero saber qué fue exactamente lo que sucedió —dijo Anne para animarlo a hablar, aunque para ella ese tema también resultaba duro—. Yo apenas lo recuerdo, todo está demasiado confuso en mi mente.

Christian asintió y colocó una silla junto a *lady* Anne.

—Será mejor que nos sentemos. La historia es larga, y temo que tenga algunos episodios que la harán sentir mal.

Lady Anne no quiso insistir en permanecer de pie, sobre todo, porque intuía que él tenía razón. Si iba a contarle toda lo ocurrido, habría cosas terribles de escuchar.

—Como ya le conté antes… —dijo Christian—, se me ocurrió que la siguiéramos, pues me pareció sospechoso que usted estuviera escondiéndose. Por aquel entonces… sentía cierta inclinación a observarla y…, bueno…, me pareció una buena idea.

Por fin lo había dicho. Solo esperaba que *lady* Anne supiera lo mucho que a él le gustaba ella por aquel entonces. Y por la rojez de sus mejillas, *lady* Anne pareció entender que ese muchacho la veía como algo más que a la hermana de su amigo Jeremy.

—La idea de darle un susto se me ocurrió al verla atravesar el

cementerio, pero mi intención estaba más encaminada a hacerla gritar porque creyese que éramos fantasmas, y no a asaltarla.

—¿Entonces su idea no fue atacarme?

—Jamás se me ocurriría. Se lo garantizo —aseguró Christian, categórico, y ella lo creyó.

Durante un segundo, él buscó las palabras apropiadas para continuar con su historia, pues ahora venía la parte más peliaguda.

—No consigo recordar cuándo cambió todo y perdí el control. Solo sé que lord Kendrick se lanzó sobre usted, aprisionándola, y que no quería soltarla. Recuerdo que parecía muy asustada y yo… Todavía no entiendo por qué me quedé bloqueado sin hacer nada. Lo recuerdo como si lo viera desde fuera de mí, como si mi mente no lograra entender qué estaba pasando.

—Creo recordar que le pidió que me liberase, y también sé que la presencia de usted no me asustaba tanto. Aunque también para mí todo está confuso.

—Se lo pedí, pero él no me hizo caso. Pero cuando comprendí las verdaderas intenciones de ese canalla y vi cómo luchaba usted con uñas y dientes hasta llegar a golpearlo… —La voz de Christian se volvió dura—. No podía permitir eso. Lo aparté y vi con alivio que usted huía, pero no esperaba el golpe en la cabeza.

Lady Anne asintió, con las lágrimas bañando su rostro.

—Fue mala suerte que me empujara —dijo en un susurro.

—Debí haber intervenido antes —confesó Christian, al mismo tiempo que ella hablaba.

—¿Por qué nunca dijo nada? —se atrevió a preguntar *lady* Anne, aunque empezaba a entender a ese muchacho tímido al que la culpa le carcomía.

—¿Cómo iba a hacerlo? Estaba aterrorizado por lo que había ocasionado. Al principio, creía que todo había terminado cuando la aparté de ese canalla y la llevé a casa, pero cuando pude entrar sin ser visto y me enteré de que usted estaba inconsciente… Le juro que

nunca quise hacerle daño, y mucho menos arruinar su vida con una ceguera que no merecía.

Lady Anne no podía verlo, pero sí percibir el dolor en sus palabras y su llanto. Ahora se daba cuenta de que no había sido ella la única en cargar con una cruz, como su ceguera, todos esos años. Él también lo había hecho, solo que no había contado con el consuelo de compartir sus temores y descargar su pesar con su familia.

Él llevaba doce años con la culpa amargando su vida y su carácter, convirtiéndolo en un hombre solitario y triste.

De pronto, comprendió que era ella quien tenía que salvarlo a través de la verdad, y no al contrario.

—No arruinó mi vida —afirmó Anne, atreviéndose a cogerle de la mano para consolarlo—. En primer lugar, porque he tenido una familia maravillosa que siempre me ha apoyado y me ha hecho sentir querida. Y en segundo lugar, hace tiempo que aprendí a convivir con mi destino. Puede que no tenga el don de la vista, pero Dios ha sido generoso y me ha otorgado otros para compensarlo.

—Como su gran corazón —aseguró él, llevándose la mano de ella a sus labios para besarla.

Conmovida, *lady* Anne decidió aclarar cualquier duda, recelo o reproche que hubiera entre ellos.

—Disculpa si no te di la oportunidad de explicarte la última vez que nos vimos —dijo ella atreviéndose a tutearlo—. Me precipité a juzgarte, antes incluso de que terminaras de contármelo todo.

—No tienes que disculparte por ello. Entiendo perfectamente tu arrebato. Confiabas en mí, y debió de ser duro descubrir que era uno de los muchachos que te atacó.

—Tú no me atacaste —dijo Anne, queriendo mostrar en su cara lo mucho que no quería admitir esa idea—. Recuerdo muy bien que solo uno de ellos me atacó. Aunque siempre culpé a ese otro muchacho por no hacer nada por ayudarme. Pero ahora que conozco tu punto de vista y la historia completa, entiendo que debías de estar asustado y no supiste cómo reaccionar. Pero no olvides que aunque

fuiste uno de mis atacantes, también fuiste el que comprendió que aquello no estaba bien y te convertiste en mi salvador.

Mientras hablaba, Anne se dio cuenta de que era verdad todo lo que decía. No podía guardar rencor a lord Hastings. Él solo había querido asustarla y no supo reaccionar cuando su amigo la agredió.

Pero había una gran diferencia entre lord Kendrick y lord Hastings. Este último sí intervino para protegerla, reconociendo que era terrible lo que estaban haciendo. Sin embargo, lord Kendrick no solo había demostrado ser un cobarde al agredir a una mujer, sino que nunca se había arrepentido de lo que había hecho y del daño que había causado.

—No te compares con ese monstruo. Tú no eres como él —terminó por decir *lady* Anne, apartando con sus palabras el peso que durante años Christian había sentido en su pecho y su alma.

—Agradezco que no me veas como a Kendrick, porque te prometo que no lo soy. —Tras suspirar, Christian dejó escapar un pensamiento—. Ahora lamento habérmelo callado durante tanto tiempo.

—Quizá yo no habría estado preparada para saber escuchar y entender tu punto de vista. Siempre creí que había sido otro muchacho quien me salvó. Nunca pensé que uno de los atacantes fuera otra víctima de ese monstruo, y que tuvo que enfrentarse a su temor para salvarme.

Lady Anne extendió su mano para tocar el rostro de Christian.

—Siempre quise saber quién fue el héroe que me salvó.

—No soy ningún héroe —afirmó Christian, apreciando la caricia en su mejilla.

—Para mí sí lo fuiste. Me apartaste de ese canalla, me diste consuelo y me llevaste a un lugar seguro. Hiciste mucho por mí, aunque no te dieras cuanta de ello. —Ella lo abrazó, dejándolo perplejo. Pero no iba a cuestionar su buena suerte y la abrazó con fuerza, rezando para que no fuera un sueño.

—¿Podrás perdonarme algún día? —se atrevió a preguntar Christian, a pesar de que temía la respuesta de Anne.

Por un instante que a él le pareció eterno, ella calló.

—No podría perdonarte si me hubieras atacado con el fin de dañarme o no hubieras intervenido para ayudarme —dijo Anne al fin —. Pero cuando comprendiste que no iba a detenerse, me rescataste de él. Además, creo que ya has sufrido tu castigo al cargar con la culpa durante todos estos años.

Lady Anne se aferró a él, dejando libres los sentimientos que antes había descartado y que ahora regresaban con más fuerza. Antes de conocer su implicación en su accidente ya lo amaba, pues sabía que era un hombre noble, gentil y tierno. Pero ahora, también sabía que poseía un gran corazón, capaz de amar profundamente.

—Yo... Anne, no sé qué decir. ¿Puedes perdonarme de verdad? —preguntó Christian, incrédulo.

Ella asintió con una sonrisa.

—Puedo hacerlo, ahora que sé la verdad. Y quiero que me hagas una promesa —le pidió, pero no esperó a que él accediera—. Quiero que dejes el pasado atrás y nunca más te sientas culpable. Todo está olvidado. No hay necesidad de más dolor.

—¿Aunque te quitara la vista y con ello la vida que merecías? — Aún había pesar en su voz, y *lady* Anne se propuso apartarlo de él para siempre.

—Entonces tendrás que permanecer a mi lado —dijo ella—. Así te asegurarás de que sea feliz y me darás todo el amor que seas capaz de ofrecerme.

Christian la observó y vio la sonrisa que iluminaba su rostro. Era cierto lo que había escuchado. Ella lo perdonaba y le estaba pidiendo que pasaran el resto de su vida juntos. Y por si su mente se negaba a creerlo, sus brazos rodeando su cuello o la dulzura y felicidad de su cara, así se lo decían.

—¿Ese será mi castigo? Porque quiero que sepas que lo que más

deseo en esta vida es estar contigo y darte todo mi amor.

Ella sonrió y se aferró con más fuerza a él, con lágrimas de felicidad rodando por sus mejillas.

—Entonces, que así sea.

Christian comprendió que ella le estaba dando una segunda oportunidad, y no estaba dispuesto a perderla. La aferró con fuerza y la besó con toda la pasión que su corazón albergaba. La amaba, y estaba dispuesto a pasar el resto de su vida haciéndola feliz y dándole todo lo que ella le pidiera.

Pero también entendió que el perdón que ella le ofrecía provenía de su amor por él. Un amor que no estaba seguro de merecer, pero que agradecía por tenerlo.

Había encontrado su felicidad en ese momento y en el recuerdo de todo lo que habían compartido. Este podría ser un nuevo comienzo. Los recuerdos del pasado perdurarían, aunque permanecieran ocultos, pero el futuro podría ser brillante.

—Aunque antes debes hacerme la pregunta que tanto he deseado escuchar —dijo ella, respirando profundamente.

Por un segundo, Christian no supo a qué se refería ella, hasta que vio el brillo en su mirada. Sin más dudas ni temores, se arrodilló ante Anne y tomó su mano entre las suyas.

—Cuando me echaste de tu casa, pensé que te había perdido para siempre. Nunca imaginé que sería tan dura la perspectiva de estar sin ti, pero hoy me has devuelto la esperanza. Anne, eres el amor de mi vida y haré todo lo que esté en mis manos para hacerte feliz. ¿Quieres casarte conmigo?

Anne fue incapaz de contener la felicidad que ahora sentía y contestó entre risas.

—Sí, me casaré contigo porque también te amo, y no soporto la idea de pasar un día más sin ti.

Acto seguido, Christian se puso en pie y la abrazó con fuerza, para después besarla y girar con ella en sus brazos. No había cabida en

esos momentos para más palabras, pues sus besos y abrazos hablaban por ellos.

Se amaban, lo habían confesado, como también habían manifestado su deseo de estar juntos y empezar de cero. Nunca olvidarían el pasado, al ser ya parte de ellos, pero sí podían comenzar de nuevo. Sin mentiras, sin secretos, sin miedos. Solo con el amor que había en sus corazones.

El carraspeo tras ellos les devolvió a la realidad, al darse cuenta de que no estaban solos. Aunque fue el grito de una mujer lo que les hizo girarse hacia la puerta.

Bajo el umbral, un grupo de personas los estaban contemplando con la boca abierta, mientras ellos se cogían de la mano, dispuestos a enfrentarse juntos a cualquier inconveniente que se les antepusiera.

—Anne, tus padres, tu hermano y mi amigo Jeremy acaban de llegar —le informó Christian, ya que ella no podía verlos—. Y no parecen muy contentos —añadió en un susurro.

Capítulo 25

El grito de sorpresa de su madre le bastó a Anne para imaginarse la escena. En su mente, vio a sus padres y a su hermano observándola con asombro, con miradas interrogantes en sus rostros, así como a un cohibido señor Lawson, inquieto por haberle ofrecido su carruaje y haberle dado tiempo hasta revelar su paradero.

Esperó a que la reprendieran, al haber salido sin permiso para dirigirse a la casa de un caballero soltero, más aún siendo este hombre el causante de su ceguera. Entre otras cosas.

Pero ellos no sabían la verdad, y Anne estaba más que dispuesta a dársela y a defender a lord Hastings.

—Anne, ¿qué estás haciendo en casa de lord Hastings? ¿Y por qué lo estabas abrazando? —preguntó su padre, como portavoz de la familia.

—Yo… siento haberos preocupado, pero debía hablar con él.

Su madre se apresuró a acercarse a ella y a comprobar que estaba bien. A Christian le molestó su escrutinio, al indicar que pensaban que era capaz de ocasionarle algún mal.

—Estoy bien, mamá —le aseguró Anne, consiguiendo que su madre se sintiera más tranquila.

—No entendemos nada, hija —dijo su padre—. Creía que odiabas a este hombre por lo que te hizo. —El conde no hacía nada más que mirar a su hija y a lord Hastings, para después observar a Jeremy, que estaba demasiado tranquilo, y por último al señor Lawson, que permanecía en un segundo plano—. ¿Tú sabes algo,

verdad? —le preguntó a Jeremy, pues desde que este había aparecido con Collins, sospechaba que ambos habían tramado algo.

—Como ya te dije en casa, prefiero que sean ellos quien te lo cuenten.

—Entonces, que alguien me explique lo que está sucediendo —ordenó lord Lodwood con impaciencia.

A Anne le molestaba que no confiaran en su capacidad para tomar decisiones sensatas, pero se dijo a sí misma que no debía culparlos, ya que siempre habían tratado de protegerla. Incluso cuando no era necesario, como ahora era el caso.

—Os conté que lord Kendrick y lord Hastings me atacaron, pero no dejé que este terminara de contarme toda la historia —comenzó a decir Anne.

—¿Qué más debía contarte? Es un sinvergüenza por lo que te hizo —la interrumpió su padre.

—Deja que siga hablando —intervino *lady* Lodwood, sorprendiendo a todos. Pero, como madre, había visto el cambio en su hija, que seguía cogida de la mano de Christian.

Ella conocía a Anne, y sabía que nunca le daría su afecto a un hombre que no se lo mereciera, y si había vuelto a confiar en lord Hastings, era porque había algo más que ellos desconocían.

—En realidad, él nunca pretendió dañarme, solo darme un susto, pero lord Kendrick tenía otros planes.

Durante veinte minutos, Anne volvió a relatar cómo lord Hastings se interpuso entre lord Kendrick y ella, y la culpa que él había soportado todo este tiempo.

—Puede que lord Hastings cometiera un error al iniciar todo el asunto, pero sus intenciones nunca fueron malas. Además, fue él quien me apartó de ese hombre, y estoy segura de que le debo la vida.

—¿Fue lord Hastings quien te salvó? ¿El chico del que nos hablaste? —preguntó su padre, y Anne asintió.

—Se dio cuenta de su error y trató de rectificarlo. Él me libró de

lord Kendrick y me llevó a casa —explicó Anne, deseando poder ver para mirar a Christian.

Lady Lodwood jadeó y contempló a un Christian visiblemente avergonzado, pero con la cabeza en alto.

—Creo que les debo una explicación a todos —dijo él.

—Y puedes estar seguro de que lo harás, pero ahora lo que de veras quiero saber es qué piensa hacer mi hija al respecto —declaró lord Lodwood, al notar que Anne permanecía junto a lord Hastings.

—Quiero que sepas que yo te apoyaré en lo que decidas, hermana —dijo Jeremy—. Aunque, como mi padre ha dicho, eso no resta que tengamos una conversación pendiente con lord Hastings.

Anne estuvo a punto de protestar, al ser evidente que querían intimidar a Christian, pero pensó que debía agradecerles que no hubieran entrando dando golpes sin dar tiempo a las explicaciones.

Christian soltó la mano de Anne y dio un paso hacia adelante.

—Sé que deben de pensar en mí en los peores términos posibles. Pero quiero que sepan la sinceridad de mis sentimientos por *lady* Anne. Estoy enamorado de ella y le he pedido que se case conmigo —afirmó, dejando a todos paralizados.

De pronto, toda la familia de Anne comenzó a hablar a la vez, sin que se pudiera entender lo que decían. Su padre gritaba sobre lo imposible de esa relación, mientras su madre reprendía a Anne, y Jeremy se había vuelto hacia Collins, tal vez para culparle o decirle que esto no estaba en sus planes, a lo que su amigo reaccionó mostrándole una sonrisa satisfecha.

Anne no podía verlos, aunque comprendía perfectamente sus inquietudes. Pero sabía lo que quería y, si ella había perdonado a lord Hastings, su familia también tendría que hacerlo.

Decidida a defender siempre a su futuro esposo, se adelantó para colocarse a su lado y deslizó su brazo sobre el de él para enfrentarse juntos a su familia.

—Y me complace decir que he aceptado. Vamos a casarnos, y no

voy a escuchar una palabra en contra.

Tras su declaración, la sala quedó en absoluto silencio, y Anne aprovechó para continuar hablando.

—Siempre habéis querido que sea feliz. Pues os aseguro que solo podré serlo como su esposa.

—Pero... no puedes... ¡Oh! —exclamó su padre.

—¿Estás segura, hija? —preguntó su madre, colocándose frente a ella.

Necesitaba ver por sí misma que su pequeña había tomado la decisión guiada por su corazón, y que lord Hastings también sentía lo mismo. No hizo falta observar mucho para ser testigo del amor que ambos se tenían y de cómo había una especia de aura que los rodeaba y los hacía sentirse felices y convencidos de su decisión.

—Lo estoy, mamá. —Y su madre no tuvo ninguna duda al respecto. Tampoco la tuvo respecto a que ella sería feliz junto a ese hombre, al palparse el amor que él también sentía por su hija.

—En ese caso, no hay ninguna objeción por mi parte —aseguró *lady* Lodwood, dejando a su marido boquiabierto.

—¿Estás segura de ello? —le preguntó lord Lodwood a su esposa, y al ver cómo esta asentía, se tranquilizó y comenzó a mirar a lord Hastings con otros ojos. Tal vez queriendo ver en él lo que su esposa había visto.

—¿Tú no tienes nada que decir, hermano? —preguntó Anne.

Jeremy miró a Collins, quien se encogió de hombros.

—Se quieren —respondió este.

Luego, Jeremy volvió a mirar a su hermana, que esperaba impaciente su respuesta, al igual que lord Hastings.

—Maldita sea. —Jeremy se llevó la mano a su cabeza y se la pasó por su cabello—. ¿Quién soy yo para decirte lo que puedes o no puedes hacer? Si le quieres, pues adelante. Además, después de la paliza que le dio a lord Kendrick, no me apetecería enfrentarme a él.

Jeremy se adelantó y extendió su mano a Christian. Este no dudó y se la estrechó con una sonrisa. Aunque Jeremy todavía tenía algo que decir, y le habló en un susurro para que solo Christian lo escuchara.

—Pero si le haces daño a mi hermana…

El carraspeo de Collins impidió que Jeremy continuara con su amenaza, y por fin abrazó a su hermana.

Un reticente lord Lodwood también le estrechó la mano con miles de preguntas y dudas en sus ojos. Christian sabía que desconfiaba de él y que tendría que demostrarle que amaba a su hija y la haría feliz.

Mientras, la madre de Anne la abrazaba y, para sorpresa de todos, también abrazó a Christian.

—Cuídela —le pidió—. He sido testigo de cómo sufría estos días y de cómo ahora parece más feliz de lo que nunca la he llegado a ver. No deje que vuelva a sufrir por su culpa.

—Le prometo que la cuidaré y la amaré como ella se merece.

Lady Lodwood asintió y se alejó para ponerse al lado de su esposo quien, tras escucharlos, se tranquilizó.

Christian sentía que su pecho iba a estallar de felicidad cuando se giró hacia Anne y la vio llorando. Olvidándose de todos, se le acercó y enmarcó su rostro entre sus manos.

—¿Por qué lloras? —le preguntó con voz dulce.

—Porque soy feliz —respondió ella.

Christian sonrió y volvió a besarla, dejando atrás las voces de su familia mientras hablaban con Collins.

De pronto, otra voz se impuso sobre la de los presentes, exclamando casi en un grito para hacerse oír.

—¡Bueno, ahora solo queda organizar la boda!

La intervención de Doris sorprendió a todos durante unos segundos, y luego rompieron a reír, olvidando toda la tensión vivida

en los últimos días.

Tanto Anne como Christian habían pasado por mucho hasta poder estar juntos, pero ahora que se sentían reconfortados el uno en brazos del otro, se daban cuenta de que todo había valido la pena.

Mientras, Collins le guiñaba un ojo a Doris, quien alzó la cabeza y le dio la espalda para después sonreír coqueta.

Puede que el amor lo venciera todo, pero no había nada malo en ayudarlo a ganar… de vez en cuando.

Epílogo

Dos meses después.

«Marido».

Era una palabra nueva para Anne, y muy querida. Quería pronunciarla una y otra vez en voz alta, hasta que no hubiera la mínima duda de que ese mismo día se había casado con el hombre que amaba.

—Creo que ya estás lista —dijo Doris tras haberle cepillado el cabello suelto por su espalda.

Anne asintió, confiando en que Doris la había dejado perfecta. Y así era. Su cabello rubio le llovía por los hombros dándole un halo de dulzura que a su esposo le resultaría imposible de resistir.

La blancura de su piel hacía juego con el camisón de seda de un rosa pálido que se pegaba a su figura como una segunda piel. Pero lo que más hermosa la hacía era la expresión de felicidad de su rostro.

Anne estaba nerviosa, pero asintió a Doris para que se marchara. Sabía que Collins la estaría esperando, al estar últimamente siempre juntos. Anne sonrió, pues según le aseguró Christian, en breve su amigo Collins le pediría a Doris que se casara con él.

Anne no podía estar más feliz por ella. Sobre todo, porque la vicaría de Collins estaba cerca de su nueva residencia y la de su esposo, y podría seguir siendo su doncella. Sin ella se sentiría

completamente perdida, pero tampoco quería impedir la felicidad de su amiga. Por lo que la boda entre Collins y Doris parecía un milagro caído del cielo, propiciado por su nuevo esposo.

Según palabras de Christian, «una venganza justa para compensar los esfuerzos de estos por unirlos».

Sonriendo, Anne volvió a recordar su maravillosa boda, en la que toda su familia había estado a su lado, y cómo todo había sido dispuesto siguiendo sus instrucciones para tener una visión mental de lo que había a su alrededor.

—Me retiro antes de que llegue su esposo —dijo Doris antes de marcharse y dejar a Anne a solas con sus recuerdos.

Desde que había amanecido, estaba como en una nube, sin poder creer que tanta felicidad fuera posible.

«Esposo», repitió Anne para sí misma, con una sonrisa más profunda.

Por fin, Christian era suyo, y ella de él.

Pensó que esa noche sería su noche de bodas y enrojeció. Estaba esperando a Christian en el dormitorio de la residencia de este en Londres, y solo esperaba que su madre y su hermana estuvieran en una habitación lo bastante apartada como para no escuchar nada inapropiado.

Doris ya la había avisado del placer que podía esperar esa noche, y estaba impaciente por descubrir si era cierto todo lo que le había contado. No como su madre, quien, tartamudeando, comenzó a hablarle hasta que Anne la detuvo para decirle que Doris ya se había ocupado de ello.

Aún no estaba segura de cuál de las dos se había sentido más aliviada, pues la incomodidad de su madre también la estaba afectando.

Por otro lado, la madre de Christian resultó ser una mujer encantadora que se mostraba muy feliz por el matrimonio de su hijo. Y respecto a su cuñada, Anne solo podía decir que era una muchacha

dulce y adorable a la que ya tenía cariño.

Anne recordó que al día siguiente se marcharían todos juntos a la residencia campestre de su esposo en Kent, la cual ya casi conocía, al haber escuchado sobre ella mil descripciones.

Sonó un golpe en la puerta y Anne no tuvo ninguna duda de que se trataba de Christian.

—Adelante —dijo ella sonriendo y de pie frente a la puerta para que él la viese en cuanto entrara.

A Anne le habría encantado observar su expresión, pero tuvo que conformarse con escuchar la respiración alterada en el pecho de Christian y cómo su corazón latía desbocado.

—Estás preciosa, *lady* Hastings —dijo él con la boca seca antes de cerrar la puerta tras él.

Al advertir que él se acercaba, la respiración de Anne también se aceleró. Después, con él frente a ella, Anne notó como pasaba él sus grandes manos por su cintura lentamente, atrayéndola hacia sí.

—Me gusta cómo suena *lady* Hastings en tu boca —le susurró ella mientras le rodeaba el cuello con sus brazos, con sus suaves curvas buscando los implacables planos masculinos de su cuerpo. Él irradiaba calor, su delicioso aroma a almizcle, ámbar y limón hacía que un trino de deseo se instalara entre sus muslos.

—A mí también me gusta. —Por un instante, Anne no supo muy bien a qué se refería él, si a cómo sonaba su nombre, o al roce de sus cuerpos.

Cuando Christian posó sus labios sobre los de ella, toda noción de cordura desapareció de su mente.

La besó con dulzura, haciendo que Anne abriera la boca, y luego sumergió la lengua en su interior.

Christian pasó su mano de la cintura de ella a la cara, y se retiró, mirándola, devorándola con su brillante mirada.

—Gracias —dijo él.

Sus labios se estremecieron con su beso, y ella quiso más.

—¿Por qué?

Él le besó la punta de la nariz, sin apartar sus ojos de los de ella.

—Por perdonarme cuando no lo merecía. Por casarte conmigo cuando no soy digno de ti. Sé que no fue fácil escuchar mi punto de vista ni entender al pobre muchacho que yo era hace doce años, pero comprendiste mi miedo y mi culpa. Por eso, y porque te amo con locura, te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para hacerte feliz.

Miró a los ojos de su esposa, que observaban al vacío, y deseó que pudiera ver el amor que emanaba de los suyos. Pero ella lo sorprendió besándolo para después ofrecerle una deslumbrante mirada.

—No podría pedir una vida mejor. Me he casado con el hombre al que amo y sé que tengo tu corazón. ¿Qué más podría desear?

—Desearía darte la vista —dijo Christian, con dolor en su voz.

—Y puedo ver. Puedo hacerlo a través de tus ojos y de los de mi familia, y de los de todas las personas que amo y me aman y, con el tiempo…, también podré hacerlo a través de los ojos de nuestros hijos.

La expresión de Christian se volvió feroz y la abrazó con fuerza.

—La amo, *lady* Hastings.

Anne pasó los dedos por su espesa y oscura cabellera, dejando que un sedoso mechón volviera suavemente a su frente.

—Te amo, Christian.

Al escuchar su nombre en la boca de ella, Christian se estremeció y le pasó suavemente el pulgar por el labio inferior.

—Me encanta cómo suena mi nombre en tus labios.

Un rubor delicioso subió a las mejillas de Anne, para después ofrecerle una coqueta sonrisa.

—Demuéstrame cómo te gusta.

Sin pensárselo dos veces, sus labios volvieron a encontrarse con los de ella para después susurrarle:

—Con mucho gusto. —Antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo, él la cogió en brazos y se la llevó a la cama. Mientras, ella enterró su cara contra su pecho, escuchando el galope de su corazón.

Christian la colocó de pie con delicadeza junto a la cama, y entonces su boca se posó sobre la de ella, feroz y hambrienta. Sus manos recorrieron sus cuerpos, tirando de los nudos, desechando la seda, hasta que no hubo más barreras entre ellos. Y entonces, él la tumbó sobre su cama.

Christian se detuvo un momento para deleitarse con la gloriosa visión de Anne desnuda sobre su cama, antes de que él se colocara a los pies de ella, acomodándose de rodillas entre sus muslos.

—Eres preciosa, y quiero mostrarte las partes de tu cuerpo que me vuelven loco.

Despacio, dejó caer un beso sobre su cuello.

—Aquí. —Siguió bajando hasta que depositó un suave beso en su pecho—. Aquí. —Besó un pezón, adorándolo, para después deleitarse en el otro—. Aquí también. —Volvió a besarla en el vientre, encendiéndola a su paso.

Continuó besándola por los muslos y las piernas, para después subir de nuevo hasta que depositó su último beso en su montículo.

—Y sobre todo aquí.

Los jadeos se le escaparon a Anne mientras él chupaba el capullo oculto, provocando un tenso estallido de exquisito placer en ella. El dedo de él se deslizó por sus pliegues, tanteando suavemente su entrada mientras chupaba, lamía y mordisqueaba, llevándola a un frenesí. Necesitándolo dentro de ella.

Giró las caderas sobre la cama y él le dio lo que quería, su dedo deslizándose húmedamente hasta el límite. Pero no era suficiente. Él pareció percibir su creciente necesidad y añadió un segundo dedo,

utilizando suavemente sus dientes. Su núcleo se contrajo al instante, y una serie de espasmos gratificantes la sacudieron mientras se consumía.

Christian volvió a besarla por encima de las costillas y los senos. La besó por encima de su corazón, que latía con locura.

—Pero es tu corazón lo que más me gusta de ti —murmuró él contra su piel.

Ella lo acarició por todas partes. Sus hombros, su pecho, y luego se atrevió a meter la mano entre sus muslos, tomándolo entre sus piernas. Estaba caliente y firme, su piel era sorprendentemente sedosa. Tocar su rígida hombría hizo que un nuevo dolor palpitara en su interior, un nuevo ataque de necesidad.

El aliento de él salió sibilante, revoloteando sobre su carne.

—Maldita sea, mujer, vas a conseguir que me derrame en tu mano.

Ella sonrió satisfecha y continuó dándole placer en su miembro, cada vez más hinchado y caliente.

Él le besó la garganta, recorrió un camino hasta su oreja, mordisqueándola, hasta que ella se estremeció. Su gran cuerpo estaba encima del suyo, un peso bienvenido que la presionaba contra la cama.

Anne seguía deslizando su mano sobre él, hacia arriba y hacia abajo, disfrutando de su capacidad para hacerle gemir y mecerse contra ella.

—Te quiero —dijo Christian mientras le pasaba los labios por la mandíbula.

Se encontraron en un beso, con la boca abierta y voraz, con las lenguas enredadas. Ella se saboreó a sí misma en su lengua, sintiendo un estremecimiento de placer al recordar las sensaciones que esta le habían proporcionado. Quería consumirlo y ser consumida por él a la vez.

Él rompió el beso, presionando su frente contra la de ella

mientras le apartaba la mano de su miembro.

—Quiero estar dentro de ti.

Su súplica la conmovió y dejó que él la guiara. Como uno solo, se movieron a la vez. Su polla se deslizó dentro de ella. Un empujón de sus caderas, y se enterró en su interior tan profundamente como pudo. Anne estaba llena de él, estirada, pero no hubo ningún pellizco de dolor, solo el dulce torrente de un placer ilimitado.

Christian volvió a sellar sus bocas, y fue el beso de la posesión. El beso que decía que ella era suya y él era suyo. Era el beso que decía que ambos habían encontrado por fin su hogar en el otro.

Christian flexionó las caderas, iniciando un ritmo tortuosamente lento al principio, permitiendo que el cuerpo de ella se acomodara a su tamaño. Cuando Anne se arqueó contra él, exigiendo más, más rápido, Christian obedeció, empujando dentro y fuera. Eran uno. Los dedos de él se clavaron en el sensible capullo que ya había complacido tanto, y eso fue todo lo que ella necesitaba.

Ella gritó en su clímax, apretándose a él, llevándolo más adentro. Él se hundió dentro de ella más rápido, con más fuerza, siguiendo las ondas de su placer, hasta que llegó a su liberación. Se corrió con una descarga caliente dentro de ella, mientras Anne se aferraba a él, con sus corazones latiendo juntos.

—Te quiero —dijo Anne cuando por fin recuperó el aliento.

Él la besó lentamente, regodeándose en el placer de su cuerpo y de sus palabras.

—Te amo, Anne, y nunca dejaré de amarte.

Siguiente libro de la serie

Un amor que surge de improvisto.

Dos hermanas que aman al mismo hombre.

Un hombre enamorado perdidamente de una de ellas.

A sus veinte años, la señorita Jennifer Lambert no había conocido el amor, hasta su encuentro con lord Barrington. Un conde apuesto que le roba el corazón y le hace soñar que, a pesar de la cicatriz que la desfigura y de ser una solterona, para ella también es posible la felicidad conyugal.

Hasta que lord Barrington conoce a su hermana Kristen y todos los sueños de Jennifer se vienen abajo. El hombre al que ama en secreto solo tiene ojos para su hermana y esta le devuelve su afecto.

Jennifer estará tan cegada por los celos, que todo su interés se centrará en separarles, sin percatarse de que otro hombre busca su compañía. Pero alguien más les pondrá a prueba, sin importarle las consecuencias.

Enredos, desafíos, celos, trampas que afrontar y amores que descubrir, son los ingredientes de la tercera novela de la serie Damas imperfectas.

¡No puedes perdértela!

EXTRACTO

Capítulo 1

«Los cisnes, con su belleza estrafalaria y sucia, siempre me dan la impresión de mantener una fachada de indiferencia tras la cual realmente viven una tortura de timidez y duda».

John Banville

Londres, 1818

Lady Jennifer Lambert no estaba acostumbrada a destacar. No cuando su hermana pequeña Kristen era una joven extraordinaria, no solo por su belleza o su buen corazón, sino por sus innumerables talentos. Pero a Jennifer eso nunca le había importado. Amaba a su hermana y nunca había sentido celos de ella, aunque, en ocasiones como la de esta noche, quisiera parecerse a ella.

Esta noche, Jennifer asistiría al baile de la duquesa viuda de Pembroke, y quería parecer bella.

Se miró en el espejo de su habitación y vio un sencillo y poco

llamativo rostro. Su cabello era rubio oscuro, el cual solía recoger en un moño, y sus ojos azules eran fieles reflejos de los de su madre. Por desgracia, no tenía ningún otro parecido con su bella madre, ya que su cuerpo era alto y robusto, como solía ser costumbre en la rama de su familia paterna. Por todo esto, no había nada en ella que recordara a la delicada belleza inglesa ni que la hiciera destacar entre el esto de las damas. Todo lo contrario que su hermana, que deslumbraba allí donde fuera.

Pero eso no significaba que Jennifer fuera fea. Lo que realmente estropeaba su rostro era la cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda y que resultaba imposible de ocultar.

Jennifer se giró en el espejo y su ánimo desapareció. Allí estaba la odiosa cicatriz. Llevaba once años sufriendo su visión pero, sobre todo, soportando las burlas, los desplantes y los murmullos que, desde el accidente y su desfiguración, la habían acompañado.

Suspiró y bajó la mirada hacia su precioso vestido azul pálido. Se ceñía perfectamente a su cuerpo, al ser de seda, y se ondulaba a su alrededor cada vez que ella se movía. El escote era profundo, mostrando la longitud de su cuello y remarcando sus pechos.

Era un vestido confeccionado para llamar la atención, y Jennifer se cuestionó si había hecho bien en encargarlo.

Su mayor propósito al asistir a una velada siempre era pasar desapercibida, pero esa noche quería que todo fuera diferente. Había escuchado de boca de su madre que lord Nash Barrington asistiría al baile de lady Albray, y deseaba volver a verlo.

Jennifer sonrió al recordar cómo hacía dos semanas, cuando acompañaba a su padre a su despacho, se habían encontrado con lord Barrington y este había sido muy amable al recogerle el guante cuando a ella se le cayó al suelo.

Pero esto no había sido lo mejor del encuentro.

Lord Barrington no la había mirado con asco o sorpresa, sino que le había sonreído y había sido muy amable con ella mientras su padre se la presentaba. Jennifer no recordaba haber conocido a un caballero que no hiciera al menos una mueca al mirarla a la cara, por lo que no era de extrañar que, de inmediato, se hubiera enamorado del apuesto joven.

—Lord Barrington… —suspiró Jennifer mientras recordaba sus increíbles ojos verdes y su cabello negro—. Ojalá esta noche nos volvamos a ver y me pida un baile.

Jennifer comenzó a balancearse como si estuviera bailando con el caballero, hasta que la puerta de su habitación se abrió y entró su hermana.

—Estás preciosa, Jenny —le dijo Kristen sin dudar, a la vez que se acercaba y la miraba con atención—. Y el vestido te queda de maravilla.

Jennifer contempló a su hermana y se quedó sin habla ante su apariencia. Estaba simplemente preciosa.

Peinada a la última moda, y con un vestido también de seda que parecía confeccionado por hadas, se la veía espectacular.

—Tú sí que estás preciosa —respondió Jennifer con una sonrisa.

—Esta noche, ninguna de las dos dejará de bailar. Ya lo verás.

Jennifer lo dudaba, pero su hermana estaba tan convencida y parecía tan feliz, que no quería desilusionarla. Incluso el buen humor de Kristen comenzó a contagiar a Jennifer, consiguiendo que olvidara lo mucho que odiaba estos bailes.

A sus veinte años de edad, ya había asistido a un buen número de eventos y, tras recibir el apodo de «la solterona desfigurada», se resistía a acudir a ellos. Todo lo contrario que Kristen, pues a sus diecisiete años, comenzaba a experimentar los encantos que los salones de baile podían mostrarle a una jovencita de exquisita belleza y cuantiosa dote.

Todo ello gracias a su padre, el señor Walter Lambert. Un caballero destacado de la sociedad, gracias a las amistades, los contactos y su enorme fortuna, lo que le facilitaba la aceptación en los círculos más selectos.

Esta noche, Jennifer estaba dispuesta a dejar atrás sus recelos, y dejarse llevar por el buen humor de su hermana. Estaba segura de que tras este baile, su vida cambiaría, al poder contar por fin con alguien que no la viera como a un monstruo.

—No sé si bailaré mucho, Kristi, pero te puedo asegurar que tu tarjeta de baile no tardará ni un minuto en estar completa.

Kristen se ruborizó y sonrió soñadora, como si estuviera ya en la pista de baile. Jennifer lo entendía, al ser su hermana tan joven, y se propuso conseguir que esa noche nada eclipsara la felicidad de la muchacha.

—¡¿Cómo que no bailarás mucho?! Claro que tú también recibirás muchas invitaciones.

La sonrisa de Jennifer se apagó y Kristen supo que su hermana estaba recordando las humillaciones que en ocasiones había soportado por parte de otros invitados.

Todo por la cicatriz de su rostro.

—Verás cómo esta noche será diferente —aseguró Kristen mientras le cogía las manos a su hermana.

Jennifer no quería entristecerse. No quería que su hermana se preocupara por ella ni que perdiera la ilusión por este baile. La cicatriz era suya y, por consiguiente, era también su problema. No podía permitir que Kristen desaprovechara la oportunidad de conseguir marido o, por lo menos, de pasar una velada encantadora.

—Tienes razón. Esta noche será diferente.

Tenía que serlo. Tenía que volver a ver a lord Barrington y descubrir que, también para ella, había una oportunidad de ser feliz.

Las dos hermanas sonrieron con las manos aún unidas. Jennifer amaba a su familia, pero su hermana pequeña era todo para ella. Era su luz en una vida llena de oscuridad, soledad y tristeza y, si no fuera por ella, Jennifer estaba segura de que ya se habría rendido y solo sería una sombra de lo que era ahora.

—Te quiero, Kristen, y tienes que prometerme que esta noche serás feliz.

—Claro, Jenny. Las dos lo seremos —dijo convencida, pues para

Kristen no podía existir la felicidad si ambas no sonreían. Era como si se negara a ver la cicatriz de su rostro y viera a su hermana como a una muchacha más. Pero Jennifer sabía que eso no era posible.

En ese momento, justo antes de que a Jennifer le costara mantener las lágrimas a raya, se abrió la puerta de la habitación y apareció su madre.

—Niñas, ¿estáis listas? —preguntó la señora Margaret Lambert, visiblemente nerviosa—. Sí no bajamos pronto, vuestro padre va a comenzar a enfadarse. Y ya sabéis lo insufrible que se pone cuando se enoja.

Ambas hermanas se miraron y sonrieron, al saber que era la excusa que siempre utilizaba su madre. En realidad, su padre estaría distraído tomándose una copa en su estudio, mientras esperaba a que sus mujeres bajaran.

Walter era ante todo un fiel devoto de su familia, que amaba a sus hijas y cuyo carácter tranquilo y risueño contrastaba bastante con el nerviosismo y la rigidez de su esposa.

—No te preocupes, mamá. Ya estamos preparadas —le aseguró Jennifer, tratando de esconder su inquietud.

—¿Dónde está tu doncella, Jennifer? Te faltan los guantes y no puedes presentarte en el baile con las manos al descubierto —dijo mientras examinaba su apariencia.

—Ella…

Pero su madre ya no le prestaba atención, al estar centrada en Kristen, su perfecta hija menor, que siempre estaba impecable.

—Kristen, estás encantadora.

—Gracias, mamá, pero creo que Jenny esta noche es la más hermosa de todas —aseguró sonriendo a su hermana con amor.

—Claro, Kristen, claro… —En cambio, su madre no parecía convencida de sus palabras. No por falta de amor a su hija, sino porque, desde el accidente, era como si se negara a admitir que Jennifer había quedado marcada. Como si eso fuera un error imperdonable que se reprochaba cada vez que la miraba a la cara, pensando en lo sola que se sentía su hija mayor.

Por suerte, justo entonces entró Fanny con los guantes perfectamente planchados, y Jennifer suspiró.

—Menos mal que estás aquí, muchacha. Dale los guantes a Jennifer antes de que lleguemos demasiado tarde.

Fanny se acercó a Jennifer sonriéndole y, tras guiñarle un ojo, le hizo una reverencia, como solía exigir su madre, y luego le entregó los guantes.

—Espero que se diviertan, señoritas —dijo Fanny mientras las damas comenzaban a salir de la habitación.

Jennifer se quedó rezagada y, tras asegurarse de que nadie la escuchaba, le susurró a su doncella Fanny.

—Recuerda conseguirme un vasito de algo fuerte para cuando regrese. Creo que esta noche lo voy a necesitar.

Fanny asintió, al saber lo mucho que su señorita sufría con estos eventos por culpa de los desplantes de los invitados.

—No se preocupe. Solo trate de divertirse, que yo me preocuparé de todo lo demás.

Jennifer le sonrió y siguió a su madre y a su hermana por el corredor, mientras se repetía una y otra vez que asistía al baile por un buen motivo. Aunque eso no impediría que la noche se le hiciera muy larga.

Solo esperaba que lord Barrington mereciera el sacrificio que estaba haciendo para poder verlo de nuevo.

Capítulo 2

Lord James Barlow, duque de Pembroke llevaba horas de pie junto a su madre, recibiendo a sus invitados. Lady Octavia Pembroke había insistido en celebrar este baile para darse a conocer, después de que su hijo se hubiera convertido en el nuevo duque.

El padre de James había fallecido hacía solo seis meses, y él seguía considerándose más un usurpador que un heredero.

Pero su madre no estaba de acuerdo con esta idea y había insistido en que, a partir de ahora, James debía comportarse de forma responsable y, no solo relacionarse con la alta sociedad con su nuevo título, sino que además, debía encontrar esposa lo antes posible.

Agobiado, James había accedido a celebrar el baile, con la condición de dejar a un lado la opción del matrimonio. Aunque conociendo a su madre, estaba convencido de que ella no tardaría en recordarle sus deberes para con su título.

Por el momento, había sonreído hasta sentir dormido el rostro y, por lo que parecía, el último de los invitados ya había sido atendido.

—Si me disculpa, madre, necesito tomar una copa y reunirme con

Nash.

Octavia, hasta el momento sonriente, hizo una mueca al escuchar el nombre del amigo íntimo de su hijo.

—Sabes que no me gusta que te reúnas con esa clase de hombres. Ese es un conocido libertino, y debes cuidar tu nueva condición de duque.

James se enderezó, al no estar dispuesto a consentir que su madre interfiriera en sus asuntos privados. Desde la enfermedad y posterior muerte de su padre, le había consentido hacerlo, en deferencia al dolor que estaban experimentando. Pero James estaba empezando a cansarse de la intromisión de su madre y sabía que tarde o temprano tendría que tener una seria conversación con ella.

—Te recuerdo, madre, que conozco a Nash desde Eton y que ambos ostentamos un título. Por no mencionar que será marqués a la muerte de su padre.

—No puedes compararte con él, hijo —replicó ella, indignada—. Por el momento, él solo es conde, mientras que tú eres el nuevo duque de Pembroke.

Por respeto a su madre, James calló su reprimenda, pues no creía que debía elegir sus amistades por la importancia de su título, en vez de por su carácter. Pero su madre siempre había sido muy selecta con sus amigos, y le interesaba más la apariencia y el rango que la forma de ser de una persona.

A sus cuarenta y cinco años, ella seguía en la flor de la vida, aunque las canas habían comenzado a cubrir su cabello oscuro. Un

hecho que no le restaba belleza, al haber sido considerada desde su presentación en sociedad como la más hermosa de las damas.

Por ese motivo, la perfección era muy importante para ella, más aún en su hijo.

—Está bien, James, admitiré vuestra amistad al tratarse de un futuro marqués —concedió Octavia, viendo la obstinación en los ojos de su hijo—. Pero recuerda que debes iniciar el baile con lady Caroline.

James estuvo a punto de protestar. Había dejado de ser un niño hacía tiempo, pero guardó silencio, ya que no era el lugar ni el momento adecuado. Por no mencionar que se sentía cansado y aburrido tras haber pasado horas saludando y estrechando manos, así como inclinándose ante las damas y memorizando lo mejor posible todos los nombres y títulos.

Aunque, para Octavia, eso no era suficiente y le exigía aún más, llegando incluso a imponerle su pareja de baile.

Molesto, James miró a su madre, que sonreía a una de sus amistades y se mordió la lengua para no tener que contestarle. En su lugar, dejó atrás el impulso de ir a la biblioteca, cerrar la puerta y servirse un buen vaso de Oporto, optando por alejarse en busca de su amigo Nash.

Tras él escuchó el bufido de desaprobación de lady Pembroke, pero estaba cansado de sus imposiciones y no se dejaría influenciar por sus deseos.

Por suerte, en el gran salón de baile no tuvo problemas en

localizar a Nash, quien estaba esperándolo en la puerta de entrada.

—He creído que necesitarías a un amigo cerca cuando acabaras de sonreír tan efusivamente —dijo Nash con una sonrisa.

—Deja de burlarte, Nash, o el destino podría castigarte con ser el anfitrión de la siguiente velada.

Su amigo se puso serio de repente y abrió los ojos como platos.

—No digas eso ni en broma. Si antes le tenía pánico a esa posibilidad, al ver tu cara de angustia, no lo deseo más que un trago de jarabe de fresa.

Los dos hombres hicieron una mueca y llamaron de inmediato a un sirviente para que les sirviera una copa.

—Afortunadamente, ya pasó lo peor, y ahora solo tienes que disfrutar de la velada.

James apretó los labios y prefirió cambiar de tema.

—Me alegro de que llegaras del campo a tiempo para asistir al baile.

—Sabes que no me lo perdería por nada del mundo —dijo Nash —. Además, necesitaba cambiar de aires después de estar tantos días rodeado de vacas y granjeros.

James se rio, al conocer demasiado bien a su amigo. Sobre todo, su fama de libertino y su gusto por la ciudad y sus diversiones. Una diversión que se podía permitir, ya que contaba con la ayuda de su padre para administrar las propiedades cuando lo necesitaba. Una ayuda que, lamentablemente, James ya no tenía.

—Te envidio, ¿sabes? —dijo James—. Me encanta el campo, pero, por el momento, me tendré que quedar en Londres hasta que todos los asuntos de mi padre estén en orden. Además, no creo que mi madre soporte el aislamiento rural.

—Pues que se quede en la ciudad —repuso Nash sin ni siquiera parpadear.

—Eso confirma mis sospechas de que no conoces a las mujeres.

Nash alzó una ceja, como retándolo a que le confirmara sus conocimientos sobre el sexo femenino.

—No me refiero a conocerlas de la forma en que tú lo haces —dijo James—. Sino más bien que hace años que no tienes que lidiar con una madre ni soportar sus exigencias.

Ambos hombres permanecieron en silencio, al ser un tema duro para Nash.

Este había perdido a su madre a causa de un enfermedad infecciosa cuando era muy joven y, aunque no la recordaba mucho, de niño había echado en falta el consuelo de unos brazos maternales.

Su padre había intentado darle la seguridad y cariño, pero Nash siempre sintió un vacío que nadie supo llenar. Con los años, ese vacío se fue llenando con sus conquistas y la buena relación con su padre, pero eso no significaba que en el corazón de Nash no hubiese una herida abierta que la carencia de afecto fue acentuando.

James conocía muy bien a su amigo, pues había sido testigo en más de una ocasión de ese dolor, y cambió de tema antes de entristecerle.

—¿Has visto a alguien interesante? He contemplado tantos rostros en tan poco tiempo que podría haber venido el rey regente y no haberme enterado.

Nash miró hacia el gran salón y se encogió de hombros.

—Me parece que han venido los mismos de siempre. Aunque no soy el más indicado para recordarte quién es quién. Como sabes, cuando vengo a Londres no suelo frecuentar salones de baile donde haya jóvenes casaderas, y menos aún madres a la caza de un buen partido para su encantadora hija —dijo tratando de mostrar una sonrisa antes de terminar su bebida.

Los ojos verdes de James centellearon y ambos se encaminaron hacia el salón de baile, donde el sonido de la música indicaba que este estaba a punto de comenzar.

—Vamos, James, no queremos que las damas elegibles nos esperen demasiado tiempo.

James sonrió ante sus palabras, ya que su amigo siempre conseguía que todo pareciera más ameno, y esta noche no era una excepción.

Una vez dentro del salón de baile, y a pesar del tamaño de la multitud, James pudo respirar con alivio. Todo era perfecto, y el mayordomo, el señor Frost, parecía tener todo controlado. La única pega era que el baile estaba a punto de empezar, y él debía encontrar una pareja para inaugurarlo.

Frente a él vio a lady Caroline, que aunque era una mujer hermosa y amable, nunca había sentido más que afecto por ella.

James suspiró y se preguntó si debía conformarse con un matrimonio donde solo hubiera cariño, o si debía seguir buscando hasta encontrar el amor.

—¿Quién es esa mujer?

La pregunta de Nash hizo que James dejara a un lado sus pensamientos para seguir la mirada de su amigo.

No muy lejos de ellos, las hermanas Lambert hablaban entre ellas, y la más joven parecía visiblemente emocionada.

—Es la señorita Kristen Lambert. —James recordaba el nombre, ya que su familia había sido una de las últimas en llegar. También conocía a sus padres, a los que había visto en más eventos, además de que el señor Lambert era bastante conocido entre los hombres de negocios.

—Es preciosa —no pudo evitar decir su amigo mientras la contemplaba con embeleso.

A James le hizo gracia el interés de Nash, hasta que recordó su fama de libertino.

—Ten cuidado, viejo amigo, es evidente que es su primera Temporada, y no sería bueno para su reputación que la vieran con un disoluto como tú.

Su amigo se volvió enfadado hacía él, mostrando que sus palabras lo habían ofendido.

—No pretendo cortejarla para aprovecharme de sus encantos y después olvidarme de ella. Es indudable que se trata de una joven

inexperta y solo pretendo conocerla. Además, me he propuesto dejar de lado mis conquistas como libertino.

James alzó las cejas, sorprendido.

—¿A qué es debido ese cambio?

—A que mi padre ya es mayor y quiero que sus últimos años esté orgulloso de su hijo.

James asintió, sin querer profundizar más en el asunto, pues él mismo se había preguntado en más de una ocasión si su padre se había enorgullecido de él.

—Y respecto a esa señorita Lambert, me ha llamado la atención y solo quiero conocerla —declaró, sin poder apartar los ojos de ella.

No solo era hermosa, sino que por su forma de moverse y de hablar con su compañera, parecía poseer confianza y naturalidad. Unas cualidades muy poco frecuentes en la alta sociedad.

—Por supuesto. Que no puedas apartar la mirada de ella no tiene importancia —dijo James, divertido.

—Debes admitir que es preciosa —se defendió Nash, con su mirada aún fija en la joven.

Nash se sentía fascinado por la muchacha y deseaba poder conocerla y conversar con ella como esta lo estaba haciendo con la otra mujer.

—¿Quién es la dama que está a su lado?

—La más mayor es su madre y la otra es su hermana mayor. —James se quedó pensativo intentando recordar su nombre—. Creo que

se llama Jennifer. No lo sé con certeza, hoy me han presentado a demasiadas damas...

James miró rápidamente a la mujer y notó que permanecía callada mientras su hermana no dejaba de hablar. Su rostro estaba marcado por una audaz cicatriz, que le recordaba las habladurías que había escuchado sobre cómo la joven se había hecho la herida.

De pronto, Jennifer debió de percatarse de que él la observaba, pues alzó la vista y se encontró con su mirada.

James se dio cuenta de que también era hermosa, aunque de una forma más sutil que su hermana pequeña. Antes de que la muchacha apartara la mirada, avergonzada, James vio algo en sus ojos que le intrigó.

¿Había sido desafío?

Él sonrió, pero su expresión se desvaneció cuando vio acercarse a su madre. De inmediato, Nash se apartó unos pasos como si intuyera que su llegada no auspiciaba nada bueno, y James tuvo que darle la razón al ver la furia en los ojos de ella.

—James, cariño —dijo lady Pembroke—, debes comenzar el baile lo antes posible, y ya he comprobado de forma discreta que lady Caroline lo tiene libre.

—Madre… —comenzó a decir James enfadado, pero se contuvo al notar que los invitados a su alrededor alzaban la cabeza—. Te agradezco el esfuerzo que has realizado por buscarme pareja, pero debo declinar invitar a lady Caroline.

—Pero…

—Estaba a punto de presentarle las hermanas Lambert a mi amigo Nash, y aprovecharé la ocasión para pedirle a alguna de ellas que inaugure conmigo el baile.

—¿Las hermanas Lambert? ¿Puede saberse quiénes son esas jóvenes? —preguntó ella indignada y echando chispas por los ojos.

—Si lo deseas, después del baile puedo presentártelas también.

—No seas impertinente, James. Sé de sobra quiénes son esas hermanas. Unas don nadie que han sido invitadas por compasión. —Y alzando la cabeza, lady Pembroke continuó, seria—. Te prohíbo que comiences el baile con una de esas muchachas sin título.

James se envaró, más seguro que nunca de que abriría el baile con una de las jóvenes Lambert. Debía dar una lección a su madre, y asegurarle que no estaba dispuesto a cumplir sus órdenes como si fuera un chiquillo.

—Lo lamento, madre, pero soy el anfitrión y debo inaugurar el baile sin demora. Si me disculpas, iré a saludar a las hermanas Lambert y a pedirle a la mayor que baile conmigo.

Antes de que ella pudiera reaccionar y oponerse, James se adelantó y se dirigió hacia las jóvenes damas.

Su amigo Nash, que no quería interferir y mucho menos enfrentarse a la mirada helada y mortífera de la madre de James, simplemente se despidió de aquella con una reverencia y siguió a su amigo.

—¡Dios Todopoderoso! Te acabas de convertir en mi héroe —soltó Nash cuando se colocó al lado de su amigo—. Ni el duque de

Wellington se hubiera enfrentado a tu madre con tanta eficacia. Por un momento, creí que te iba a arrancar la cabeza.

James no pudo evitar reírse del comentario de su amigo, que había conseguido que se destensara.

—He de admitir que me ha enfurecido.

—Y con toda la razón, si me permites la franqueza.

Ambos hombres dejaron el tema a un lado al haber llegado junto a las damas. Aun así, James todavía podía sentir la fría mirada de su madre sobre su espalda, y estaba convencido de que ella le haría pagar este desplante público.

Capítulo 3

Jennifer no podía creer lo cerca que estaba de lord Barrington. A solo unos metros, podía verlo con total claridad, y se sentía desfallecer al observar que conversaba con Su Excelencia.

Por la forma directa y amable de sus expresiones, supuso que ambos hombres eran amigos, aunque ese detalle carecía de importancia para ella. En lo único en que podía pensar era en lo atractivo que estaba Nash y en cómo podía provocar un acercamiento sin parecer impertinente ni atrevida.

—¿A quién miras, Jenny? —La voz de su hermana hizo que Jennifer desviara la mirada y la centrara en ella. Por nada del mundo quería que Kristen se enterara de su enamoramiento, al querer mantenerlo en secreto.

—Estaba maravillándome del esplendor del lugar. —Solo fueron necesarias esas palabras para que Kristen continuara con su disertación sobre cualquier detalle que las rodeaba.

Por su parte, Jennifer siguió observando a lord Barrington, hasta que descubrió que el caballero contemplaba detenidamente a su

hermana.

Ver el destello en los ojos de lord Barrington le hizo querer gritar, pues ese era el momento que ella tanto había anhelado y que acababa de serle robado. Mil veces había imaginado ese encuentro, y en esas mil veces era a ella a quien él contemplaba con admiración en sus ojos.

Enfadada, se giró dándole la espalda a lord Barrington, al no soportar contemplar el interés que el conde demostraba.

Su hermana pequeña le había robado su momento, aunque Kristen ni siquiera se hubiera dado cuenta.

«Cómo te envidio hermana. Yo estoy aquí, tratando de no escuchar cómo comentan sobre mi cara desfigurada, y tú, sin embargo, recibes sin pretenderlo lo que yo tanto deseo».

Jennifer sintió un nudo en el estómago y se reprendió por ese primer impulso de derrota. Puede que su hermana fuera más bella, sofisticada y extrovertida, pero ella también se merecía un poco de felicidad.

Sin poder evitarlo, Jennifer volvió a girar para poder observar de nuevo a lord Barrington, pero en esta ocasión fue con la mirada de Su Excelencia con la que se cruzó.

Por un segundo, estuvo tentada de apartar la vista, pero se resistió, quizás por su enfado con ella misma. En su lugar, la sostuvo fija en él, siendo consciente de la forma descarada en que el duque la miraba.

No podía negar que era un hombre atractivo, con sus ojos

avellana y su rostro fuerte y anguloso. Así como por su alta y ágil figura y la mata de pelo negro bien peinado. No era de extrañar que muchas mujeres de la sala lo observaran, pero ella no era como las demás, y solo le interesaba lord Barrington.

Cuando por fin pudo retirar la mirada, Jennifer sintió que le faltaba el aire, sobre todo, cuando vio a lord Barrington alejarse unos pasos de Su Excelencia.

¿Se acercaría a ellas? ¿La reconocería, o solo le interesaría Kristen?

Trató de centrarse en escuchar a su hermana, que continuaba alabando el asombroso repertorio de colores que mostraban los vestidos de las damas.

A cada segundo, el corazón de Jennifer se aceleraba más, y cada vez era más fuerte el deseo de girarse de nuevo y comprobar si él se dirigía hacia ellas.

Unos segundos después, tuvo la respuesta.

—Señora Lambert, señorita Lambert, señorita Kristen. —El duque se inclinó hacia las hermanas—. Es un placer volver a verlas.

Jennifer estuvo a punto de olvidar sus modales al comprobar que lord Barrington acompañaba al duque, pero por suerte, supo reaccionar a tiempo y, junto a su madre y hermana, se inclinó con respeto.

—Su Excelencia, el placer es todo nuestro —dijo la señora Lambert, encantada de que el mismísimo duque se hubiese acercado a ellas delante de todos los invitados. Algo que iba a aprovechar, por el

bien de sus hijas—. Como le he comentado a nuestra llegada, ha sido un honor recibir una invitación para una velada de tanta relevancia.

Jennifer tuvo que morderse el labio para no hacer callar a su madre antes de que las dejase en evidencia. La conocía demasiado bien, y mucho se temía que estaba planeando algo.

—El honor es mío, señora Lambert, al contar con la amistad de su marido. Y si me lo permite, me gustaría presentarle a un caballero que desea conocer a sus hijas.

La mirada de las tres mujeres se dirigió a lord Barrington, el cual solo tenía ojos para Kristen.

—Por supuesto, tanto a mí como a mis hijas nos encanta conocer rostros nuevos.

Jennifer estuvo tentada de meter un canapé en la boca de su madre para que no hablase más, pero no pareció necesario, al quedar la dama enseguida en un segundo lugar.

—Les presento a lord Barrington, conde de Mowbray.

Jennifer se encontró con la deslumbrante sonrisa de Nash, solo que esta vez estaba dirigida a su hermana.

«Ni me ha mirado».

Las tres damas hicieron una reverencia cuando él se inclinó, pero Jennifer apartó rápidamente la mirada de él, al no poder soportar su falta de interés por ella. Al parecer, ni siguiera se acordaba de ella, o por lo menos, estaba tan absorto con Kristen que no se había percatado de ello.

Jennifer sintió el impulso de decirle que ya se conocían, pero en este momento dudaba que pudiera soportar que él la hubiese olvidado por completo. En su lugar, prefirió callarse y repetirse una y otra vez lo tonta que había sido.

—Es un placer conocer a tan encantadoras damas.

Su voz hizo que Jennifer se estremeciera, al ser idéntica a como la recordaba. Esa voz que la había acompañado en sueños y que ella deseaba que le hablara entre susurros.

—Creo recordar, lord Barrington, que ha pasado cierto tiempo en el campo. —Escuchó Jennifer decir a su madre.

—Así es, señora Lambert. Y me alegra haber vuelto a Londres, estoy deseando disfrutar de la Temporada.

—Sin lugar a dudas, hay más distracciones en la capital que en el campo. Sobre todo, para un joven tan distinguido —continuó alabando su madre, sin querer perder la oportunidad de agradar a un conde.

—Desde luego, no hay bailes como este en el campo, señora Lambert.

Las damas callaron y los caballeros carraspearon, quizás buscando la manera de que la señora Lambert se callara y les dejaran centrarse en lo que realmente querían.

Por suerte, en ese instante, los violinistas instalados en un extremo del salón dieron el primer aviso del comienzo del baile, consiguiendo que todos respiraran aliviados.

—Hablando de bailes. —Lord Barrington se acercó a Kristen, ofreciéndole su mano—. Señorita Kristen, ¿me haría el honor de concederme el próximo baile?

Jennifer no lo dudó ni un segundo, a pesar de haberse mantenido hasta el momento en silencio y con la cabeza baja. Ni siquiera pareció importarle la conocida reputación de libertino del caballero, y solo pudo sonreír antes de darle su respuesta.

—Estaré encantada, lord Barrington. —La sonrisa de Nash pareció coincidir con la de Kristen mientras tomaba su mano.

Queriendo compartir su felicidad, Kristen miró por el rabillo del ojo a su madre, quien asintió complacida. Sin embargo, cuando miró a su hermana Jennifer, Kristen observó cómo algo aparecía en sus rasgos. Una especie de tristeza pesada y unas lágrimas que Jennifer de inmediato pudo controlar.

Kristen creyó saber lo que era. Normalmente, en los pocos eventos a los que había asistido, ella rechazaba la mayoría de las ofertas de baile, prefiriendo quedarse al lado de Jennifer. A esta nunca la invitaban a bailar, y a Kristen no le gustaba pensar que su hermana se sintiera sola.

Por un instante, Kristen estuvo tentada a rechazar la invitación, pero anhelaba tanto bailar con lord Barrington, que dudó por unos segundos.

El tiempo suficiente para que Su Excelencia la sacara del apuro.

—Señorita Lambert, ¿podría otorgarme el primer baile?

Durante una breve pausa, Jennifer se quedó callada, sin duda, al

no haber esperado que fuera ella a quien Su Excelencia eligiera para el primer baile. Aunque no tuvo que esforzarse en darle una respuesta, puesto que su madre lo hizo por ella.

—Jennifer estará encantada de aceptar su ofrecimiento, ¿verdad, hija? —Más que una pregunta, había sonado más como una orden, pero nadie pareció darse cuenta.

—Sí, Excelencia. Estaré encantada. —Aunque era evidente que Jennifer no quería decir esas palabras, pues prefería quedarse a solas en algún rincón poco iluminado del salón.

Por el contrario, puso su mano sobre el brazo que el duque le ofrecía y, seguidos de Nash y una Kristen complacida, se encaminaron a la gran pista de baile.

Esta no tardó en llenarse tanto de parejas de baile como de chismorreos, aunque pronto la música los deshizo entre notas musicales.

Al principio, ninguno de los dos dijo nada y simplemente se dejaron llevar por el vals que sonaba.

Jennifer trataba de no pensar en los ojos fijos en ella; más concretamente en su cicatriz, y en cómo su hermana y lord Barrington disfrutaban mientras bailaban y hablaban.

James, por su parte, se negaba a mirar a su madre, que lo estaba fulminando con la mirada, al mismo tiempo que trataba de consolar a lady Caroline. James lamentaba haber ocasionado a la joven este desplante, pero no podía permitir que la voluntad de su madre se impusiera. Aunque ahora, lady Caroline estuviera sonrojada y con la

cabeza gacha.

Queriendo dejar atrás sus problemas personales con su madre, James decidió centrarse en la pareja de baile que ahora le acompañaba. Entre sus brazos, ella parecía sumisa y callada, todo lo contrario a la mirada furiosa que antes le había lanzado.

Queriendo conocer más de ella, decidió romper el silencio de la manera más amable.

—Gracias por aceptar mi invitación. Mucho me temo que hasta los duques están sujetos a la voluntad voluble de sus madres.

Jennifer no pudo evitar sonreír, al no poder imaginar a un hombre tan fuerte y aparentemente firme de carácter como el duque, dejarse influenciar por una mujer.

—Fue muy amable de su parte invitarme, Su Excelencia —aseguró ella, sin querer mencionar que había sido toda una sorpresa su invitación para inaugurar el baile en su compañía.

Recordó como en otras veladas ningún caballero se había acercado a ella, especialmente cuando estaba Kristen a su lado, por lo que aún era más extraordinario que el anfitrión le hubiese solicitado a ella el primer baile.

¡Y además era un duque!

Sin lugar a dudas, su madre ahora debía de estar dando saltos de alegría.

Súbitamente consciente de estar bailando junto al duque, Jennifer bajó la cabeza, consiguiendo que los mechones sueltos de su pelo

cayeran sobre su mejilla, y con suerte ocultaran un poco su cicatriz.

—¿Ocurre algo, señorita Lambert?

Al escucharle, ella se estremeció, notando su cercanía. Su aliento le había rozado la mejilla, y era la primera vez que un hombre que no fuera su padre estaba tan cerca de ella.

Armándose de valor, ya que no quería parecer una mojigata, alzó su cabeza hasta encontrarse frente a la mirada de unos ojos dulces de color verde.

Por un segundo no supo qué contestar, hasta que recordó que estaban girando por la pista de baile ante centenares de ojos escrutadores.

—No, Su Excelencia. Es solo que no estoy acostumbrada a inaugurar bailes ni a bailar con duques.

—En ese caso, ya somos dos —dijo él sonriente, destensando un poco el ambiente entre ellos.

—¿Es el primer baile que inaugura? —preguntó ella mientras apartaba la mirada, pero, para su desgracia, esta fue a caer en la pareja que formaban su hermana y lord Barrington, y la tristeza se apoderó de nuevo de ella.

—Así es. Y tampoco suelo bailar con duques.

Ante estas palabras, Jennifer le miró extrañada, encontrando unos ojos risueños y un guiño del duque.

Jennifer no supo si reír o poner los ojos en blanco, pero un giro inesperado para no chocar con otra pareja hizo que solo pudiera alzar

las cejas.

—Le pido disculpas. Hace tiempo que no bailo, y la verdad es que, si antes ya era un mal bailarín, ahora…

Jennifer le regaló una sonrisa, al entenderle.

—Le comprendo, y le prometo que su secreto estará a salvo conmigo —le indicó entre susurros.

—Le agradezco su discreción, pero mucho me temo que cuando acabe el baile, todas las damas de este salón sabrán sobre mi falta de destreza.

—En ese caso, debe buscar una excusa para esta noche y reforzar sus conocimientos para el próximo baile.

Al escucharla, James hizo una mueca de disgusto.

—Debo reconocer que me gusta su idea de poner una excusa para esta noche, pero volver a asistir a clases de baile… reconozco que prefiero que me torturen clavándome astillas entre las uñas.

Jennifer se rio con ganas, no solo por su buen humor, sino por el gesto de asco y pesadumbre de su rostro.

—¿Tan malas fueron sus clases?

—No puede usted ni imaginárselo. Por desgracia, me cuesta llevar el ritmo. Algo sumamente necesario para ser un buen bailarín.

—También es conveniente llevar el ritmo para poder cantar —repuso ella al recordar sus clases de canto, que tanto le gustaban.

—No me recuerde esas clases —dijo él con verdadero espanto, lo que agrandó la sonrisa de Jennifer.

—¿También fueron una tortura? —Quiso ella saber, pues le gustaba cada vez más la compañía y la conversación del duque.

—Digamos que, en esa ocasión, los torturados fueron quienes me escuchaban. Incluso mi padre, que era un hombre justo y permisivo, me prohibió volver a soltar esos sonidos por mi garganta… por el bien mental de todos en la casa.

Jennifer rio de nuevo, al imaginarse al pobre niño graznando ante su profesor de canto.

—Por suerte nací hombre, y no fue tan grave que no se fomentara esa parte de mi educación. En vez de ello, centré mi tiempo libre en leer y en mi gran pasión, montar a caballo.

—Excelente elección de preferencias.

—¿Usted también lee y monta a caballo? —preguntó James, intrigado por esta mujer que parecía a veces tímida, otras combativa y sorpresivamente encantadora y risueña.

—Así es. Aunque hace años que no monto a caballo.

—Y me imagino que, como todas las damas, estará versada en el arte de la costura, el canto y la música. —No fue una pregunta, al darlo por hecho.

—En realidad… No me gusta coser y mucho menos bordar, pero es cierto que me apasiona la música y el canto. Mi gran pasión es la ópera, aunque ni mucho menos soy apta para interpretarla.

—¿Le gusta la ópera? —preguntó él, ilusionado.

—Así es. En realidad, me gusta cualquier cosa que inspire mi

imaginación y mi aprendizaje, como visitar museos, ir al teatro, asistir al ballet, a tertulias literarias…

James estuvo a punto de tropezar y hacerles rodar por el suelo.

—No puede ser cierto… —dijo asombrado.

—¿Tanto le extraña que una mujer muestre interés por las artes y no por el bordado? —preguntó Jennifer de forma inquisitiva mientras le miraba con el ceño fruncido.

—Sí…, quiero decir, no. Es solo que nunca imaginé que esa mujer fuera tan joven y encantadora.

Jennifer se ruborizó y apartó la mirada, como si no creyera sus palabras. Al fin y al cabo, estaba más acostumbrada al rechazo y a la humillación de los desconocidos que a sus halagos.

—Debe creerme —continuó hablando James—. Creí que una mujer así sería una viuda con el pelo canoso que buscaba algo diferente en su vida.

Extrañada ante sus palabras, Jennifer se atrevió a preguntarle, pero sin mirarle a los ojos.

—¿Por qué una viuda?

James sonrió y deseó que ella le mirara a la cara para ver cómo el color de sus ojos variaba ante sus cambios de humor.

—Es lógico. Muy pocos hombres consentirían en contraer matrimonio con una mujer más inteligente que él.

Jennifer se ruborizó más y sonrió levemente, aunque tratando de esconder su sonrisa.

—Debe usted permitirme que la acompañe a alguno de estos eventos algún día —dijo James—. Me encantaría comentar con usted alguna ópera, cuadro o tertulia que hayamos compartido.

Sus palabras sonaron dulces y cargadas de afecto, lo que puso nerviosa a Jennifer. Si ya era algo único que un duque le invitara a bailar, más aún lo era que este le pidiera tener otro encuentro.

La música cesó en ese instante y Jennifer se sintió perdida. La conversación con el duque la había distraído tanto, que se había olvidado del paso del tiempo y de la pareja formada por su hermana y lord Barrington.

Pero lo más asombroso era que apenas había recordado su cicatriz, o a los invitados que los habían estado observando durante todo el baile.

—Por favor, excúseme —comenzó a decir James mientras la llevaba del brazo junto a la señora Lambert—. Esta noche no creo que sea posible volver a tener el favor de su compañía en otro baile. Como anfitrión, debo atender a cuantas damas me sea posible, pero me gustaría…

—James.

La voz inquisidora de la duquesa viuda a su lado interrumpió sus pasos, así como sus palabras. Por suerte, Jennifer estaba a solo unos pasos de ella, por lo que solo hizo una reverencia y se alejó del duque y de la mirada fría de la duquesa viuda.

Aun así, la distancia era lo bastante corta como para escuchar lo que la duquesa viuda decía.

—¿Qué has hecho? —Su voz sonó demasiado alta para ser un susurro y demasiado censuradora como para no enfadar a James. Aún así, este trató de mantener la calma para no dar un espectáculo. Algo que no pareció importarle a su madre, a causa del enfado que la cegaba.

—Cálmate, madre, solo he bailado, como te recuerdo que me obligaste a hacer —respondió él en voz baja, pero Jennifer lo escuchó.

—Yo no te obligué a bailar con esa inválida desfigurada —continuó la viuda, sin importarle quién la escuchara—. Tenías que hacerlo con lady Caroline. La pobre muchacha ha estado sentada al margen, sin nadie con quien bailar.

—Lamento lo sucedido con lady Caroline, pero en ningún momento le pedí un baile. La única culpable de dicha falta eres tú por interponerte en mis asuntos.

James sabía que estas palabras la harían enfadar más todavía, pero no le importó, con tal de callarla. Pero su madre seguía tan aferrada a sus ideas, que no escuchaba nada de lo que decía su hijo.

—¿Cómo quieres que se case contigo, si le haces estos desplantes? —insistió lady Pembroke, bajando ahora el tono de su voz para que nadie la oyese—. Debes…

—Madre… —dijo él entre dientes para contener su enfado—. Yo no pretendo casarme con lady Caroline, y te agradecería que no fomentaras esa idea. No quisiera dañar más a esa joven y, si insistes en esa boda, es lo único que conseguirás.

—¿Por qué no querrías casarte con ella? Es una joven

encantadora, perfectamente decente y con título. No como esa señorita Lambert, con la que has bailado.

Jennifer se tensó al volver a escuchar su nombre. Por suerte, no había estado atenta a la conversación que ambos mantenían, y solo había prestado atención al ser mencionada. Atenta, agudizó su oído, sin saber realmente por qué le importaba tanto averiguar de qué estaban hablando y que tuviera que ver con ella.

—Te repito, madre, que no interfieras en mis asuntos. Y te agradecería que dejaras de insultar a la señorita Lambert. Es una joven encantadora que no se merece tu desprecio. —La expresión de su madre pasó de la sorpresa a la pregunta y a la indignación.

—¡No puedo creer que prefieras a esa señorita Lambert antes que a lady Caroline! Debe de haberte seducido de alguna manera o haberte ofrecido algo que una dama no debería…

—Madre. —James la hizo callar de inmediato—. Jamás vuelvas a decir algo así de la señorita Lambert o de cualquier otra mujer que esté en mi compañía. Soy lo bastante mayorcito como para elegir a mis amistades, del mismo modo que soy lo bastante mayor para buscar mi propia esposa.

Y sin más, el duque se alejó de su madre y del par de oídos curiosos que los escuchaban, entre los que se encontraban los de la señora Lambert y Jennifer.

James no quería seguir manteniendo esta conversación, y menos aún en público. Decidido a que su madre no le amargara la velada y sobre todo, el descubrimiento de alguien tan interesante como la

señorita Lambert, James se marchó en busca de su amigo y de un buen trago de brandy.

Por su parte, Jennifer permanecía conmocionada ante todo lo que había escuchado. Se habría alejado si no fuera por la mano de su madre en la suya, así como su sonrisa, que la convenció para que se quedara.

No soportaba que hablaran de ella en público cuando estaba tan cerca y había tanta gente escuchando, pero lo que más la alteraba era que el duque hubiese salido en su defensa con tanto entusiasmo. ¿Lo había hecho solo para llevarle la contraria a su madre? ¿O de verdad la defendía porque le había alegrado su compañía?

En realidad, la respuesta no importaba, pues ella ya había elegido al dueño de su corazón. Esa persona era lord Barrington, el hombre que, incluso de lejos, ahora observaba sonriente a una sonrojada Kristen.

Su hermana había conseguido, sin apenas esfuerzo, lo que ella tanto quería, pero no podía darse por vencida sin más. Jennifer lo había conocido antes, era la hermana mayor y Kristen era demasiado joven para saber lo que quería.

No pretendía enfrentarse a su hermana ni hacerla sufrir, pero tampoco podía renunciar tan pronto al hombre al que amaba.

Y respecto al duque, solo había sido un bonito encuentro en el que se había dejado llevar por las luces de las centenares de velas que los rodeaban. Su Excelencia era solo un espejismo, mientras que lord Barrington era el único hombre que se había fijado en ella, así como el

primero que la había hecho sentir que no era un monstruo.

Notas

[1] White's es el club de caballeros más antiguo de Londres, fundado en 1693, y muchos lo consideran el club privado más exclusivo de la ciudad.

[2] El lago Serpentine está en el Hyde Park en el centro de Londres, Inglaterra. Se formó en 1730 cuando la Reina Carolina, esposa de Jorge II, ordenó que se construyera una represa en el río Westbourne, que en ese entonces formaba ocho pequeñas lagunas naturales en el parque.

[3] Hatchards es una sucursal de Waterstones y afirma ser la librería más antigua del Reino Unido, fundada en Piccadilly en 1797 por John Hatchard .

[4] *Waverley*, o *Escocia hace sesenta años* es una novela escrita en 1814 por el escocés sir Walter Scott, ambientada en la rebelión jacobita de 1745, e importante por ser la obra creadora de un nuevo género del romanticismo, la verdadera novela histórica, según György Lukács, ya que hasta entonces se habían escrito solo novelas pseudo-históricas.

[5] El Victoria, que recibió su nombre de la reina inglesa que lo utilizara, era un carruaje bajo con asiento para dos pasajeros, capota plegable y un asiento elevado en la parte delantera para el cochero.

[6] El canon de Policleto nos dice que una figura debe tener el tamaño de siete veces la cabeza. Este tipo de canon está conectado con las matemáticas, tiene influencia de Pitágoras, pero también de otras enseñanzas de la filosofía griega.

[7] 457.2 metros

[8] Es un internado privado de gran prestigio fundado en 1440 por Enrique VI de Inglaterra.